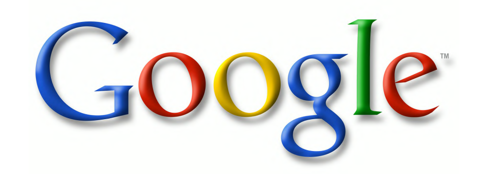
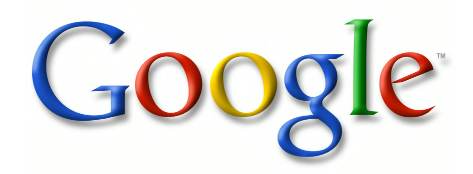
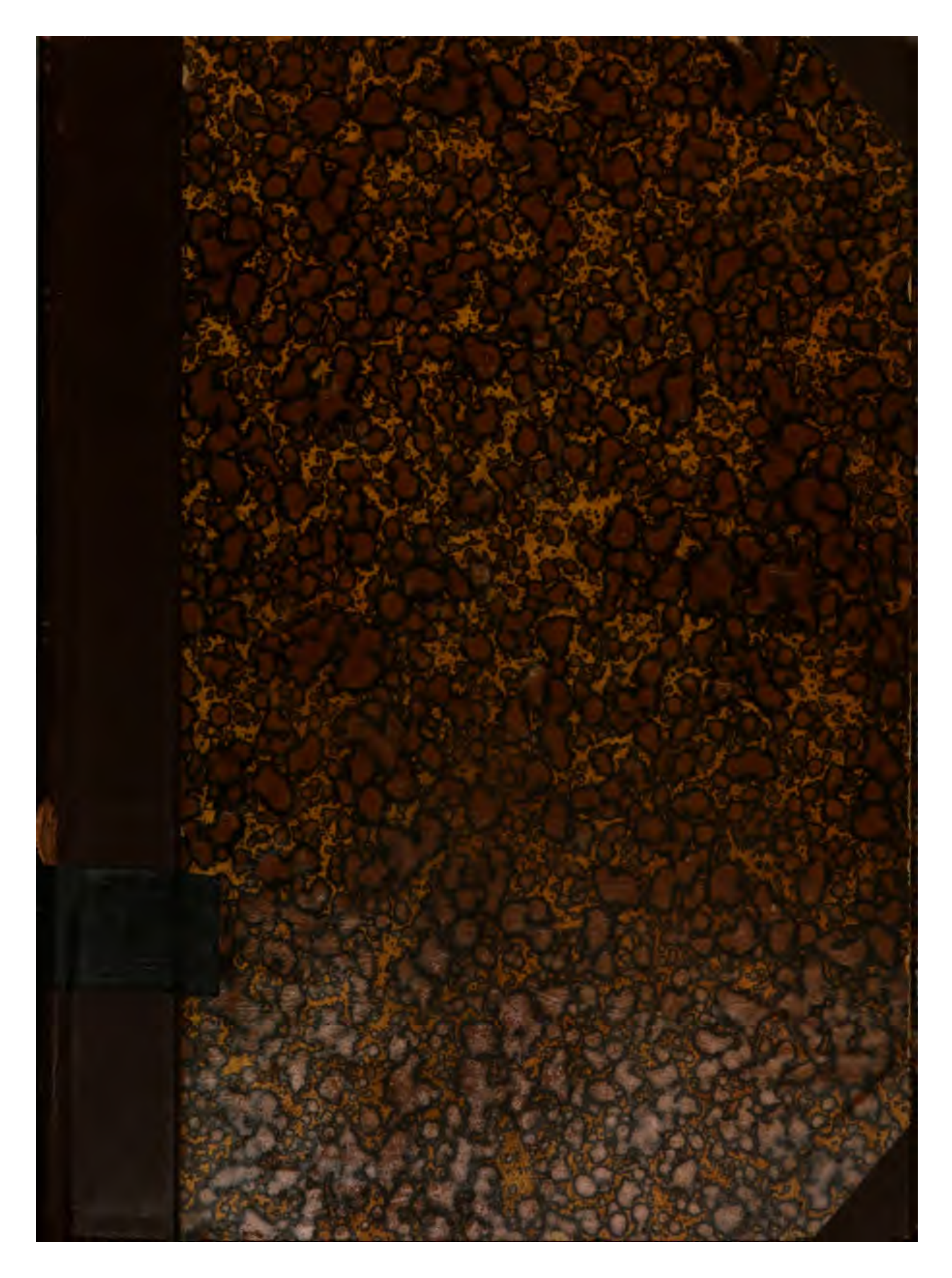







TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

ZÁRATE

POR

EDUARDO BLANCO

TOMO I.

CARACAS.
IMPRENTA BOLIVAR,
1882.



ZÁRATE.

I.

La marcha.

—Alto! Exclamó con enérgico acento el teniente Orellana refrenando su caballo.

Y los sesenta granaderos que le seguian, se detuvieron simultáneamente, como por efecto de invisible resorte, sobre una de las tantas eminencias que ofrecia la montaña, y frente á una casa vieja y desmantelada, especie de venta ó parador, la que en actitud de atisbar á los viajeros que tramontaban tan elevadas cumbres, aparecia como incrustada á la vera del camino empinado y fragoso; única vía directa de comunicacion, hasta hace algunos años, entre Carácas y los risueños valles del Aragua.

—Ahora, mis amigos, agregó Orellana con aquel tono áspero y regañon que le era peculiar,—ojo alerta

y más cautela, sobre todo al terminar la bajada, por que ese diablo de *Zárate* tiene garras de tigre y narices de zorro.

—Bien aconsejado, mi teniente, dijo con cierta sorna un viejo sarjento, cuya jovialidad contrastaba á menudo con la rudeza militar de sus canos mostachos; —mui bien aconsejado, pues no en balde se ha tasado en dos mil pesos la cabeza de ese tunante. Y, abandonando las filas, fué á recostarse familiarmente del cuello del rocin que montaba Orellana.

—Qué ocurre? preguntó éste con sequedad.

—Hacer una advertencia á mi teniente, que acaso haya echado en olvido.

—Cuál?

—Que la mañana está fresca y......

—Y qué más, viejo bellaco? preguntó el oficial con no ménos malicia, dejando caer su tosca mano sobre el hombro de su antiguo camarada.

—Que no seria malo echar un trago, para calentar el estómago.

—Cáscaras! tan temprano?

—Cómo ha de ser! Urica y Boyacá se resienten con el maldito frío que las azota, agregó el sarjento sobándose, como adolorido, en una pierna y en el pecho.

—Aunque hiciera más calor que en los infiernos, seguro estoi de que todos los rasguños que cuenta tu pellejo habrian de servirte de pretexto.

—No digo lo contrario, mi teniente, pero convenga, por lo ménos, en que la niebla se espesa y el frío pica que es un gusto.

—Las que yo veo espesarse son las ganas que tienes de empinar la botella. Pero, ¡ por quince de á caballo ! no se dirá que por un trago dejé rabiar de reumatismo al viejo Camoruco.

Y, levantando la voz, añadió con marcial entonacion :

—Ea ! muchachos, maten el frío si les incomoda, y despachar pronto; porque el capitan nos viene picando la retaguardia y no tardará en alcanzarnos ántes de llegar á La Victoria.

Los soldados no se dejaron repetir tan deseada órden. En ménos tiempo del que fuera imaginable, la venta fué asaltada al paso trote. Unos cuantos galones de aguardiente pasaron con presteza de los barriles que ocupaban á los elásticos estómagos de los sesenta veteranos, y, ántes de que Orellana y el viejo, Camoruco, hubieran agotado por completo la botella de ron con yerba-buena, con que el ventero se dignó regalarlos, la compañía se organizó de nuevo en el mismo lugar donde había roto filas.

Un si es no es, achispado, vino á poco el sarjento á ocupar su puesto de ordenanza á la cabeza de la línea ; y, minutos despues, la voz imperiosa del teniente, más bronca y levantada, en la ocasion, que de ordinario, se dejó oir ordenando al corneta dar la señal de marcha.

Orellana, era un indio de mediana talla, de hercúleas formas, ojos sanguíneos, cabeza grande y cuello de toro. La terquedad de su carácter sólo era comparable á su bravura nunca desmentida, y al vigor de sus músculos, capaces de competir en solidez con el granito. Empero, una debilidad incorregible hacia fácilmente vulnerable tan blindado carácter: debilidad que sabia explotar en su provecho, el viejo sarjento Camoruco, como ya lo hemos visto, y que se trasparentaba en el duro semblante del teniente por el barniz de púrpura que cubria su nariz é inflamaba el blanco de sus ojos.

Apénas resonó la corneta, la columna se puso en movimiento. El confiado rocin que de nuevo habia montado Orellana, estimulado de improviso por una vigorosa espolada, amagó hacer una cabriola; pero, arrepentido al instante de esfuerzo tan pueril como inconducente, resignóse á las caricias de la espuela, y tranquilamente tomó el trote al acompasado movimiento de los soldados que, alegremente comènzaran á descender las tortuosas quiebras de la montaña á cuyo pié, como verde alfombra cubierta de trasparente gasa, se extendian á lo léjos los fértiles y renombrados valles del Aragua.

La aurora inflamaba el horizonte. Tras las flotantes nieblas que, impelidas por las ligeras brisas matinales, corrian á acumularse sobre las altas cimas de los montes, cambiando el verde manto de la vegetacion en inmenso

sudario; apareció el sol resplandeciente; y con nimbo de gualda y entre festones de púrpura, emprendia, lleno de majestad esa marcha triunfal, siempre uniforme y por extremo hermosa, que arranca á la naturaleza himnos de amor y reconocimiento.

Los tibios rayos del astro esplendoroso, despues de colorear de rojo y oro las densas nieblas que encanecian los picos de la sierra, inundaban de luz las montuosas regiones, é infiltrándose como abrasados dardos en la espesura de las selvas, provocaban las fragantes emanaciones de la *pésqua*, del *niqüibao* salvaje, de la jugosa *malagüeta* y de la innumerable serie de aromáticas plantas en que abundan nuestras altas montañas; y, á la vez que avigorando los variados matices de la vejetacion, hacian resaltar de entre el boscaje las anchas y cenicientas hojas del *yagrumo*, los anaranjados abanicos de la *prapa*, el oscuro follaje del *copey*, los corpulentos *cedros*, las flexibles palmeras, los tiernos y variados helechos, los graciosos festones de enredaderas que tapizaban el talú del camino y las silvestres florecillas que esmaltaban los prados y el ramaje de los árboles.

Sobre alfombras de berros lucian, en las profundas hondonadas, sus argentadas linfas, bulliciosos arroyos coronados de espumas.

Dilatados plantíos de maíz y de trigo, ostentaban las doradas espigas en las tendidas faldas.

Y entre los pliegues de la montaña, semejante á un enorme cien-piés, cubierto de erizadas y brillantes escamas, que ora se enrosca, y se estira y se oculta, y de nuevo aparece describiendo caprichosas ondulaciones al poner en movimiento, por entre riscos y malezas, la sucesion no interrumpida de sus enlazados anillos, divisábase, desde lo alto de la eminencia de la venta, la doble hilera de soldados que mandaba Orellana: los que trepando cuestas, costeando breñas y salvando arroyos y quebradas, seguian el curso del camino dificultado á cada paso por las asperezas del terreno.

A la luz matinal que se esparcia sobre la tierra como rocío de fuego desprendido del cielo, todo lucia brillante, fresco, risueño, nuevo, cual si una maga encantadora hubiera derramado sin tasa, de joyel prodijioso, los más bellos primores.

Sólo la voz solemne de la naturaleza resonaba en el bosque con pausado rumor; ningun ruido extraño al concierto armonioso de las aves y al suspirar del viento en el follaje de los árboles, despertaba entretanto los dormitados ecos. Empero no dura largo tiempo tan deleitosa calma: súbito cruza el viento el agudo relincho de un caballo: enmudecen los alados cantores y el trote acompasado de dos fogosos brutos sobre los cuales se divisaban dos apuestos jinetes, se percibe á lo léjos.

II

Los viageros.

—

Apénas los soldados de Orellana habian dejado á las espaldas los últimos vestijios de aquella vigorosa vejetacion de las montañas, cuando los dos jinetes que seguian la misma direccion de la columna, detuvieron sus briosos corceles en el corredor exterior de la venta.

—Ea! buen amigo, dos tazas de café, sin hacernos demorar demasiado; dijo, echando pié á tierra y dirigiéndose al ventero uno de los viageros: gallardo mozo de veintiocho á treinta años, de talla esbelta, ojos negros y retorcidos mostachos, quien, con marcial gentileza, llevaba una casaca de capitan de infantería, botas á la jineta con espuelas de plata y una montera azul con vivos encarnados.

—Adelante señores, y sereis servidos al momento, dijo el ventero apresurándose á tomar de la brida el caballo del oficial.

—¿Y tú no te desmontas? preguntó éste, volviéndose á su compañero de viaje.

—No; contestó el interpelado con cierta languidez, te esperaré á caballo.

—Qué diablos! exclamó el oficial,—es decir que no tomas café?

—Me basta con el que tomé en la madrugada.

—Mi querido Lastenio; tornó á exclamar el jóven militar, cuadrándose frente á su compañero con burlesca arrogancia,—te participo que estás de gravedad, y que si no fuera que obedezco órdenes superiores, tan importantes como las que se me han confiado, tocaria retirada ahora mismo, é iria á entregarte, como caso perdido, á la Facultad Médica de Carácas.

—Búrlate cuanto quieras de mí; contestó Lastenio con melancolía; pero si te place haré lo que deseas.

—Convenido. Al fin te haces razonable; pero no insistas, por Dios vivo, en ese tono elegíaco que me crispa los nervios.

De los dos amigos, Lastenio parecia el de más edad, aunque podia creerse que no frisaba en los treinta y tres años. Su rostro era agraciado y pálido, dulce

la mirada de sus ojos sin fuego, y profundamente triste la expresion de su fisonomía. Su porte y sus maneras de una distincion sin jactancia, adolecian sinembargo, de esa falta de ardor y de virilidad que realza en el hombre las prendas personales y que suple á las veces la ausencia de la belleza misma.

Imitando á su compañero de viaje, se desmontó á su vez; abandonó su caballería al cuidado de un muchacho de la casa, y siguiendo los pasos de su jovial amigo entró con él en la estrecha sala de la venta.

Allí, sobre una antigua mesa, larga y angosta, de patas retorcidas y macizo crucero, que ostentaba en el centro, como el mas incitante aperitivo un gran frasco de ajíes conservados en suero; encontraron servidas dos tazas de café, humeantes como incensarios, y simétricamente colocadas frente á una botella de aguardiente no ménos aromático que la picante salza de la cual se escapaba una especie de tufo ácre y penetrante difícil de soportar por largo tiempo.

—Sois, por ventura, el capitan Delamar? preguntó el ventero al jóven oficial, á tiempo que le ofreció unos cuantos bizcochos capaces de ser utilizados como proyectiles.

—Servidor vuestro, contestó el capitan, desdeñando la petrificada golosina.

—Pues no hace una hora que se detuvo aquí vuestra compañía.

—Y bien? Tiene U. de ella alguna queja?

—Por el contrario; tuve el honor de servir á vuestro teniente y á vuestros soldados, y la satisfaccion de que la paga no se hiciera esperar.

—Y ¿qué tiene de extraordinario semejante proceder?—replicó Delamar, esforzándose por acercar á sus lábios la ardiente taza de café. O ¿crée U. por ventura, que mis soldados sean capaces de tomar por fuerza lo que no les pertenece?

—Oh! no he querido hacerles tal ofensa, exclamó el ventero desconcertado; y Dios me libre de pensarlo siquiera.

—Hace U. bien. ¡Pero qué diablos! añadió el capitan, abandonando con marcada impaciencia su taza de café,—miéntras más me esfuerzo por enfriar esta pocion maldita, más caliente me parece.

—Es que no la habeis refrescado como se estila, contestó riéndose el ventero.

—Cómo! ¿no me ha visto U. convertido en un fuelle?

—Así es; pero eso no basta.

—Pues qué le falta entónces?

—El agua del bautismo, que habeis olvidado echarle.

Y el ventero empuñó resueltamente la botella de aguardiente.

—Alto! le dijo Delamar, deteniendo la curva que describia la botella en manos del ventero: prefiero la enfermedad al remedio.

—Este no hará carrera, agregó el ventero á media voz.

—Qué dice U? preguntó el oficial.

—Que no comprendo cómo puede desagradaros lo que á tantos gusta.

—Eso prueba, señor mío, que no todos encuentran el placer en una misma fuente. Pero vamos, guarde U. para otros su aguardiente y déjenos en paz.

—De mañana, en adelante, no doi un real por tu pellejo, murmuró el ventero saliendo de la sala.—No es mala zorra la que te mandan desollar.

El capitan, sin oir este aparte, volvióse hácia su taciturno compañero y, cambiando de tono y de actitud:

—Vamos, le dijo, anímate, que no has tenido mala suerte al caer en mis manos.

—Animarme! exclamó Lastenio suspirando, ¿crées posible que se logre reanimar un cadáver?

—Amigo mío, ese eterno lamento toma ya el carácter de una monomanía. Mas no me arredra; á vuelta de un mes serás otro hombre ó yo soi un imbécil.

—Quién sabe......!

—Oh! no lo dudes. Tengo la pretension de ser un específico contra las enfermedades morales, y he de probártelo hasta dejarte convencido. Ademas, y una vez por todas, es bueno que sepas que no soi de los que creen en la predestinacion, ni en los ocultos y misteriosos agentes que dirige el destino, ni en esas mil patrañas de que el hombre se vale para ocultar las debilidades de su espíritu; por el contrario: soi de los que sostienen que el hombre, árbitro de su suerte por el libre albedrío, es lo que quiere ser; que la felicidad y la desgracia son exclusiva obra suya, y que no tiene razon para quejarse de los males que llegue á padecer, pues que en toda circunstancia puede decir con certeza: soi infeliz ó venturoso porque así lo he querido.

Lastenio levantó la cabeza y contempló á su amigo con extraña expresion.

—No me sorprende lo que puedas imaginar de mi filosofía, agregó Delamar;—estás enfermo, y cuando el alma sufre de ese mal importuno que llamamos amor, las facultades intelectuales no se ostentan mui claras que digamos.

—¡Cómo se vé que no has amado nunca! exclamó Lastenio con tono de reproche.

—Te equivocas, querido, te equivocas, replicó el capitan con rapidez. He amado mucho, y amaré miéntras viva, á toda mujer hermosa que me permita.... hacerle una declaracien y besarle las manos. Esto es

lo racional; pero jamás he comprendido cómo, un hombre sensato, puede amar á quien no le ama, y mucho ménos, cómo puede entregarse á la desesperacion y á la muerte, por que una mujer, por cierto bien intencionada, le haga el distinguido obsequio de no aceptarlo por marido despues de haberlo mimado como amante. Conven conmigo en que semejante debilidad no tiene excusa.

—Hasta hoi, Horacio, dijo Lastenio con severidad, sólo me habias mostrado tu carácter por la brillante faz del aturdimiento caballeroso, y á fé, no habia razon para juzgarte cruel.

—Hé ahí un cargo, mi querido, que amerita de mi parte una esforzada defensa; pero por el momento, no creo adaptable á mi filosofía, ni ménos á mis pulmones el pestilente vaho que se escapa con furia de ese frasco diabólico.

Y esto diciendo, el capitan vació en dos tragos su taza de café, que habia bajado durante la conversacion, á una temperatura soportable; pagó el consumo con largueza; ayudó á su amigo, ménos diestro jinete, á montar á caballo; y saltando á su vez sobre el brioso alazan que de la brida sujetaba el ventero, lo picó con la espuela y en dos brincos se encontró en el camino.

III.

Una buena receta contra la nostalgia.

—

Lastenio le siguió.

—Aquí ya es otra cosa; exclamó Delamar, aspirando con voluptuosidad el aire fresco y balsámico de la montaña; y acercándose á su compañero, añadió, poniendo su caballo al paso del troton de su amigo.—Supongo señor mio, que os sentis mejor á campo—raso que en aquella pestilente ratonera?

—Seguramente, le contestó Lastenio;—pero veamos, me has ofrecido defenderte, ¿podrás hacerlo?

—Ya esperaba que me abordases de nuevo la cuestion.

—Y porqué lo esperabas?

—Por la sencilla razon, de que los contagiados de la lepra moral que tú padeces, solo encuentran alivio á sus dolores frotándose con el áspero cepillo del recuerdo las úlceras que llevan en el alma.

—Eres......

—Cuanto se te ocurra; añadió Delamar interrumpiéndole; pero me has juzgado de ligero y debo defenderme. De cruel me calificaste, tengo buena memoria; pues bien, para que retires ese cargo, debo hacerte saber, que andarás siempre errado si sometes mis razones á la comun interpretacion. En el presente caso, por ejemplo, lo que has calificado de crueldad no es otra cosa que la mas sublime expresion de la caridad cristiana: sentimiento que no me reconoces, por que tu espíritu ofuscado solo gira en el estrecho círculo de una monomanía.

—Es decir que me tienes por loco!

—No precisamente hasta el extremo de creerte capaz de tirar piedras, lo cual no se compadece ni con tu educacion, ni con tu carácter; pero, sí predispuesto á cometer todo género de atrocidades contra tu noble alma y eso, por darle pábulo á una pasion absurda que no gasta contigo ni aun los miramientos de simple cortesía.

—Eres incorregible, Horacio, dijo Lastenio con quejumbroso despecho.—Pero si realmente mis padecimientos te incomodan, callaré, y no volverán las amarguras

de mi alma á importunar las dulces horas de tu felicidad.

—Mui bien, amigo mio, perfectamente; pero toda esa letanía no pasa de ser un retazo dramático--sentimental de mui mal gusto. Quéjate en horabuena, maldice de tu estrella, atiza el fuego abrazador que te consume, sigue amando si quieres á la mujer traidora que amargó tu existencia, has cuanto se te antoje; que yo á mi vez, perseverante en mi propósito, haré llegar al fin, á tu mártir corazon con el óleo santo del consuelo, el agua bendita de la indiferencia.

Lastenio no pudo ménos que reirse de las extravagancias de su amigo. Delamar, continuó con su acostumbrada jovialidad:

—Rie cuanto quieras; la risa es un buen síntoma, ella expande el corazon y ahuyenta la tristeza del espíritu. Adelante; ganamos terreno, no hay que volver atras; no frunzas el entrecejo, deja á tus labios que se extiendan y te juro por quien soi, que he de curarte ó me estrello el corazon, en castigo de mi torpeza, contra la primera melindrosa que se le ocurra echarla de sentimental en mi presencia.

—Horacio......

—Oh! ni una palabra más sobre ese tema; exclamó el capitan picando su caballo;—veamos sólo adelante, y démonos prisa en alcanzar mi compañía que nos lleva hora y media de ventaja.

Para seguir á Delamar, Lastenio se vió forzado á poner al trote su caballo. La cuesta que á la sazon descendian los viageros, era escarpada y pedregosa; los caballos resbalaban en el lodo ó tropezaban con los guijarros sueltos que en parte entorpecian el camino, y haciendo peligrosas contorsiones, rodaban más que trotaban por la encajonada pendiente, cuya aspereza se asemejaba ménos á un camino público, que al seco cause de una quebrada.

De manera tan forzada como peligrosa, habian andado dos leguas los viageros, cuando Lastenio, ménos vigoroso y experto jinete que Delamar, detuvo su caballo exclamando:

—Está visto, señor capitan, que vuestra marcha forzada no tiene por objeto sino acabar conmigo.

—Puedes creerlo?

—De seguro; cien veces he estado á punto de desriscarme y ni áun siquiera has pestañeado.

—Eso debe probarte que confío en tu destreza.

—Pues no fíes más en ella, agregó Lastenio; terminemos al paso la bajada, ó has de pasar por la incomodidad de ir á recojer mis pobres huesos en el fondo de aquel torrente que se precipita allá abajo.

—Hoi por hoi, haré cuanto se te antoje, contestó el capitan, refrenando su espumante alazan, pues tengo empeño en que me debas con la salud del alma la del cuerpo.

—Ojalá!

—Oh! no lo dudes; en las enfermedades morales, desear curarse es síntoma de mejoría.

—Y......

—Y tú lo deseas y con razon; qué diablo! no vayas á recoger una palabra que me llena de esperanzas. A otra cosa: ántes que enamorado entristecido, eres artista; recuerdo tus primeros triunfos en la exposicion de pintura de 1819, y no he olvidado que en medio de aquellos mil doscientos cuadros, que Paris aplaudia, y entre los cuales descollaban "El naufragio de la Medusa", de Gericault, y "El degüello de los mamelucos", por Horacio Vernet, obtuviste para tu "Muerte de César" una mension honorífica.

—A qué llamar esos recuerdos, más punzantes que mis otros dolores, exclamó Lastenio enjugándose una lágrima. Por qué evocar un pasado que huyó para siempre!

—Por qué? contestó Delamar, aparentando no observar la emocion de su amigo. Por que quiero saber si esa pasion funesta que amarga tu existencia ha matado en tu alma aquel amor sublime que profesabas á las artes.

—Lo crees posible?

—Casi me lo has probado.

—Cómo!

—De la manera más sencilla. Hace seis meses que dejáste la Europa; seis meses en que te has aburrido á tus anchas, sin que tu pincel ocioso haya intentado una vez sola, pagar el tributo debido á esta espléndida naturaleza que te vió nacer y que bien merece los agasajos de tu ingenio.

—De ahí deduce como estará mi alma.

—No se me oculta, no; pero conven conmigo en que semejante abandono és criminal.

—Horacio, mi querido Horacio, exclamó Lastenio con desesperacion esforzándose en dominar su abatimiento y dar libre expansion á su alma.—Aturdido como siempre te encuentras por la fogocidad de tu carácter, has exagerado para cebarte en ella, aquella de mis desgracias que ménos me incomoda, por que á su peso he sabido resignarme; y en cambio, no has echado de ver, lo que dadas mis inclinaciones, mi modo de sentir, mis frustradas halagadoras esperanzas de un porvenir risueño en el mundo encantado donde pasamos juntos las más hermosas horas de la vida, constituye para mí un verdadero martirio difícil de soportar por largo tiempo.

—Terribles complicaciones para tu debilidad.

—Cómo vencerla! prosigió Lastenio con la expresion del más profundo desaliento. Voi á decirte lo que jamás he dicho, lo que acaso me atraiga tus sarcamos y me ponga en ridículo hasta á tus propios ojos.... La vida que llevo hace seis meses me és insoportable;

no puedo acostumbrarme á este país; me abruma la monotomía de esta existencia sin objeto inmediato, sin atractivos para el alma, sin goces para el espíritu, sin aliento para el corazon. No es que sea ingrato para con la patria; oh! no lo creas; yo la admiro, la glorifico, la venero; pero me siento planta exótica en esta atmósfera enervante que tú respiras con tanta fruision y libertad.

—Nostalgia tenemos; exclamó Delamar obligando á su caballo á saltar un arroyo:—no me sorprende: tambien padecí de ese mal; pero llegué á vencerlo.

—Yo no podré jamás.

—Por qué no lo intentas.

—Me declaro vencido.

—Cuán fácilmente te rindes. En la milicia no habrias hecho carrera. No obstante, añadió el capitan suspirando, los halagos de aquella vida que juntos saboreamos, son duros de olvidar, y bien merece un *de profundis* modulado entre suspiros, cada uno de los dulces recuerdos que nós vienen de ella. Pero ¡qué diablos! me vas á contagiar con tu tristeza: al pasado debe dársele la espalda y, asunto concluido.

—Cuán fácil es decirlo.

—Para el hombre de energía todo es posible. Cuando la muerte de mi padre y mi escasa fortuna me obligaron á volver á la Patria, despues de diez años de ausencia, sentíme tan abatido y triste, como tú lo estás hoi; me parecia que habia dejado

de existir, que me encontraba de improviso en un mundo inferior, sin luz, sin ruidos, sin encantos, y que la dicha me abandonaba para siempre. Si en la ocasion lloré, no lo recuerdo; pero debí llorar amargas lágrimas. El tédio me abrumaba; extraños pensamientos me absorbian, mis manos convulsivas, más de una vez, acariciaron con voluptuosidad el frio cañon de una pistola; las últimas palabras de Caton al empuñar la espada con que se dió la muerte, sonaban tentadoras á mi oído. El abismo que mi debilidad habia creado, estaba abierto y me esperaba; pero un resto de cordura, traspapelada acaso en lo recóndito de mi lacerado corazon, me salvó de caer. Recuperada la razon, y con ella la virilidad de mi espíritu, cerré los ojos para no hacer comparaciones; condené las acechanzas del pasado al más completo olvido, y con ánimo resuelto y bien intencionado, me dí á seguir el filosófico proverbio que tú desdeñas practicar: "*A la tierra donde fueres has lo que vieres,*" repetia en mi interior una voz cariñosa, que desde niño habia aprendido á obedecer, y que de léjos, de mui léjos, venia en mi ayuda á sostenerme. Felizmente, éste sabio consejo estaba en armonía con mis inclinaciones. Todos aquí guerreaban; me decidí á imitarlos, y nuevos horizontes descubrieron mis ojos. Las circunstancias se me ofrecian propicias para obtener un extreno brillante en mi nueva carrera. Me incorporé al ejército patriota la víspera de *Carabobo;* obtuve de Bolívar puesto de meritorio en su

Estado Mayor; tomé parte en la insigne jornada, y una presilla de teniente, arrebatada con audacia de las bayonetas enemigas, aseguró con honra mi puesto de oficial advenedizo en aquel ejército de héroes que contaba por centenas sus brillantes victorias. Desgraciadamente habia llegado tarde; orgullosa Colombia, como una noble criolla, cortejada por apuestos galanes, era ya independiente. No obstante, la guerra centelleaba en el Sur; yo la seguí, como se sigue una bacante cuyos favores anhelamos: *Pichincha* y *Bomboná* vieron lucir mi espada; una bala importuna me dió la otra presilla, pero en cambio cortó el vuelo á mis alas. Cuando volví á la vida ya todo habia concluido: las tropas españolas habian cedido sus conquistas con más premura de la que yo esperaba, y el necio de Laserna se llevó en sus bagajes mis charreteras de general. Hoi, como ves, nada resta que hacer, y á falta de otra cosa mejor, me dedico para matar el tiempo á la caza de salteadores.

Delamar cobró aliento, acarició las crines de su inquieto corcel, al que sin duda habia excitado con el fuego de tan prolongada perorata, y, sin cuidarse del efecto que el tal discurso produjera en su interlocutor, iba á cambiar de tema; cuando llegaron á su oido, las anteriores frases que repetia Lastenio con marcada intencion.

—"Felizmente este sabio consejo estaba en armonía con mis inclinaciones."

—Oh! no lo tomes como excusa propicia á tu debilidad, replicó el capitan con prontitud; y, golpeando cariñosamente las espaldas de su amigo, añadió sin darle tiempo para contestar:—Tú no tienes aficion á las armas? combate á tu manera, la cuestion es luchar. Ármate del pincel como de una espada toledana y dá batallas en el lienzo que, no por ser pintadas, carecerán de mérito: hiere sin temor las dificultades de tu arte; arrebata al cielo su vistosa bandera, has prisioneros los reflejos del sol, los plateados resplandores de la luna é ilumina con ellos los campamentos de tu fantasía; recoge en nuestra flora el hermoso botin que ella ofrece al artista; carga de firme á la pereza; ella es tenaz, sé temerario: derrótala, persíguela, no dés cuartel á una sola de sus insinuaciones, pasa á cuchillo todas las congojas y la gloria coronará tu frente con el verde laurel de la victoria. Campo donde esgrimir tus armas no falta, por fortuna. Reproduce nuestra naturaleza llena de fuego y de colores; populariza nuestros héroes, idealiza nuestras batallas, copia nuestras costumbres, glorifícate, en fin, arrojando mi fecha á la posteridad, y verás como la vida que desprecias, pasa de soportable á ser amena.

—Me aturrullas! exclamó Lastenio interrumpiendo al capitan.

—Crées no hallar poesía en nuestro suelo? prosiguió Delamar con su peculiar verbosidad: ¡qué diablos! Si sólo ves como poéticas las nebulosas tradiciones de otros tiempos y de otros países: figúrate, porque la imaginacion lo puede todo, que eres un menestral que viaja en compañía de un paladin de la Edad Media, quien con ochenta lansquenet vá á darle caza al Jabalí de las Ardenes; que el caballo que montas desciende en línea recta de la pródiga yegua de Mahoma; que nos dirigimos á un antiguo castillo, poblado de recuerdos sombríos y de fantásticas tradiciones, donde mora encantada doncella por quien se han roto lanzas en ruidosos torneos; que su padre es un buitre de aquellos buenos tiempos, orgulloso como un duque de Borgoña é insolente como un bastardo real; figúrate todo esto y más si te se antoja, y verás como la chimenea del trapiche de mi tío, donde te he de llevar, aparece á tus ojos más soberbia y majestuosa que el añejo torreon de Vincenes; y como la modesta habitacion, donde nos alojaremos esta noche, adquiere las magnificentes proporciones del castillo de Winsor. Oh! has de ser un ingrato si no estimas en su justo valer lo que mi generosidad va á ofrecer á tu alma, en cambio de su misantro-

pía. En primer término, cuanto ya dejo aconsejado; luégo, más de una huella histórica, del heroísmo patrio, en el suelo que vas á recorrer, y de postre, todas las gracias de una bella primita que Dios me ha dado en estos trigos, la que á fé no conozco, pero cuya hermosura y gentileza, es fama que oscurece á la de esas damitas de Carácas á quienes has podido resistir. Su padre, mi buen tío, á quien casi no recuerdo, es un hombre excelente, imbuido en las preocupaciones del pasado, mas todo un caballero; hará migas contigo, y lograré de él lo que, en tu obsequio, estoi resuelto á proponerle.

—Puede saberse? preguntó Lastenio con curiosidad.

—Por qué no; un novio para su hija.

—Y ése novio?......

—Eres tú.

—Yo!

—Y quién habia de ser? tú necesitas luz para el espíritu y ella se llama Aurora.

—Me está vedado ser dichoso, exclamó Lastenio con melancolía.

—Punto final á las eternas jeremiadas, señor mío; vivimos en un siglo en que llorar es una impertinencia, quejarse una falta de cortesía y ser pobre el *non plus ultra* de las abominaciones humanas. Esfuérzate en ser de tu época, no te quedes atrás,

por que cuando pretendas alcanzarnos estarás viejo y no podrás correr. El sentimentalismo ha caído en desuetud: la antigua poesía pierde terreno, lo real está de moda. El siglo XVIII fué guillotinado por viejo; nuestro siglo es un muchacho travieso, emprendedor, que corre á saltos, se ríe de todo, hace prodigios en ciencias, artes y política, se desgañita gritando *libertad* y tira piedras á sus maestros. En nuestra época las antiguallas no perduran: los tiranos de ayer eran eternos, los de hoi, sólo viven lo que tarda en despertar el pueblo: los de mañana......ah! esos no existirán; los pueblos se dedican á la caza de fieras; en lo porvenir el humano rebaño pacerá tranquilo, sin riesgo de ser incomodado por los explotadores de lágrimas y sangre.

Delamar se detuvo, y, señalando á su amigo un grupo de soldados guarecido á la sombra de unos cuantos *Javillos*, y, más léjos, en el extremo del camino, las primeras casas de una villa, añadió prontamente:

—Hé ahí mis granaderos; y esa ciudad donde en breve vamos á penetrar, es La Victoria, brillante página del libro imperecedero de nuestras glorias patrias.

Y espoleando de nuevo su caballo, el apuesto oficial desenvainó la espada, alineó sus soldados, púsose á la cabeza de los sesenta veteranos y al són de pífanos y cajas penetró en la ciudad.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

IV.

Como engañan las apariencias.

Inusitado movimiento notábase en las calles de La Victoria en la tarde del 22 de Enero de 1825, cuando el capitan Delamar y sus sesenta granaderos atinaron á entrar en el poblado.

La histórica ciudad, triste de suyo y silenciosa y solitaria, exhibia aquella tarde todos sus moradores asomados á las puertas y ventanas de las casas, agrupados en las esquinas ó corriendo las calles con marcadas muestras de impaciencia al par que de extraño é inexplicable regocijo.

Sorprendido Delamar al encontrarse con tan numeroso y animado concurso, é ignorante de lo que en realidad acontecia, creyó un momento, acariciado por

la más perdonable vanidad, ser él y sus queridos veteranos la causa eficiente de aquel insólito alborozo; por lo que, tomando una noble apostura, y con humos de conquistador triunfante, permitíase, faltando á la ordenanza, saludar con la cabeza y con la espada á los diversos grupos que hallaba en su camino. Pero notable chasco se llevó el capitan cuando aceró á advertir, que ni los peludos morriones de sus arrogantes granaderos, ni el vistoso uniforme de quién los comandaba, merecian en la ocasion, como acontecia siempre en nuestras ciudades de provincia, los admirativos agasajos de la muchedumbre callejera, y que por el contrario, pásaban á la vista de aquella inquieta multitud, completamente inadvertidos.

Un acontecimiento extraordinario absorbia, y dominaba, á todas luces, á aquellas buenas gentes, sin dar cabida á pasajeras impresiones.

De los barrios más apartados afluian atropelladamente á la plaza mayor y calle principal de la ciudad, hombres de todas clases y profesiones, muchachos de todas edades y mujeres del pueblo, vociferando los unos, cantando los otros, todos afanados y diligentes como si temieran perder el espectáculo que ansiaban contemplar. En todas partes se decian hechos imposibles, se narraban aventuras sangrientas, y, plagado de calificativos injuriosos se repetia un mismo nombre, nombre que al pronunciarse hacia pa-

lidecer hasta los más audaces. Pero donde el bullicio y la aglomeracion del pueblo era mayor, donde las pláticas tomaban el carácter de una intrincada discusion y más airadas se producian las gesticulaciones y amenazas, era, á no dejar duda, en el extremo de la calle principal, próximo al rio, de donde parte bajo espeso arbolado el camino real de San Mateo.

Motivaba tan insólito alboroto, un simple parte, recibido por el alcalde mayor de la ciudad, en la mañana de aquel dia, y en el cual le participaban la captura de Sántos Zárate, por el Campo-volante del Saman y la próxima llegada del prisionero á La Victoria, donde ejemplarmente habia de ser ajusticiado.

A juzgar por el ruido que metia tal noticia, no parecia carecer de importancia el aludido criminal; y en efecto, estaba mui distante de ser indigno de la rabiosa ansiedad con que se le esperaba.

Enterradas la mayor parte de nuestras tradiciones populares, con la ya muerta generacion de nuestros padres; pocos serán los que recuerden, en la época presente, las fechurías de Sántos Zárate, y ménos, los que siquiera hayan oido pronunciar el nombre de tan insigne bandido: no obstante, que plagadas estaban las crónicas sangrientas de los Valles de Aragua de las vandálicas proezas de aquel terrible salteador.

Terminada la guerra de la Independencia, y entregados nuestros hombres eminentes á la reorganiza-

cion del país, así como los ciudadanos todos á recuperar por medio del trabajo el bienestar perdido en largos años de persistente lucha; Venezuela exhibió un nuevo cáncer, oculto hasta entónces por el humo de los combates y bajo la máscara política con que de ordinario se cubrieran las más ruines pasiones. Pero desautorizado el pretexto de la guerra, se hicieron insostenibles los disfraces y, tras el legionario que deponia las armas, apareció el bandido.

Desde las primeras alboradas de la paz, numerosas cuadrillas de malhechores infestaron los caminos y se parapetaron en los bosques de algunas de nuestras provincias. Los vecindarios de los campos, los caseríos extraviados, las aldeas indefensas y hasta los pueblos no guarecidos con tropas regulares, fueron teatro frecuente de robos y asesinatos cometidos con inaudita audacia.

Para evitar semejantes escándalos, limitóse el gobierno, que á la verdad, no dió gran importancia en su principio á los cometidos desafueros, limitóse, repetimos, á repartir algunas armas en los villorios más hostilizados por los malhechores, y esto, entre pocas personas de notoria prudencia y de reconocida rectitud. Pero el desórden que se queria enfrenar con aquella medida, no llegó á aminorarse, ántes bien, cobraba creces dia por dia, y alarmadas al cabo las

autoridades seccionales y hasta el mismo gobierno, por tan repetidos y atroces desmanes; se apresuraron á crear una especie de policía rural, con la denominacion de Campos-volantes, para vigilar los caminos, explorar los bosques, y prestar oportuno socorro á los viandantes y á los vecindarios de los campos. No bastó, sin embargo, esta nueva medida de represion, cumplidamente ejecutada, á contener los desafueros: en algunas comarcas, las numerosas cuadrillas osaron combatir y hasta imponer respeto á los Campos-volantes; y el gobierno se vió en el caso de emplear la fuerza armada con jefes de reconocido valor y actividad, en la persecucion y escarmiento de aquellos forajidos. Al efecto, algunos batallones comenzaron á hacer la guerra á los audaces malhechores, quienes con suerte vária la sostuvieron largo tiempo al abrigo de los bosques, y al favor del terreno y de la forzada complicidad del campesino inerme que labraba la tierra bajo el brazo formidable de los dominadores de las selvas.

Entre los más temibles y renombrados cabecillas de salteadores que para la época aludida metian más ruido con sus depradaciones; figuraban como los más audaces, el famoso Cisnéros que merodeaba al Sur de la provincia de Carácas, en comarcas de los Valles del Tuy, y Sántos Zárate que habia fijado sus reales en

la selva de Güere, en el corazón de los valles de Aragua.

Cisnéros era un indio fanático, astuto guerrillero, infatigable, y montaráz, que sólo con unos cuantos desalmados y cometiendo todo género de atrocidades pretendia sostener los derechos de España sobre Venezuela; y que tras larga lucha, gruesas sumas de dinero y millares de hombres devoró á la Nacion.

Zárate, por el contrario, no parapetaba sus criminales fechorías con el escudo trasparente de la política: era más franco. Durante los últimos años de guerra de independencia, habia ejercido su honorable profesion de salteador de caminos, tratando con ejemplar imparcialidad á venezolanos y españoles, y sin que fuera parte á influir en la perpetracion de sus delitos, la bandera política á que sus víctimas estuviesen afiliadas. Con semejante proceder, el puntillo de nacionalidad y bandería no tenía razon de queja, y plenamente lo comprueba, el empeño constante con que se esforzaban los jefes militares y autoridades civiles de los dos bandos contendores, por aniquilar su comun enemigo, siempre que lo permitian las circunstancias.

Los años pasaban: patriotas y realistas dieron con frecuencia por muerto al pertinaz bandido; pero éste, como Fénix de la fábula parecia renacer de sus ce-

nizas, fuerte de nuevo y con mayor prestigio: lo debia sin duda á la poderosa fuerza corporal de que estaba dotado, á su astucia que rayaba en adivinacion, á un valor á toda prueba y al ascendiente casi supersticioso que ejercia entre la gente campesina y sobre los mismos desalmados que acaudillaba. Ahora bien: á mediados de 1824, despues de una corta desaparicion de su habitual guarida, Sántos Zárate, habia reaparecido nuevamente en la selva de Güere, llenando de terror á las pacíficas poblaciones vecinas de aquel sombrío y mal afamado bosque, que por entónces se extendiera entre Turmero y Maracay, tocando con sus extremidades las orillas del lago de Valencia y el arranque de la serranía costanera.

Esta vez el Comandante militar de Venezuela no tardó en darle caza: aumentó el precio en que años ántes se habia tasado la cabeza del audaz bandolero, que nuevos crímenes cometia diariamente con mengua de la persecucion que se le hacia, y tomando á empeño escarmentarlo, encomendó la empresa á un jefe experto y valeroso.

Las autoridades provinciales de Aragua y el nuevo sabueso que pusiera Páez á la pista de Zárate, discucutieron los medios que parecian más acertados, para extirpar de raíz el bandolerismo que afligía á la comarca; y se convino al cabo de mil y más proyectos,

en reunir en la provincia, lentamente y con fingidos pretextos para no alarmar á los bandidos, dos batallones de tropas regulares, los que acantonados por trozos en los distintos pueblos inmediatos á la selva de Güere, la rodearian en un dia dado, cerrarian todos los caminos, y acorralarian al salteador hasta cogerlo vivo ó muerto junto con su cuadrilla.

Así las cosas, por cierto bien dispuestas, se aguardaba tán sólo para dar la batida, una compañía de fuerza veterana que se esperaba de Carácas, y era ésta la que en la tarde del 22 de Enero de 1825, hacia entrada triunfal en La Victoria, precedida por su arrogante jefe el capitan Horacio Delamar.

Pero todo al parecer habia concluido; y nuestro ardoroso capitan, por más premura que pusiera para llegar á tiempo, pasaba una vez más por el disgusto de llegar tarde al teatro de la guerra, donde habia contado con lucir sus dotes militares y adquirir renombre.

V.

El prisionero.

—

Segun rezaba el parte recibido por el alcalde mayor de La Victoria, Sántos Zárate habia sido apresado y en breve llegaria á la ciudad.

Delamar, despechado, se mordia de rabia los mostachos. La multitud vociferaba tumultuosa, y se apiñaba á la entrada del camino de San Mateo para ver llegar al prisionero. Y corrian de boca en boca las consejas, y se citaban los robos y asesinatos cometidos por aquel impenitente malhechor, cuyas fechurías se exageraban hasta el punto de hacer del bandolero un ente sobrenatural.

Entre todos aquellos hombres que se arrebataban la palabra para declamar improperios y narrar aventuras,

no habia úno sólo que no se vanagloriase de tener que vengar en el preso, algun ataque personal, del cual aseguraban haber escapado por milagro. Todos afirmanban conocerle, y sin embargo, no andaban mui acordes las señales fisonómicas que cada cual se complacia en detallar prolijamente motivándose por ende acaloradas discusiones. Quien, sostenia que Sántos Zárate era un negro barbudo, patizambo, con una gran berruga en la nariz; miéntras que otro no ménos convencido, propalaba que era un indio rechoncho, pero ágil como un gato, y con cabellos como crines. No distante de los que describian tan apuestos perfiles, juraba un ciego, que decia conocerle como á sus propias manos, que era un catire marcado de viruelas, con siete cuchilladas en el rostro, y más enjuto que el alcalde; y aquí y allá, y mas acá y más léjos, éste, y aquél, y todos á la vez, decian que era un enano, un jigante, un jorobado, un tuerto, un mónstruo, en fin, velludo, de ojos saltones, dientes descomunales, que andaba á saltos sobre una sola pierna, y contaba tres brazos. Y nadie se entendia, y todos se esforzaban en hacer prevalecer sus conclusiones; y crecia la agitacion y el bullicio, cuando acertaron á escuchar, los ménos vocingleros, la significativa gritería en que de repente prorrumpieron los que no bien hallados con esperar al reo en la entrada de la calle se habian adelantado para verle más pronto, y gesticulaban á la sazon, entusiasmados, en la

orilla del rio. Como tocados por un alambre eléctrico, los narradores y pendencieros callan, cesa la algarabía, y un extremecimiento de terror conmueve á su pesar todos los corazones.

—Aquí está, aquí está, ya le tenemos, gritan hasta reventar los apostados en el rio.

Y entre una doble fila de soldados, y ahorcajadas sobre el lomo de un asno y bien atadas las manos y los piés, divisa la sorprendida muchedumbre la innoble figura del prisionero; especie de bruto montaraz, sucio, harapiento, pálido y tembloroso, de aspecto vil á la par que cobarde, con la cabeza descubierta y rota, tachonado el pelo de coágulos de sangre lo mismo que el pecho y las espaldas y sin ninguno de los rasgos fisonómicos con que lo habian descrito sus apologistas, quienes, corridos de vergüenza, de despecho y de asombro, se encontraron chasqueados.

El borrico y la escolta que conducian al preso, marchaban lentamente y haciendo estacion á cada paso, no por que el oficial que presidia el cortejo quisiera hacer su presa más visible y gozar largamente de tan ruidoso triunfo, pavoneándose, como se columbraba en su caballo, con ínfulas de maton afortunado, sino porque el borrico, pobre de carnes, que soportaba al prisionero, no podia con la carga que le echaran á cuestas, se habia cansado y era necesario ayudarlo á empellones para lograr que se moviese.

Repuesta la sorprendida multitud de su primera decepcion; victoreaba al oficial que habia apresado al susodicho malhechor, exageraba por su cuenta, el arrojo desmedido de aquel, su astucia incomparable y su insigne victoria, convidándolo á beberse en ron viejo ó mistela de ajenjo, los dos mil macuquinos, precio irrisorio de tan preclara hazaña; miéntras que absortas todas las miradas en el maniatado bandolero, principiaban á encontrar en el rostro y triste catadura de aquel desgraciado, rasgos característicos de ferocidad, pujanza y osadía, que á la verdad, no se ostentaban con viveza sino en la imaginacion sobreexitada de quien suponia verlos.

—Jesus! decia un pulpero; pues mírenle los ojos; si parecen dos brasas.

—Y los dientes! añadia un timorato exhibiendo los propios; ese ha comido carne humana!

—Reparad la arruga que le cruza la frente, y lo abultado de los maxilares: son señales mui significativas, reargüía á su compadre el sacristan, el albeitar del pueblo con humos de experimentado anatomista.

—Qué cabeza! exclamaba en un portal, un estevado procurador de presos con pretensiones de frenólogo;–pues no están poco desarrolladas en ese cráneo las protuberancias de las pasiones criminales.

—Y qué me dice U. de ese ángulo facial! exclamaba ruidosamente el boticario.

Y todos asentian y se inclinaban ante tan justas y profundas observaciones; y los más rústicos decian cosas no propias para ser repetidas; y unos silbaban, y otros, con apodos burlescos, motejaban al pobre diablo desvalido, trémulo de pavor; y hubo quien pretendiera tirarle de las narices para asegurarse de que no eran postizas; y los chicuelos lloraban espantados; y las mujeres todas, lo encontraban mui feo; y las casadas, encinta, cerraban los ojos para no verle; y las solteras le miraban con asco; las viejas le hacian cruces, y la muchedumbre alborotada, alardeando de justiciera, y de celosa de la moral vilipendiada, pedia con encarnizamiento la inmediata ejecucion de aquel malvado; en tanto que el alcalde fuera de sí, por no lograr hacerse oir, ni obtener de sus subordinados alguna compostura, blandia el baston con aire amenazante, gritaba hasta desgañitarse, y se mesaba los cabellos que, á la verdad, no los peinaba largos y lucian por lo escaso.

Pero entre todos los que tomaban parte activa en la fiesta ó contemplaban con repugnancia aquella escena bárbara y grotesca, sólo habia un hombre pensativo, y tanto, que á juzgar por el ceño y la expresion sarcástica de su fisonomía, parecia profundamente preocupado. Aquel hombre, completamente aislado, hallábase de pié, guarecido á la sombra de algunos árboles vecinos al camino, entre el rio y las primeras casas de la ciudad, y medio oculto por un seto de espinos, que le servia de antemural.

Tenia en la mano la brida de una mula, aperada á la usanza de nuestros llaneros, y vestia con desembarazo un *garraci* de lienzo no mui limpio, una camisa de *crudo* con las mangas rizadas, polainas de cordoban con botones de plata, zapatos ordinarios asegurados con espuelas de hierro, y un sombrero de palma, sugeto al cuello por un estrecho barboquejo, que encuadraba una cara redonda, de facciones duras y pronunciadas, curtida por el sol con el color oscuro del habano, y donde centelleaban dos ojos penetrantes, inquietos y montaraces, y aparecia desnuda, como el resto del rostro, una boca sin vellos, de labios maliciosos y delgados. Ni grande ni pequeño, de complexion robusta, pero de nerviosos movimientos, aquel desconocido que aparentaba contar de treinta y nueve á cuarenta años, tenia todo el aspecto de un hijo de nuestras llanuras, mercader de reses, medianamente acomodado.

Desde el momento en que el prisionero hubo pasado el rio y emprendido el borrico su tardia marcha, á redoblados empellones, sobre las primeras casas del poblado; los ojos del hombre de las polainas, no se apartaron un instante del rostro del malaventurado malhechor. Pero no era el conjunto grotezco de una cabeza despreciable el que atraia aquella mirada persistente; si alguien hubiera podido seguirla con certeza, habria notado, que el blanco sobre el cual se fijaba aquel dardo invisible, eran los labios temblorosos del bandido, como si de aquella

boca, muda hasta entónces, estuviera pendiente un gran secreto.

Largo rato duraba ya la extraña inmovilidad de aquel hombre y la fijeza de sus ojos; cuando un muchacho de catorce á quince años, endeble, negro y vivaracho, que formaba en el grupo que más mofaba al preso, permitiéndose dirigirle, á las veces, obcenas chanzonetas para hacer reir á sus expensas, y hasta empujar al burro, se escurrió sin ser visto del ruidoso cortejo, atravesó arrastrándose el seto tras el cual el desconocido se ocultaba, y, saliéndole á los piés como de debajo de la tierra, levantó la cabeza diciéndole:

—Es Panaque.

El hombre de la mula y las polainas, hizo un extraño gesto de disgusto y luégo preguntó con rapidez:

—Y no ha cantado?

—Qué ha de cántar, le contestó el muchacho, tratando de sacarse una espina que se le habia clavado en una mano; si le han quebrado el pico.

—Como así......

—Los sorprendieron ayer noche, medios borrachos, en uno de los ranchos del Jambral; eran cinco, hacia de jefe Lagartijo; se escaparon tres, Zamuro quedó muerto en el sitio, y á éste lo cogieron dándole en la cabeza un culatazo, con la misma carabina con

que habian pasaportado al otro, y quedó sin sentido.

—Y tú cómo lo sabes?

—Paují, me lo contó.

—Dónde lo viste?

—En Canta-rana al aclarar.

—Por qué has tardado tanto? ya me hacias esperar......

—Es que he venido al paso del entierro.

—Y despues de cogido, estás seguro de que ese borracho de Panaque no haya hablado.

—Ni para pedir un trago; cuando yo lo topé cerca de Canta-rana, no habia dicho una sílaba, y era necesario sujetarlo en el burro para que no se cayera; venia mucho más aturdido de como se ve ahora.

—Y desde entónces ¿no te le has separado?

—Ni un momento. Caramba! Al fin salió la espina, añadió el negrito chupándose la sangre que le brotaba de la herida.

Su interlocutor lo asió fuertemente por una oreja; y clavando en las pupilas del muchacho una mirada penetrante, le dijo silbando las palabras de una extraña manera:

—No mientas, Golondrina, porque te saco los ojos.

—Oh! no he mentido, exclamó prontamente el negrillo trémulo de terror, no lo he abandonado, créalo U.

—Que así sea, y, cambiando de tono, añadió el hombre:—Y no te ha conocido?

—Para conocer ha estado él, contestó Golondrina reponiéndose; yo creo que ya está muerto y que no se cae del burro porque *cachapeándoles* los hierros empezó la carrera.

El desconocido se sonrió, puso en la mano del muchacho una moneda de plata y pasó las riendas por el cuello de la mula, como para montar. Un ronquido fuerte que venia del camino, y que se percibia, aún en medio de aquella ensordecedora algarabía, le hizo volver atrás. El preso, y su escolta de pueblo y de soldados pasaba en aquel momento frente á él, y tras otro ronquido, le oyó articular con voz gangosa palabras entrecortadas pero bastantes perceptibles, que recogidas formaban estas frases:

—Yo no soi Sántos Zárate; yo no merezco que me maten; yo no soi Sántos Zárate.

—Cobarde! exclamó el desconocido con visible arrebato de ira; y aplicando á Golondrina un vigoroso puntapié le dijo con voz sorda. Oye como empieza á cantar ese canalla.

La multitud prorrumpió en estrepitosa algarabía. —Quiere hablar, decian unos—Nos va á echar un ser-

mon.—Que se calle el perverso, exclamaban numerosas voces.—No, que hable, que hable, deseamos oirle rebusnar; contradecia mayor número de espectadores, con grave desazon de parte del desconocido de las polainas con botones de plata, á quien el derrengado Golondrina decia con el tono de la verdad más asustada:

—Créalo U. créalo U. es la primera vez que habla; se lo juro por Nuestra Señora de Candelaria.

—Pues es necesario que calle, y que calle pronto; lo entiendes! dijo el hombre levantando al negrillo, quien á pesar del miedo que sentia se habia precipitado á recoger del suelo la moneda de plata que se le habia caído.

—Sí señor; contestó Golondrina incorporándose.

—Y ahora mismo, si nó, cuando lleguen á la cárcel le tomarán declaracion......no oyes como ya grita ese bergante?......

—Pero cómo hago yo para taparle la boca! exclamó el muchacho.

—Espera, dijo su interlocutor, sacando de una de las bolsas de la silla un objeto grasiento envuelto en un pedazo de papel; toma, corre, bota el papel y has que cóma eso.

—Una empanada! exclamó el negrito lanzando al suculento manjar una mirada apetitosa.

—Cuidado! no la pruebes.

Golondrina ocultó la provocadora golosina en el seno que hacia su mugrienta camisa, sujeta como estaba á la cintura, por un cordel que á la par sostenia sus arrollados pantalones, atravesó luégo la empalizada por el mismo portillo por donde ántes se hubiera deslizado, y fué de nuevo á confundirse entre el grupo de pueblo que empujaba al borrico y denostaba al prisionero con el tácito consentimiento del oficial y los soldados.

Lleno de inquietud siguió el desconocido con la vista al astuto negrillo, quien despues de mil grotescas travesuras, que hacian reir al populacho, presentó al preso la empanada, diciéndole audazmente, aunque cambiando de voz y sin dejarse ver:

—Come si tienes hambre, mi angelito, para que hables más claro.

No obstante la familiaridad excesiva y poco cariñosa con que trataba el populacho al acobardado prisionero, no cayó bien la caritativa accion de Golondrina; y varias voces irritadas prorrumpieron en coro:

—No, no, ese perro no debe comer más miéntras viva; es necesario quitarle el bocado ántes que lo trague.

Pero ya no era tiempo; porque al ver el hambriento prisionero á la altura de su nariz, manjar tan delicado, lanzóle una furiosa dentellada, y no pudiendo

servirse de las manos, por llevarlas atadas, echó hacia atrás la cabeza y ántes que nadie hubiera podido impedírselo se engulló la empanada.

—Fuera! el intruso que da de comer al preso; gritaron varias voces.

—Que se lo lleven al alcalde para que lo ponga en el cepo, decian otros.

Hubo en aquel momento un doble punto de mira para los curiosos. Golondrina se creyó perdido y trató de escaparse; una mano robusta lo contuvo, y diez puños cerrados amenazaron su cabeza. Pero el negrillo sin desconcertarse, echó á relucir sus blancos dientes y con tono burlesco exclamó prontamente:

—Zopencos! si no damos de comer á esa posma, se nos muere entre las manos y nos priva del gusto de verlo ajusticiar.

Esta rápida observacion pareció razonable. Los puños levantados cayeron sin hacer daño á Golondrina y éste, dando agudos silbidos y haciendo cabriolas se perdió en otro grupo.

El preso entretanto, así como su numerosa comitiva seguia la calle real, donde curiosa muchedumbre se agolpaba para verle pasar y donde en breve, se oyó su voz enronquecida, clamar con desesperacion:

—Agua! agua! se me abrazan las entrañas!

Pero sus endurecidos canserberos, sordos á la piedad, no hacian ni caso de semejantes lamentaciones,

atenidos como estaban á la reputacion diabólica del criminal; y se reian de ellas, y se burlaban de las grotescas convulsiones que acometian á aquel desventurado; aplaudiendo la gracia del negrillo de haberle dado una empanada recargada de *ajíes*.

Y todo continuaba á satisfaccion del populacho. Ayes, risas, lamentos y sarcasmos se confundian en infernal concierto, y poco en fin quedaba que desear á la exaltada ferocidad de aquella multitud; cuando al penetrar tan repugnante procesion en la plaza mayor, el preso hace de súbito un esfuerzo sobrehumano, como para romper las fuertes ligaduras que á la espalda sujetaran sus brazos; lanza un agudo grito de dolor, y como herido por un rayo invisible, cae sin vida entre las patas del borrico que inmóvil queda exhibiendo en el lomo los atados piés del que fué su jinete.

Lo que entónces pasó, no puede describirse. Aquel accidente inesperado desfraudaba á todo el mundo de lo más esencial del espectáculo. Sántos Zárate, se le escapaba una vez más á la justicia, que iba á aplicarle el merecido y condigno castigo de sus crímenes, y eso en las propias barbas del alcalde: habia para rabiar.

La muchedumbre pedia á gritos que lo resucitasen. Se recurrió al albéitar para que aplicara al

difunto una sangría. Y vino éste, á poner, como un sepulturero, lápida funeral á la esperanza.

—Está muerto, dijo.

Y todos se inclinaron consternados.

—Y ha muerto de rabia, agregó indicando los espumarajos sangrientos que brotaban de los lábios del cadáver.

Y nadie contradijo porque hablaba la ciencia!

Una hora despues, era de noche; las calles y las plazas de la Villa se ostentaban desiertas, y un hombre calzado con polainas de cordoban con botones de plata, y cubierto de una parda esclavina, tomaba al trote de su mula el camino real de San Mateo, seguido de un negrillo.

VI.

Un resucitado.

—

Cuatro dias habian corrido despues de aquel suceso que llenara de horror á la buena gente victoriana. La ciudad habia vuelto á su estado normal; y los caminos públicos se ostentaban llenos de caminantes, cual si quisieran todos gozar á sus anchas de la libertad de tránsito, largo tiempo interrumpida por razon de los malos encuentros.

Delamar y su amigo Lastenio, contagiados acaso por aquella fiebre de locomocion que dominaba todos los vecindarios se aprestaban á su vez, prévia licencia del coronel Gonzalvo jefe de las armas, á marchar á Turmero, de paseantes, y de allí á la hacienda del tío del capitan, situada á legua y media

de distancia del mencionado pueblo, en la feligresía de Cagua.

Lastenio, alma sensible y delicada, estaba aún horrorizado con la escena salvaje que presenciara al entrar con su amigo en La Victoria. Delamar, por el contrario, más fuerte de espíritu y habuitado hacia ya largo tiempo, á los dramas sangrientos de la guerra, habia olvidado por completo el acontecimiento que afectaba á su amigo; estaba, como siempre, alegre y animado, pues, si es verdad que hubiera preferido tener una oportunidad cualquiera para oir silbár balas y esgrimir la espada, no era por cierto el enemigo que perdia, digno siquiera de ser tenido en cuenta, ni bastante su muerte á merecer del capitan un sentimiento de condolencia.

La mañana era hermosa. Los caballos estaban ensillados; las maletas colocadas sobre la grupera; sólo faltaba calzarse las espuelas, y de eso se ocupaban los dos jóvenes, platicando entretanto de variados asuntos, cuando acertó á penetrar un ayudante del coronel Gonzalvo, en la pieza en que se terminaban tan decididos aprestos.

—Qué ocurre? preguntó Delamar.

—Que no podeis partir; contestó el ayudante.

—Por qué razon? preguntó de nuevo el capitan visiblemente contrariado.

—No lo sé; pero el coronel desea veros ahora mismo, y él os lo dirá.

—Está visto que no he de tener sinó contrariedades! exclamó Delamar arrojando al suelo las espuelas.—Dónde está el coronel?

—En casa del Alcalde.

—Pues vamos allá.

E instando á Lastenio á que le acompañase, lo tomó de bracero, que era frecuente usanza de aquel tiempo, y seguidos del ayudante echaron á trotar por el mal empedrado de una calle que los llevaba á su destino.

Numerosas personas se hallaban agrupadas á la puerta de la alcaldía, entretenidas al parecer, en examinar y echar conjeturas, sobre dos mulas cubiertas de polvo y de sudor, las que recargadas con dos vetustas sillas de altos borrenes y pesadas gualdrapas, se encontraban atadas á los pilares del corredor que daba al patio.

Cuando Delamar y sus dos compañeros se acercaban á la entrada de la alcaldía, uno de los curiosos, indicaba una de las mulas y, como replicando á una anterior observacion, decia con tono de seguridad:

—Esa, la del pelo castaño, no es la mula del doctor Bustillon; la otra no se despinta, es la rucia de Romeráles el amanuense del doctor.

El grupo se abrió para dar paso al capitan; y éste, seguido de Lastenio, atravesó el portal y llegó

al patio, donde encontró un vejete que acaso lo esperaba, porque le dijo al verlo indicándole una puerta:
—Entrad á aquella sala, capitan; os están esperando.

Delamar empujó la puerta que se le habia indicado, y excitando á su amigo á que entrase con él, penetraron juntos en la sala. Era esta la pieza particular del archivo de la alcaldía. Cuatro personas se encontraban en ella; dos desconocidas para nuestros amigos, pero que á juzgar por lo empolvado de sus vestidos, debian ser los dueños de las caballerías que se encontraban en el patio; las otras eran el alcalde y el coronel á quien el gobierno habia encomendado la extincion de los salteadores que infestaban la comarca. Cuando Delamar y Lastenio penetraron en el archivo, el alcalde tenia la palabra y pálido y tembloroso como si estuviera poseido de invencible terror, declamaba con su voz aflautada:

—Pero eso que nos decís, es imposible, inaudito, espantoso! Doctor, por Dios, no os habreis equivocado?

—Cuando yo digo que es él, replicó con energía uno de los desconocidos, hombre grueso aprisionado en un estrecho corbatin y vestido con una cuácara de alpaca, negra y empolvada; es él, señor Alcalde; yo jamas me equivoco...... Pero ¿quiénes son estos caballeros? añadió viendo entrar á Delamar y á Lastenio.

—Uno de estos señores es el oficial que he mandado llamar, contestó el coronel.

—Buenos dias, señores; dijeron á la vez los dos jóvenes.

—Buenos se los dé Dios; contestó preocupado el Alcalde.

Delamar se dirigió á saludar al coronel, y el hombre del corbatin que se hallaba repantigado en una butaca de suela, tornó á decir al Alcalde con tono de superioridad.

—Señor don Aparicio, no me habeis dicho aun quiénes son estos caballeros.

—Teneis razon, Doctor, contestó prontamente el interpelado, teneis razon, excusad; si es que estoi aturdido fuera de quicio, horrorizado con lo que acabais de decirnos, y dirigiéndose á Delamar y á Lastenio añadió, sin fijarse mayormente en lo que hacia, acercáos señores, para presentaros al señor Doctor Bustillon que se nos viene encima, como caído del cielo, con una noticia estupenda, imposible, inaudita; pero, cómo ha de ser, el Doctor lo asegura.

—Y bien, concluyamos; exclamó el Doctor.

—Ah! me habia olvidado, la cabeza me da vueltas. Este caballero, dijo el Alcalde indicando á Lastenio, es el capitan; no señor, no; éste caballero no es militar, es el amigo del capitan.... así es... éste caballero es

el señor de San....de San....Felipe....de San....Lorenzo....tampoco. Hoi no estoi para nombres.

—Lastenio de Sanfidel, corrigió Horacio.

—Eso es, Sanpitel, pintor á lo que creo, Sanpitel, no se me olvidará.

El coronel y Delamar estallaron en estrepitosa carcajada, y el Alcalde sin hacer caso de aquella importuna hilaridad, añadió presentando al Doctor el jóven capitan:

—Ahora no me equivoco: éste sí es el capitan, si señor, el capitan Horacio Delamar, jefe de la compañía veterana que llegó de Carácas, precisamente en el momento en que entraba el preso maniatado en el burro, y que lo vió morir, como yo y todo el mundo, allí, allí mismo, en medio de la plaza y despues....

—Delamar....dijo el Doctor Bustillon interrumpiendo al Alcalde y examinando de piés á cabeza al capitan, con una mirada escudriñadora.—Es U. por ventura pariente de don Cárlos Delamar?

—Es mi tío, contestó Horacio examinando á su vez al Doctor con cierta impertinencia.

—Su tío....dijo éste y guardó un momento de silencio; que luego interrumpió para agregar con mucha pausa—pero U. no ha venido nunca á estos Valles.

—No señor, ni tampoco conozco á los parientes que tengo por aquí, contestó el capitan, y mal ha-

llado con el interrogatorio que sufria, volvióse al coronel diciéndole:—Ya iba á montar á caballo, coronel, cuando recibí vuestro recado.

—Bien, amigo mio, contestó el coronel, hombre llano y sin pretensiones, ya vamos á ocuparnos del asunto, pero es indispensable que el Doctor nos dé ciertos detalles.

—Sabeis que es raro que no conozcais á vuestro tio? tornó á decir Bustillon tratando de enlazar con Delamar la interrumpida conversacion, y aparentando no haber oído la indicacion del coronel.

—No señor, nada tiene de raro, replicó Horacio, he pasado casi toda mi juventud en Francia; vine hace cuatro años; me incorporé al Libertador entrando por Coro, la víspera de *Carabobo*, seguí despues de la batalla á Puerto Cabello, con el coronel Rangel, volví á reincorporarme al Libertador á su vuelta de Carácas y le seguí á la Nueva Granada; me soplé un balazo en *Bombonà*, estuve enfermo largo tiempo, torné luego á Carácas á terminar mi curacion y, ya restablecido, tomé de nuevo servicio hace dos meses, y héme aquí militando otra vez sin haber tenido tiempo para visitar á las personas de mi familia que viven en estos Valles; ya ve U. que no cabe rareza en todo esto.

—Pues tiene U. un buen tío, señor capitan, dijo el Alcalde; todo un hombre de bien y todo un caba-

llero; laborioso, caritativo, un poco díscolo de genio algunas veces, pero bueno en el fondo y, padre de una chica más bella y más salada que las aguas del mar; y cuenta, que yo he visto mujeres y....

Los ojos de Bustillon chispearon de una manera extraña, é interrumpiendo al entusiasta apologista de la primá del capitan:

—Basta, señor Alcalde, basta, le dijo, regalándose las narices con una gruesa polvada de rapé;— entre hombres no deben nombrarse nunca las mujeres.

—Las mujeres, convengo, replicó el Alcalde, pero esa niña de don Cárlos no es mujer.......

—Y qué es entónces? preguntó el coronel, riéndose con socarronería.

—Oh! una hurí, una divinidad, una maravilla en fin, segun se la he oído calificar á personas doctas y competentes, como el Doctor por ejemplo, y señaló á Bustillon.

Este bajó la cabeza; un ligero encarnado coloreaba sus carnudas mejillas y las extremidades de sus grandes orejas. Sin replicar á la indiscrecion del Alcalde, echó á lucir del bolsillo un pañuelo descomunal de seda con abigarrados colores y comenzó á frotarse las narices con extraordinario esfuerzo.

—No es esta la primera vez, señor Alcalde, que llega á mi noticia cuanto acabais de decir sobre la bondad de mi tío, y la rara belleza de mi prima,

exclamó el capitan, sin apartar la vista del Doctor, cuya emocion nó se le habia ocultado; y es ello la causa que me indujo á solicitar del Intendente, el mando del refuerzo de tropas que se le habia pedido para venir á estos Valles.

El Doctor hizo un brusco movimiento y Delamar continuó volviéndose á su amigo.

—Ya ves, Lastenio, que no te habia engañado; y que bien vale la pena la primita, de que hagas su retrato.

—Por supuesto, agregó el Alcalde, y hará U. una obra maestra, señor de San....de San-pitel; si señor, una obra maestra, y si no fuera que vamos á estar apuradillos yo me permitiria acompañaros y hasta tendria el honor de lavaros los pinceles.

—Punto, don Aparicio, á esas trivialidades que no vienen á cuenta, exclamó Bustillon reponiéndose de su pasajera emocion; tenemos algo más importante en qué ocuparnos.

—Oh! no lo he olvidado, exclamó el Alcalde palideciendo y golpeándose la frente;—pero convenid Doctor en que esa resurreccion es inaudita, incomprensible;....mirad, estos dos señores que llegaban de Carácas precisamente en la tarde en que nos metian aquí á ese diablo encarnado, herido y maniatado sobre un burro; lo vieron caer en medio de la plaza, muerto y mui muerto, de rabia congestiva, como dijo

el albéitar y quedar tieso y mui tieso y luégo reventar ántes de darle sepultura.

—Yo no dudo de vuestro muerto ni de todo cuanto ha pasado aquí; replicó el Doctor con impaciencia; precisamente por haber llegado á mi noticia, en Maracay, la captura de Sántos Zárate, y su muerte violenta, fué que me aventuré á pasar el camino sólo con Romerales, que veis ahí aturdido todavía de haberle visto como yo.

Y el Doctor indicaba al otro desconocido, á quien Delamar y su amigo contemplaban con sorpresa, desde su entrada en el archivo; por verle mudo y acurrucado sobre un grueso legajo de expedientes, y casi oculto en el rincon que dejaba un armario, con los brazos cruzados sobre el pecho, en la cabeza un gran chichon y ésta hundida entre las prominentes rodillas.

—Pero si está enterrado, exclamó el Alcalde con desesperacion.

—Habreis enterrado á otro tunante, replicó el Doctor.—Yo os digo que Sántos Zárate está vivo, y que ha estado á punto de asesinarme.

Delamar y Lastenio se vieron con sorpresa.

—Es para volverse loco; murmuró don Aparicio.

—Pero; díganos, Doctor, agregó el coronel, ¿está U. seguro de conocer á ese tunante?

—Sí señor, contestó Bustillon, con energía, le conozco hace ya muchos años y son pocos los que pueden vanagloriarse de haberle visto alguna vez y quedar vivos.

—Y lo peor es, agregó el Alcalde cojitabundo y tembloroso, que ya se dió la órden para que le pagaran en Valencia, á eso zopenco de Gamarra los dos mil pesos en que estaba tasada la cabeza de Zárate.

—Pues apresúrese U. á recoger la órden, díjole Bustillon con dureza, le han vendido á U. gato por liebre.

—Algo peor, señor Doctor, si es como U. lo asegura;—replicó el Alcalde compunjido;—nos han metido gato por tigre—si señor.

—Bien, señores, no discutamos más sobre el asunto, exclamó el coronel Gonzalvo fastidiado de tan larga discusion;—resulta que han engañado al señor Alcalde y á mí de carambola; que Zárate está vivo y haciendo de las suyas y que es necesario apresurarnos para escarmentarlo. Con que así, Doctor, sírvase U. contarnos lo que le ha sucedido, y dónde y cómo encontró á ese bandido.

—Yo no podré narrarlo, exclamó Bustillon estremeciéndose y limpiándose el sudor que repentinamente inundara su frente; cuando pienso en lo que me ha pasado, se me eriza el pelo y se me exaltan los ner-

vios; pero cómo ha de ser es necesario que lo sepan UU.

Y el Doctor se recogió en sí un momento. Y el coronel Gonzalvo, ofreció asiento á nuestros dos amigos que áun estaban de pié: y el acurrucado Romeráles, el amanuense del Doctor, levantó la cabeza, que apareció como vista por un vidrio de aumento, provocando á risa al coronel y á Delamar; y el señor Alcalde se dejó caer en una silla arrojando un prolongado y ruidoso suspiro.

VII.

El Doctor Sandalio Bustillon.

—

Digamos, entretanto, quién era este importante personaje que, con tan pocos miramientos trataba nada ménos que al Alcalde mayor de la Victoria y á quien el coronel Gonzalvo dispensaba manifiesto respeto y consideracion.

El doctor Bustillon era un hombre, en cuanto á la exterioridad, de aspecto vulgar y repulsivo, aunque de maneras cultas y corteces y halagador cuando no áspero y altivo. Podria contar de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años, y tenia una robustez grasosa, que sin rayar en exageracion, lo hacia pesado en el andar y le daba la apariencia de haber gozado de más pascuas, de las que contaba en realidad.

Estos inconvenientes, no pequeños, para los que se atienen en sus juicios á la exterioridad de las personas connotadas, no alcanzaba, empero, á defraudar al buen doctor, de la popularidad de que gozaba en la comarca, como hombre de peso en sus consejos, sagaz en los asuntos de su profesion, y de notoria y acrisolada probidad. Segun sus apologistas, que el doctor contaba por millares, no existia nadie que se le pareciese, ni podian compararsele siquiera fuera en ilustracion y buen decir, los más altos letrados de Carácas y de la capital de la República, y eso que de ordinario hablaba poco y, cuando lo hacia en público, gagueaba y abusaba de las zetas. No obstante, para tantos fanáticos, el doctor Bustillon era simplemente el doctor Bustillon, ó lo que es lo mismo, el *non plus ultra* de la sabiduría; y si no habia asistido á la Convencion de Ocaña; ni habia figurado en la política en elevados puestos, ni tenia fama universal en el país; era por que el doctor, pecaba de modesto, y no abrigaba pretensiones á figurar en los negocios públicos; que si nó, adios de Peña y del doctor Narvarte y de tantos y tantos otros que descollaban como eminentes celebridades forences: el doctor vivia entregado á la vida privada, á sus asuntos propios y á la labor del foro provincial, donde brillaba como esplendente faro en medio de la más profunda oscuridad.

El doctor Bustillon era, como se vé, un jurisconsulto consumado, con numerosa clientela y una persona *respetable y principal*; no como se repite, aún en el día, en algunos de nuestros pueblos de provincia, al hablar ante forasteros, del hermano del párroco del lugar, que sólo merece aquellos calificativos por su parentesco con el cura; ó de un quídam cualquiera que adquiere la consideracion del vecindario por el sólo hecho material de ser el dueño de la única tienda de pañuelos de madrás y liencillos que existe en la feligresía. No señor; el doctor Bustillon no era hermano de párroco, ni cosa parecida, ni jamas habia sido mercachifle; era un jurisconsulto en toda forma; un abogado experto, á quien las leyes respetaban hasta el punto de presentarse sumisas á todas las interpretaciones que el exigente doctor pluguiera darles; pues era fama que, tan insigne y probado jurista, no habia perdido un sólo pleito en el trascurso de su largo profesorado.

Y esto á nadie sorprendia; porque el doctor, entre otras cualidades que lo alejaban mucho, ó que lo adelantaban á los hombres de su época, era sagaz en sumo grado, y poseia recursos y ardides desconocidos ó poco practicados por entónces, entre aquellos bonachones que rendian á la ley pleito homenage y respeto ferviente.

Con todo esto, probaba el buen doctor no ser un advenedizo en materia de sustanciaciones y alegatos,

sino todo un veterano, encanecido bajo el fuego de las demandas, apelaciones y sentencias, con costos, costas, daños y perjuicios. El habia empezado su carrera en la milicia togada, de simple soldado, ó lo que es lo mismo, de simple portero de tribunal, y habia ascendido, grado á grado, hasta alcanzar la levantada posicion que ocupaba. El, como la generalidad de sus cofrades, no se presentó á las puertas del templo de la justicia humana, ya sumo sacerdote, revestido de la doble autoridad del doctorado y de la ciencia; él no llevó matrícula ni cosa parecida, llegó de simple lego, empezando por sacudir el polvo á las vetustas leyes, con un manojo de plumas de gallina, barrer el santuario y practicar citaciones; cosas, por cierto, indispensables para servir de base á una educacion esmerada y á una futura elevacion. En tiempos de la colonia fué monárquico y mui buenos servicios prestó su habilidad á la establecida Compañía guipuzcoana. Proclamada la república, la sirvió con fervor en el juicio de los canarios amotinados en el Teque. Vino Monteverde y entró en la junta de calificaciones y secuestros. Apareció Bolívar con el decreto de Trujillo, y el doctor formaba en el cortejo de los municipales, y aplaudió ruidosamente en los claustros de San Francisco, el día en que el augusto cuerpo presidido por Cristóbal Mendoza, gobernador civil de la provincia de Carácas, confirió á Bolívar el merecido título de Libertador de la Patria.

Pero corrieron los tiempos y arribó Morillo, y surgió como espuma de una charca de sangre—el rapaz de Moxó con sus violentas exaciones y sus juicios de criminalidad. ¿Dónde estaba el doctor? allí en la fiscalía de toda causa como un centinela de faccion. Y tornó el Libertador, y fue independiente Venezuela, y se crearon nuevos códigos; y el doctor los estudió con calma, con la calma del justo que no halla en su conciencia cosa mayor que reprocharse; y se fijó en los Valles del Aragua; comarca rica y no explotada, é hizo asiento en Turmero, pueblo que tras la guerra se apresuraba á florecer; y adquirió justa fama y gran reputacion. Vicios que afeén á un hombre justo, no los conoció nunca, y, si exceptuamos una laudable inclinacion hácia el bello sexo y el uso exagerado del rapé, el doctor era un hombre ejemplar, como bien lo estimaban cuantos le conocian de nombre, aunque no de íntima comunicacion, por ser de genio, aunque irritable, discreto como nadie y esencialmente mui poco comunicativo. En el fondo era un hombre ensoberbecido, duro y despiadado; pero lo disimulaba tan bien, que todos le creian un cordero; no obstante, que á las veces, se le rodara el tupido vellon y apareciese el lobo.

Sólo un hombre, entre todos los que por largo tiempo habia tratado, merecia su confianza—: y era éste afortunado, Romeráles, su acólito, á quien tenia á su servicio hacia diez años. Especie de histrion que sabia diver-

tirle, y que bamboleaba en la apariencia entre lego y soldado: propio por sus simplezas conventuales, como que habia sido sacristan, y por sus fanfarronadas de maton, para la época difícil que habia atravesado su señor, época militar por excelencia, en la que era indispensable para infundir respeto, la tonsura ó el sable, y á falta de estos dos distintivos de respeto y de poder, la apariencia por lo ménos, de haber llevado la una en la cabeza ó el otro en la cintura, y pasar ante el vulgo por un *Dios se lo pague* ó un *Dios me lo perdone.*

Y en verdad, y amen de las cualidades morales de este acólito, en las que campeaba la mentira y la exageracion con especial grasejo, merecia Romeráles, en quien privaban las fanfarronadas soldadescas, merecia repetimos, la suma distincion y hasta el afecto que le profesaba su señor. Sumiso como un perro faldero á la voluntad imperiosa del doctor, y manso como un cordero, apesar de su exterioridad poco recomendable, Romeráles, si á sus expensas hacia reir á los audaces, imponia respeto á los que no le conocian y escudaba al doctor. Su cara hacia el efecto de ser vista por un vidrio de aumento; los ojos eran grandes, sanguinolentos y saltones; los cabellos crespos y entrecanos se empinaban sobre la frente con un aire diabólico, la tez era de un rojo arrebatado; la cara larga, gruesas y prominentes las narices, ancha la boca, dientes completos, grandes y brillantes, y labios gruesos,

sobre los cuales se erizaba, un crecido mostacho, áspero y abundante, capaz de dar dentera á aquel tambor mayor del regimiento de la Reina, que sacó de las filas, no recuerdo el combate, un jinete de Apure.

Con esta cara, que era una pesadilla para los chicos del lugar, Romerales media dos varas diez pulgadas, de un cuerpo en que lucia ménos carne que huesos y que llevaba siempre derecho como un huzo y forrado sistemáticamente en una estrecha chaqueta de nanquin desteñido, un pantalon de paño, desecho de su amo, zapatos con orejas y un sombrero de fieltro que apénas si ocultaba escasa parte de su desmelenada cabellera.

Al verlos juntos, como viajaban siempre, sobre dos gruesos mulos; venian á la memoria las aventuras del ilustre manchego, no obstante que la similitud no fuera mui completa, por razon de que el criado, era en esta pareja, el prototipo del hidalgo caballero, y su amo el trasunto del bonazo de Sancho.

Esto sentado, sigamos adelante.

El doctor Bustillon, como se lo habia exigido el coronel Gonzalvo y el Alcalde, abrió la boca despues de un largo rato de profundo recogimiento, y narró someramente la aventura en que habia estado á punto de ser víctima del propio Sántos Zárate, la cual nos reservamos contar nosotros al lector en capítulo aparte; porque el Doctor emocionado, tartamudeaba mucho al re-

ferirla y suprimió detalles y atropelló circunstancias que eran para contarse, mas no para ser él quien pudiera narrarlas. Con todo, y á pesar de tan sucinta narracion no pecaron por escasos, los aspavientos del Alcalde, ni las grotescas aprobaciones de Romeráles, ni el asombro circunspecto del coronel Gonzalvo, ni el indiferente desabrimiento con que le oia Lastenio, ni el buen humor, en fin, del capitan Horacio Delamar, que en más de una ocasion sacó de quicio la compostura y discresion del severo doctor, quien concluyó la histórica aventura, aseverando que el Alcalde era un tonto á quien habian burlado, y que el tal muerto en La Victoria, despues de tanto escándalo, era un pillastre oscuro de la banda de Zárate, á quien sus compañeros apodaban Panaque, el cual no merecia ni el quinto de los honores ruidosos que le habian tributado. Y tratando luégo con Gonzalvo de las operaciones militares que habian de practicarse para llevar á punto el escarmiento del legítimo Zárate, y el de su cuadrilla, y la completa estirpacion del vandalaje que se habia asentado en la provincia, entró á indicar al coronel cuáles eran los puntos que á su juicio se debian resguardar y como debian ser organizados los distintos acantonamientos que se dieran á las tropas.

El coronel Gonzalvo que habia oído impasible una gran parte de las indicaciones del doctor, dijo al ter-

minar éste, y como quien sacude el pesado fardo de una importunidad:

—Ya ve U. capitan, que no es posible efectuar su paseo; y que por el contrario debe aprestarse para salir cuanto ántes á ocupar su puesto con su compañía.

—Yo creo coronel, agregó el doctor, cortando la respuesta que iba á dar Delamar, yo creo que U. debe dejar en esta plaza una fuerza de consideracion, como reserva, y que el capitan Delamar podia quedar aquí con sus sesenta veteranos ó fijarlo en Maracay donde su compañía puede cubrir el flanco de Tucupido al Piñonal.

Horacio visiblemente disgustado, lanzó al doctor una mirada poco acariciadora y volviéndose con presteza al coronel Gonzalvo:

—Mi coronel, le dijo, U. me habia ofrecido otro acantonamiento, y no sé con qué derecho se permite éste caballero, aconsejar que se alteren las disposiciones tomadas por U.

Bustillon prodigó á su vez al capitan, junto con un relámpago de indignacion, una sarcástica sonrisa, á tiempo que el coronel Gonzalvo contestaba al jóven oficial.

—El doctor, señor capitan, está autorizado para aconsejarme.

—Así es, y ¿cómo no? por supuesto, agregó prontamente el Alcalde.

—Es acaso alguna autoridad? se permitió preguntar Delamar abusando sin duda de la bonomía del coronel.

—No señor, contestó éste, pero este caballero, es el doctor Bustillon y.....

—Y qué más! y le parece poco? agregó el Alcalde.

—Y eso qué le hace? replicó Horacio contestando á Gonzalvo.

—Jesus! jóven, no diga U. esa barbaridad exclamó don Aparicio.

—Que tiene facultad, señor Delamar, para que se considere su opinion, contestó bonachonamente el coronel.

—Y mucho que la tiene, y con razon, añadió respetuosamente el Alcalde.

El Doctor entre tanto, miraba á Delamar con expresion sarcástica, gozando acaso interiormente de ver aquel gallardo mozo de espada al cinto y presillas de capitan, y no postizas, obligado á someterse á él, Sandalio Bustillon que no tenia alcurnia nobiliaria, ni una sola de las prendas morales y físicas que adornaban al simpático oficial; y cuyo aspecto repulsivo, sabia le enajenaba de ordinario, consideraciones y respeto entre los hombres, y le atraia el desden, si no el desprecio

de las mujeres, lo que en verdad le hacia sufrir amargamente y le afectaba más. Bustillon en aquel momento, experimentaba, de seguro, la satisfaccion que debe sentir el buitre cuando logra asentar la corva garra en un gallo altanero que se ha atrevido á hacerle frente.

Delamar, por su parte, rojo de coraje, se hacia sangre los labios, y sin articular una palabra, contemplaba al doctor, con la cabeza erguida y los brazos cruzados sobre el pecho en ademan provocativo.

Lastenio los veia á los dos sin respirar.

—Conque así, coronel; tornó á decir el doctor con afectada calma, despues de llenarse las narices de tabaco, y de sacudir las solapas de su cuácara con el consabido pañuelo. Conque así, queda resuelto, que el señor capitan quedará aquí con sus sesenta granaderos ó irá á fijarse en Maracay.

Delamar hizo un brusco movimiento de enfado ó iba acaso á protestar de nuevo, cuando el coronel Gonzalvo con su genial bonomía, le dijo acariciándole con una sonrisa afectuosa y marcadamente deferente:

—Tranquilícese U. mi fogoso capitan, lo que he ofrecido á U. sabré cumplirlo. U. irá á situarse en Cágua con su campañía; cerca de la hacienda de su tío, á quien es natural que U. quiera acercarse y protejer; y el doctor me permitirá que no convenga, esta vez por lo ménos, en sus indicaciones.

—Extraño coronel, exclamó Bustillon disimulando su despecho; pero con severa entonacion, que U. permita ó este señor oficial, posponer sus deberes á simples consideraciones de familia.

—No hai tal, doctor, replicó, Gonzalvo, sonriéndose con socarronería, él no pospone nada y lo que exige es natural; yo en su caso pretenderia lo mismo. Ademas, todo se allanará cumplidamente: esta ciudad quedará guarnecida, no por una reserva que no necesitamos, á Dios gracias; el flanco de Maracay lo cubriremos; y francamente que no merece la pena de que nos paremos en pelillos, asunto tan poco glorioso como el que nos ocupa. Por otra parte, mi querido doctor, éste oficial de quien tengo las más honoríficas recomendaciones es el ménos á propósito para esta especie de guerra sucia que desgraciadamente me toca dirigir; en lucha contra los españoles, yo daria á éste jóven la vanguardia, y estoi seguro de que se dejaria matar sin dar un paso atras.

Delamar conmovido tendió la mano al coronel; éste se la estrechó y continuó dirigiéndose al doctor Bustillon, que se manifestaba sin reserva, profundamente contrariado.

—Pero tratándose de bandoleros, mi buen doctor, yo le aseguro á U. que tengo buenos perros, prácticos del terreno, los que levantarán el zorro ántes

de que lo huela el capitan, y que sabrán despellejarlo con más presteza acaso de la que buenamente les esté permitido; conque así, dejemos á nuestro amigo De lamar situarse en Cágua, y despidámosle para que se marche ahora mismo, llevando al señor su tío memorias de nuestra parte, y afectuosos saludos á su encantadora primita.

—Oh! y tambien de mi parte, no lo olvide U. señor capitan, mui afectuosos, agregó el Alcalde.

Bustillon se habia puesto profundamente pálido; una oleada de bílis inundaba su rostro. Tomó el sombrero sin decir palabra, saludó al coronel con sequedad, y salió de la sala seguido de su grotesco Romeráles y del señor Alcalde, quien le prodigaba de camino todo género de atenciones y agasajos; invitándole á quedarse á almorzar, á no asolearse, ni exponerse en lo sucesivo á encuentros desagradables como el que el doctor habia tenido dos dias ántes en el paso de Caño Colorado.

Bustillon no se dignó siquiera dar las gracias al buen don Aparicio; tomó las riendas de su mula, de manos de un cabo de la ronda, puso el pié en el estrivo opuesto á aquel de que Romeráles se colgaba para mantener la silla en su lugar, y pesadamente cayó á horcajadas sobre el mulo; luégo echó á andar el rabioso doctor hácia la casa de un amigo donde solía hospedarse; sin volver la cabeza para despedirse del Al-

calde y seguido de cerca por su amanuense Romeráles que sacudia con una vara de chaparro las costillas terrosas de la rucia, su inseparable compañera.

—Qué avispa ¡habrá picado al buen doctor, exclamó el coronel, viendo partir como un taco á Bustillon. Si no fuera que es un hombre entrado en años y tan cargado de carnes que es un inconveniente, diria que.....pero vamos, señores, á caballo, y no olvide U. mi señor capitan, tenerme diariamente al corriente de todo lo que ocurra, que cuando ya sea tiempo de encerrar á ese tuno, daré á U. instrucciones. Y U. señor de Santidel, déjeme ver cuando nos encontremos otra vez, algunos de los paisajes que pinte por allá. Los hai mui bellos.

Delamar dió las gracias al coronel y le estrechó la mano con reconocimiento. Lastenio hizo otro tanto y salieron contentos.

En la puerta de la calle tropezaron al Alcalde, quien despues de la partida del doctor habia quedado tan cabizbajo que casi no contestó el saludo que le hicieron al pasar los dos amigos. Lastenio se sonrió con amargura. Delamar lanzó un terno, y el timorato magistrado dando un salto como mordido por un perro se deshizo en ceremoniosas cortesías.

Poco despues sonaban pífanos y cajas y, Delamar acompañado de su amigo y seguido por Orellana y los sesenta veteranos, se ponía en marcha camino de Turmero.

VIII.

Una mirada retrospectiva.

Digamos ahora, cuál habia sido el percance que tan someramente narrara Bustillon en la Alcaldía de la Victoria, y cuáles los antecedentes y detalles que calló el buen doctor por propio y ajeno decoro.

El doctor Bustillon conocia en realidad á Sántos Zárate, y era acaso, como lo dijera al coronel y al Alcalde, uno de los mui pocos que bien podian vanagloriarse de haberle visto de cerca y quedar vivos.

Bustillon, en su largo profesorado, habia sido repetidas veces juez, y juez íntegro, é inexorable para los que no andaban expeditos por el camino real que enmarañan las leyes y terraplena la moral: siéndolo de San Fernando, á orillas del Apure, en ocasion de

cometerse en las llanuras robos frecuentes de reses y caballos, y repetirse sarracinas de que salian, no pocos heridos y contusos, y todo linaje de desmanes atentatorios contra el reposo público: fijóse la opinion de los sanos vecinos, en señalar como el mayor de los perversos entre los pendencieros, así como el más descarado para servirse y apropiarse de lo que no era suyo, fijóse, repetimos, en un mozuelo de diez y seis á diez y ocho años, que moraba en un *hato* cercano del poblado, con una viejecita que se decia su madre.

No bien llegó el denuncio á noticia del juez, llovieron las requisitorias de prision contra el travieso mozo que, á patas de una yegua escapó á la justicia sin dejar ni las huellas. El juez no se alteró; los cargos que pesaban sobre el reo fugitivo eran copiosos, sus delitos hacian fruncir el ceño á la justicia; á pesar de la huida del precoz bagabundo, pocas veces llegaban completas á las majadas de los alrededores, los rebaños que salian á pastar en la mañana: siempre faltaba algun becerro, una vaca ó un potro, sin que pudiera averiguarse cómo se habia extraviado. Las sospechas recaian sobre el mismo sugeto, pero los andariegos polizontes no daban con el bulto. En medio á estas rapiñas de las que todos se ocupaban sin hallarles remedio; se le ocurrió al doctor, como hombre práctico, suponer que la vieja estaba en el secreto del escondite de su hijo y del lugar preciso donde ocul-

taba los ganados robados, que á la sazon eran bastantes para fundar un hato. Y se aprendió á la vieja, y se la puso en confesion, y aquella desgraciada, instruida ó no, de las rapacidades del mancebo y del lugar de su escondrijo, se negó á declarar: y el cepo la agarró por los piés y unos cuantos azotes golpearon sus espaldas, y la vieja dió gritos, y prorrumpió en lamentos, y lloró gruesas lágrimas, sin señalar la cueva, bosque ó palmar que ocultaba á su hijo. Corrida la justicia, el despechado juez fué inexorable: pero héteme que un dia me encontraron dormido en un espeso morichal al consabido ladronazo, quien fué azotado largamente, como se merecia, juzgado luégo, y sentenciado á siete años de presidio; á tiempo que en un cuero sacaban de la cárcel el cadáver *engurruñado* de una vieja, muerta en un rincon oscuro, por olvido del juez ó del alcaide, lo cual no está probado.

El reo vió salir á los demas presidiarios arrastras con el cuero; dijo una chanzoneta, que hizo reir al diablo, y llorar á los ángeles, si es que aquel se ríe y lloran los otros; y extendió las piernas para recibir el par de grillos que le remacharon con crueldad, como se recibe una visita que no nos hace gracia, pero que tampoco nos aflije; y al cesar los golpes del martillo, los comenzó á limar, y anduvo con ellos cual si no los tuviera; y dos años despues los puso en la cabeza del alcaide que cayó acogotado, y se escapó el rapaz, y no se volvió á ver.

¿Tiene esto qué hacer con nuestra historia? Si señor; y adelante. El doctor Bustillon tenia nido en Turmero: es de aves de rapiña anidarse en lo alto, pero mucho les place, cuando pueden hacerlo mansamente en el interior de un gallinero. Allí en el pueblo, era el doctor lo que sabemos, el *factotum* de aquellos vecindarios, á quien el cura consultaba sus latines y pláticas, el juez, las ordenanzas que no estaban mui claras, la gente acomodada sus asuntos privados, y la clase ignorante, si el año seria bueno, si no caeria gusano á los maisales, si el añil de tal sitio daria tinta, si la luna pasmaba, si el tabardillo, en fin, debia curarse con *guamacho*, que de todo sabia nuestro doctor y nunca llegó á decirse que se errara.

Por entónces, merodeaba á sus anchas Sántos Zárate en toda la comarca: los Campos-volantes se cruzaban; la selva de Güere, negra como el pecado, espantaba áun de léjos. Los vecinos de Turmero cansados de vivir en zozobra, se organizaron en milicias y se propusieron por su cuenta dar caza al bandolero. El doctor apoyó, por supuesto, tan laudable propósito, y faltando á su circunspeccion por amor á la paz, se ofreció á acompañarlos. Hubo aprestos marciales, no obstante el armisticio que á la sazon se firmaba en Santa Ana, y se hicieron promesas á Nuestra Señora de Candelaria, y se dijeron misas y se cantaron letanías, y salieron todos los cazadores en guerrillas, dejando

á las mujeres consternadas; y se apostaron en las veredas de la selva y se echaron los perros y empezó la batida. Era un sábado; faltando á la fagina que reclamara el párroco, para acopiar las piedras que debian sustentar el altosano de la iglesia, los vecinos del pueblo recorrian el bosque amenazante, abriendo picas, sacudiendo los árboles, registrando los matorrales y voceando para darse valor, con las carabinas y trabucos amartillados, los *machetes* al hombro, los cuchillos fuera de la vaina y un constante *padre nuestro* en los lábios.

El doctor y su acólito, no propios por la circunspeccion de sus personas para correr el bosque y romper con la panza *araña-gatos* y zarsales, habian tomado puesto en el camino real frente á una vieja empalizada de un plantío abandonado, junto con dos ó tres personas connotadas; y el oído en asecho y las escopetas preparadas, aguardaban que los monteros levantasen la caza; deseando sin embargo en sus adentros, no tener oportunidad de ver ni el rastro que dejara en su huida el animal salvaje que se proponian exterminar.

Pero el zorro le sale á quien ménos lo espera. De pronto en lo más espeso de la selva, suenan algunos tiros que repercute el eco, se oyen gritos confusos y lejanos, luégo pasos precipitados que rompen las malezas, haciendo crujir las ramas secas de los

árboles mezcladas á la hojarasca esparcida en el suelo; y un hombre desarmado, roto y despavorido, salta al camino tropezando en su fuga con la sorprendida emboscada, que se declara en derrota al divisarle. Romeráles, acometido de terror, se deja caer de espaldas y se finge cadáver; los compañeros del doctor sin darse cuenta de lo que les sucede, echan á huir sin volver cara; Bustillon siente el frío de la muerte; contra él tropieza el fugitivo; maquinalmente extiende el brazo como para rechazar un golpe—y ¡la mano del doctor agarra una camisa, á tiempo que el bandido, acosado por los que le persiguen y cuyos pasos siente, salta la empalizada del abandonado plantío para ganar de nuevo la opuesta espesura del bosque. El doctor, ménos fuerte, suelta la presa de que se habia agarrado, y reanimándose con ver que el perseguido sólo intenta escaparse, se echa á la cara la escopeta, le hace fuego sin tino, marra el golpe, y el hombre se para y se revuelve dejándole pasmado.

Un recuerdo perdido en la memoria de Bustillon, brota de súbito á su mente: aquel hombre era Zárate, el muchacho que años ántes condenara á presidio; el hijo de la vieja que habian sacado muerta de la cárcel, arrastrando en el cuero. El doctor retrocedió aterrado; y creyó caer cual Romeráles, cuando el bandido levantando la mano en señal de amenaza, dijo

rápidamente, viendo lucir entre las matas próximas al camino las carabinas de sus perseguidores:

—Y van dos, mi doctor, lleve la cuenta que algun dia pagará.

Sí dijo más, no lo oyó Bustillon. Zárate se perdió en la espesura, y el doctor aturdido cayó en los brazos de un grupo de milicianos, que á la sazon se precipitaba en el camino.

—Está U. herido? está U. herido? preguntaron varias voces amigas.

Y el doctor contestó con pesadumbre:

—Sí, amigos mios........

—Dónde, dónde? exclamaron numerosas voces.

—En el alma....murmuró Bustillon.

Luégo, ayudado por Romeráles, que narraba á los tontos la lucha desesperada que él habia sostenido cuerpo á cuerpo con Zárate, ponderando en todos los tonos conocidos la bravura de su amo y la pusilanimidad de los *notables*, el doctor montó en su mula baya, y ya más repuestillo llegó en triunfo á Turmero.

Como queda probado, el doctor conocia á Sántos Zárate de trato y comunicacion, y tenia razon para enfadarse cuando álguien lo dudaba. Pero á nada de esto hizo alusion en el relato que gagueó conmovido en la alcaldía de La Victoria: y no habia para qué; siendo ésta, como era, historia antigua, de tres años atras,

y cuando bien merecia su moderna aventura, que se olvidase por ella hasta el pasado.

Desde aquel dia el prudente doctor frecuentó mui poco los caminos. Cuando se le ocurria salir de su rincon para ir á Cágua, á visitar al señor don Cárlos Delamar, nombre con el cual Bustillon se llenaba la boca, pues no todos los vecinos de uno y otro pueblo, tenian el privilegio de jugar al tresillo con el noble señor, de comer á su mesa, y de quemarse las pupilas contemplando los ojos de aquella hermosa Aurora, la cual era un sol en la tierra, como decia frecuentemente Romeráles; cuando se le ocurria dejar la amena sombra del *tamarindo* de su patio, y su bata morada, de zaraza, y sus chinelas, y su hamaca, y aquel gato barcino al que tanto adoraba, y ensillar la mula baya y ponerse en camino; buscaba siempre compañero á más de su amanuense, ó espiaba el paso de un piquete de tropas, ó se acordaba con el jefe de algun campo-volante, á quien regalaba unas cuantas pesetas por el servicio de escoltarlo.

Ahora bien; y empieza la aventura. Llamado á Valencia el insigne jurista, por motivos de asuntos profesionales; habia salido de Turmero, bien custodiado por una compañía que iba de tránsito, y rindió su jornada sin novedad alguna. De vuelta de Valencia, pensaba detenerse en Maracay, y esperar propicia coyuntura para atravesar de nuevo la peligrosa selva,

cuando al llegar á Maracay, se encontró con la feliz noticia, que festejaban ruidosamente los cándidos vecinos, de la captura de Sántos Zárate por el campo-volante del Saman, y el parte oficial del Alcalde mayor de La Victoria, en que constaban los pormenores de la súbita muerte del insigne bandido en la plaza principal de la ciudad: y á lo cual se agregaba, el hecho aún más reciente, que venia á completar tan lisonjera nueva, de la completa dispersion de la cuadrilla del difunto, en los atascaderos del Piñonal, en la propia mañana de aquel dia, dónde fueron sorprendidos y castigados con la muerte, nò pocos de los facinerosos que componian la banda.

Demás está decir, que se quemaron cohetes en el pueblo, que hubo toros y cañas y bullicioso regocijo, por tan plausible nueva; eso todos lo vieron; pero lo que nadie vió, ni pudo ver, fué el peso enorme de que quedó aliviado Bustillon con tan fausta noticia. Aquel bandido era la pesadilla del doctor; de noche al acostarse, pensaba siempre en él, y registraba hasta debajo de la cama, y sacudia la bata de zaraza, no fuera que para hacerle daño se hubiera escondido entre sus pliegues. El doctor con aquella noticia se sintió como manumitido; abrió la boca, gagueó ménos y dijo bellas frases, terminando por regalar á Romeráles cinco reales y un pañuelo de seda de su uso, por el cual suspiraba el amanuense despues de largo tiempo.

Libre de estorbos el camino, Bustillon se decidió á marchar al dia siguiente, sin más compañía que la de Romeráles; quien á su vez habia crecido extraordinariamente en brios con la muerte de Zárate.

—Para los dos, doctor, los que nos salgan; decia con su voz de bajo, el amanuense, la siguiente mañana, al calzar á su amo las espuelas,—esa canalla debe tratarse á *chaparrazos*, y no sé porqué han metido tanto ruido con la muerte de un bergante como ese, incapaz de medirse conmigo de hombre á hombre.

Y el doctor, que estaba de buen humor, se reia hasta reventar de las grotescas baladronadas de Romeráles.

—Oh! No lo lleve U. á chanza, replicaba el amanuense en son de amostazado;—U. doctor, no me ha visto todavía con el diablo entre pecho y espalda: y si le digo que hay momentos en que yo mismo casi me tengo....miedo.

—Lo creo, Romeráles, lo creo; replicaba el doctor alegremente miéntras tomaba su café.

—Yo quisiera probarle que no soi de alfeñique, proseguia el amanuense, devorando con avidez copioso desayuno, en que campeaban tortas y empanadas, que engullia como píldoras.—Mire: cuando peleamos en la Puerta el año 18, me tocó sujetar á mí solo, un borbollon de gente que se nos venia encima, despues de revolcar á Campo-Elías y al general Miranda que no podia correr; yo montaba un potron de dos riendas,

castaño *guacharaco*, por más señas, y vino ese empujon, y me tocó lancear primero á un zambo de Orituco que lo mínimo pesaba nueve arrobas; y lo saco de la silla como si fuera una pluma, y se los tiro encima y mato diez y siete y el resto......

—Ya no te queda nada, dijo el doctor interrumpiéndole y mostrándole los platos donde habia estado el desayuno. Vamos, el sol está calentando y puedes pillar un tabardillo.

Y el doctor Bustillon y Romeráles se pusieron en marcha al paso reposado de sus mulas.

—Me hubiera gustado salir más de mañana, dijo el doctor abriendo su dilatado quitasol,–pero tú, perezoso, te quedaste dormido.

—Es la pura verdad, contestó Romeráles, las mujeres, qué quiere U., acabarán conmigo.

—Pues es necesario correjirse, sí señor, corregirse.

—Eso es bueno para pensarlo, cuando uno no tiene por delante esos luceros negros de estas indias.

Y el amanuense indicaba á su amo, el ventanillo de un casucho próximo al caserío de La Barraca, por el cual asomaba la ancha cara de una mestisa regordeta.

—Calla, vas á comprometer mi dignidad con tus indiscreciones, contestó el doctor sin mirar á la mestisa.

—Es que U. pica más alto, exclamó con insolencia Romeráles, á quien su amo autorizaba cuando lo

tenia á bien, aún á mayores confianzas.—U. come gallina; yo me conformo con lo que está á mi alcance.

—Eso, es comer zamuro, agregó el doctor, con tono de reproche é indicando disimuladamente el ventanillo.

—De noche por lo ménos todos los gatos son pardos, contestó el amanuense.

—Pero viene la aurora, y entónces.......

—Oh! con la aurora, es otra cosa, exclamó Romeráles, haciendo maliciosamente incapié en la palabra. Pero la aurora no es para mí, yo me conformo con la noche.

Bustillon se puso colorado, y envanecido interiormente:

—Cállate, mal hablado, exclamó, y luégo con melancolía,–esa aurora á la cual te refieres no ha de alumbrarme á mí.

—Si no hubiera yo visto aquellas miradas en la iglesia de Cágua, en la misa de navidad—el mes pasado.

—Tú no estás en tu juicio, dijo el doctor, con los carrillos inflados y los ojos brillantes de satisfaccion—pero vamos, qué víste? añadió prontamente.

—Cuando entramos á la iglesia, recuerdo que se terminaba el ofertorio, y el señor cura entonaba el prefacio, con el *Vere dignum et justum est*......que Romeráles, tarareó á media voz, recordando los buenos tiempos en que habia sido sacristan.

—Qué diablos, exclamó el doctor fastidiado del canto, é impaciente por saber lo que decia haber visto el amanuense;—deja para el cura los latinos y díme lo lo que viste.

—*Amen!* contestó Romeráles desgajándose en una prolongada cadencia; y recobrando luégo su secularizacion compromedita por el sólo recuerdo de sus antiguos hábitos monacales, prosiguió, acariciando ántes la rucia que montaba con una arremetida de acicátes para alcanzar la baya de su amo. Sí señor, los estoi viendo á todos: el señor don Cárlos Delamar, que Dios guarde, estaba parado frente á los bancos donde se canta la *tercia*, su puesto de costumbre, con su casaca color de canela, su corbatin de crin, su calzon-corto, y sus medias de seda, calzado con zapatos de hebillas de oro, como el marques del Toro, y teniendo en las manos su libro de oir misa. A su lado estaba el juez de paz, don Roque Prieto, envanecido de estar junto á don Cárlos, y en el primer pilar de la derecha se hallaba recostado el mozuelo de don Patricio Jaramago más emperegilado que una novia.



—No vas á acabar nunca, exclamó Bustillon con enfado.

—Ya llegamos, replicó el amanuense, ya llegamos; cuando el señor doctor y mi persona nos presentamos en la iglesia todo el mundo levantó la cabeza é interrumpió sus oraciones; y del costado izquierdo de don Cárlos, y de

un grupo de devotas, en que sobresalia arrodillada en una alfombra la consabida maravilla, con su doncella á retaguardia, salieron dos relámpagos que iluminaron el santuario, y que U. no pudo ver, ocupado como estaba por el momento, en saludar á mi señor don Cárlos.

—Y bien......añadió conmovido Bustillon.

—Yo peco de curioso, U. lo sabe, agregó Romeráles, y en tratándose de faldas, hásta las del señor cura......

—Piensa, que vas á decir una barbaridad, dijo el doctor interrumpiéndole.

—Por el contrario,......

—Al grano.

—Bueno, si U. lo quiere, suprimiré el introito. Como iba diciendo, en un santi-amen pasé revista á las devotas y me fijé luégo en doña Aurora, ménos por verla á ella, que es como ver el sol en la mitad del cielo, sino para recrearme en su doncella Clavellina, capaz de hacer cosquillas con los ojos á todos los bienaventurados del paraíso......; y volví á ver repetirse los relámpagos, que salian como llamaradas de fuego, de los negros luceros de la señorita Delamar, vueltos hácia U. con encantadora fijeza.

—Tú sufres de alucinamientos, Romeráles, balbucció el doctor acariciando á su amanuense con una mirada alentadora.

—Oh! yo veo claro, exclamó el acólito con pedantesca presuncion. ¿A mí con arrumacos y quedarme en

ayunas? No señor. La fortaleza tiene una brecha abierta, para que U. lo sepa.

Bustillon suspiró, y sus gruesos labios voluptuosos se humedecieron de repente, cual si los hubiera introducido en un panal de miel; luégo sonóse ruidosamente las narices, y blanqueando los ojos con aire compungido, dijo con refinada modestia:

—Y si no fuera á mí á quien ella miraba?......

—Cuernos! ¿y á quién habia de ser? No es el señor doctor el mejor partido de toda la comarca?

—Sin embargo, son tan caprichosas las mujeres....

—En el presente caso no hai capricho que valga, exclamó resueltamente Romeráles.–La paloma está herida bajo el ala, y á ménos que no fuera á aquel mozuelo de don Patricio Jaramago, era á U. á quien ella miraba.

Bustillon dió un rugido, cambió violentamente de color y lanzando al amanuense una mirada aterradora, exclamó con voz ronca:

—Mira, Romeráles, eso no puede ser; porque si ese zopenco llegara á cautivarla, qué digo, á pretenderla, era hombre muerto.

—Como los otros dos! murmuró para sí el amanuense, extremeciéndose, y profundamente arrepentido de haber dejado escapar semejante barbaridad.

— Sospechas algo? le preguntó el doctor con visible arrebato de celos.

—Qué voi á sospechar, ni á suponer, ni á vislumbrar, ni nada, replicó Romeráles. Nombré á ese pobre diablo, á esa caricatura, á ese mocoso, como habria nombrado por comparacion á cualquiera otra persona, á mí inclusive.

El doctor se enjugó el sudor que humedecia su frente y quedó pensativo. Romeráles se dió prisa en devolver al irritable Bustillon el buen humor perdido, halagándole la vanidad de galan afortunado con mentirosas apreciaciones sobre la casta hija de don Cárlos Delamar; y lograba su objeto, cuando comenzaron á atravesar el rio que se deslisaba mansamente en su lecho de arenas.

IX.

Mi reino por un caballo.

—

Eran las nueve de la mañana. Un sol abrasador se reflejaba en las dormidas aguas del arenoso rio. Las mulas de nuestros viajeros, fatigadas y sedientas, tiraban de las bridas con deseos de beber. El doctor aflojó las riendas á la baya y dejó que se refrescase á su sabor, exitando á Romeráles á que permitiera á la empolvada rucia igual satisfaccion.

En la opuesta ribera principiaba la temida selva de Güere, al traves de la cual se internaba el camino hácia Turmero, estrechado por espesos matorrales y sombreado en varios puntos por jigantescos samanes.

—Yo le tengo mucho recelo á esta agua; dijo Romeráles oponiéndose á que su mula la bebiera.

—Oh! no seas tonto, replicó preocupado el doctor, á quien la sola vista de la selva producia calofríos.

—Y la papera? argulló el amanuense. ¿Sabe U. que seria cosa triste ver á mi rucia con semejante aditamento?

—Descuida en cuanto á eso; pero no le economices las espuelas, para salir cuanto ántes de este espantoso bosque que me crispa los nervios.

Romeráles se santiguó tres veces; puso los acicates á la rucia, y aparejado con su amo tomó al trote el montuoso sendero, donde flotaban como expectros las ramas de los árboles, al influjo de los recuerdos pavorosos que vinieron á asaltar á nuestros caminantes al encontrarse solos en el espeso bosque.

Largo rato marcharon sin dirigirse la palabra, ocupados solamente en aguijar las mulas. El doctor habia cerrado el quita-sol; Romeráles saltaba sobre la silla al impulso del trote.

—Y decir que así se pasa este camino cuando no hay peligro, exclamó el amanuense, torturado por las violentas sacudidas que sufria su huesosa humanidad.

—Vamos, hombre! no puedes ir callado; dijo paso el doctor.

—Si el camino está tranquilo! ¿quién habrá que nos oiga?

El doctor Bustillon no contestó; su mula habia parado las orejas y pasaba á disgusto junto á una pirá-

mide de piedras sueltas que soportaban una tosca cruz. Romerales se quitó el sombrero, y comenzó á rezar un *Padre-nuestro* por el alma del difunto que reposaba en aquel sitio.

—Ya vamos á llegar á Caño-colorado, dijo á poco el doctor, ¿ estará bueno el paso ?

—Quién sabe !......contestó lacónicamente el amanuense.

—Tú lo dudas?

—Por aquí ha llovido; el camino está húmedo.

—Es verdad.

Cinco minutos despues, nuestros viajeros se detenian á la orilla del profundo y pantanoso caño que cortaba el camino, y que por entónces carecia de puente. Era necesario buscar el vado so pena de atascarse.

Mejor montado Bustillon que su amanuense, recorrió una parte de la orilla del caño, y encontrando al cabo de la más minuciosa exploracion un paso que le pareció practicable, lanzó por él su mula baya que poséia buenos jarretes. Pero no bien habia alcanzado la otra orilla, cuando oyó á Romerales lanzar un espantoso grito; vuélvese con presteza, y sus ojos divisan asombrados, al desdichado acólito tendido como muerto en medio del camino, á la vez que á un espantoso negro, barbudo, patizambo con una gran verruga en la nariz y montado sobre un caballo en pelo, quien despues de blandir con aire amenazante el asta de la lanza con

la cual habia postrado en tierra á Romeráles, lanzaba al caño su caballo.

El doctor, sorprendido, sintió que toda la sangre se le coagulaba en las venas, no obstante, intentó huir; pero al hacerlo, se encontró con un hombre que, sujetándole la mula por la brida, le dijo con acento de burla:

—Buenos dias, mi doctor; al fin nos encontramos para ajustar las viejas cuentas.

Bustillon, aterrado, se restregó los ojos creyendo estar soñando.

El hombre que tenia por delante era el supuesto muerto, Sántos Zárate.

Este, así como el negro que habia abatido á Romeráles con el asta de la lanza, montaba en pelo otro caballo, extremadamente gordo y descrinado, cual los que vagan sueltos en potrero, y sin otra brida para manejarlo que una tira de cuero sin curtir, atada por dentro de la boca á la mandíbula inferior del animal.

Aquellos dos demonios, salvo los sucios pantalones, que arrollados llevaban hasta el muslo, y los sombreros de palma que cubrian sus cabezas, estaban desnudos y descalzos, y sin más armas que sus lanzas, fijadas sobre cortas y resistentes astas de *pardillo*.

El doctor habia quedado como petrificado.

—Tumusa, exclamó Zárate, dirigiéndose al negro, tan pronto como éste hubo pasado el caño, ven detrás;

y echó á andar hácia Turmero llevando de la brida la mula del doctor.

—Capitan, los que vengan de Maracay van á encontrar á ése espantajo en medio del camino; dijo el negro siguiéndolos.

—Mejor, replicó Zárate, eso los detendrá, y tendrémos tiempo suficiente para despellejar á este pleitero.

Bustillon no debió oir este diálogo, porque no hizo el más pequeño movimiento: con las manos crispadas sobre el borren delantero de la silla, los ojos desmesuradamente abiertos y dilatadas las pupilas, se dejaba conducir sin resistencia, cual si fuera un autómata.

Los bandidos y su paciente víctima perdieron de vista el caño á poco andar, así como á la rucia de Romeráles que pacia tranquila en sus orillas, junto al inmóvil cuerpo de su amo; y en llegando á la entrada de una estrecha vereda que se perdia entre los matorrales á la izquierda del camino, abandonaron éste y se introdujeron por aquella en la misma disposicion en que venian: Zárate delante, el doctor en el medio y Tumusa detrás; sólo sí, que el primero, se habia visto en la necesidad de soltar la brida de la mula de Bustillon á causa de lo angosto de aquella nueva senda.

De esta manera se internaron en la oscura espesura de la selva, salvando zanjas y venciendo con difi-

cultad las fragosidades del terreno; hasta llegar á una estrechura donde se vieron detenidos inesperadamente por los gruesos troncos y el espeso ramaje de algunos árbóles que habia abatido el huracan y que cerraban la vereda.

—Mal haya! exclamó Zárate deteniendo su caballo, no podemos seguir; y lo siento, porque me prometia ahorcarlo en el Tierral; y dirigiéndose á su compañero, añadió con la mayor naturalidad.—Vamos, Tumusa, apéate y mátalo.

Al oir esta órden, el doctor que parecia como aletargado, despertó de repente; su sangre coagulada despues de un cuarto de hora, tornó á circular con rapidez, el instinto de la vida absorbió todas sus facultades prestándole una rara energía; y como el negro se desmontase para herirle, Bustillon recogió con violencia las riendas abandonadas de su mula, hizo girar á ésta con asombrosa rapidez, y remachándole las espuelas pasó estrechando al negro con su propio caballo, y echó á huir á todo escape desandando la fragosa vereda.

Tan violento é inesperado fué el movimiento del doctor, que Zárate y el negro quedaron un instante perplejos, sin comprender siquiera como lo habia efectuado.

La especial circunstancia de cabalgar en pelo los bandidos habia favorecido á Bustillon; á falta de es-

tribos, Tumusa habia saltado al suelo, á la manera de nuestros llaneros, pasando la pierna con presteza por sobre el cuello del caballo, y cayó en tierra dándole la espalda. Instante supremo que aprovechó el doctor, despues de revolver la mula, para pasar, como una bala entre los tupidos matorrales que estrechaban la senda, y el caballo del negro que le servia de escudo.

Zárate lanzó una imprecacion; y no bien repuesto todavía del momentáneo asombro que le causara la huida de su víctima, intentó perseguirla, y fué á chocar enfurecido contra el encabritado potro de Tumusa, que sin dejar montar de nuevo á su ginete, se atraviesa y revuelve dando saltos en la estrecha vereda; permitiendo al doctor ganar terreno en su desesperada fuga.

Vencido, al fin, tan importuno inconveniente, los bandidos se lanzan á correr en pos del fugitivo; atropelladamente desandan á su vez la mal trillada senda, y sólo cuando salen al camino, es que divisan al doctor á todo escape, y con doscientos metros de ventaja, en direccion hácia Turmero.

Zárate, y el negro, aguijan con furiá sus caballos y le siguen veloces.

La mula de Bustillon volaba; sus jarretes de acero, cual si fueran resortes, se replegaban y extendian con infatigable rapidez; y el camino que dejaba á las es-

paldas, parecia huir de ellos, como ancha cinta desarrollada con violencia por los ágiles cascos que apénas si tocaban el suelo. No obstante, los caballos le ganaban terreno, y en la primera milla de tan frenética carrera, redujeron á la mitad, la notable ventaja que al emprenderla les llevara.

El camino se encontraba desierto: el despavorido doctor pesaba como doscientas libras: sudor copioso humedecia ya los palpitantes flancos de la mula: y, Turmero, la única salvacion que Bustillon entreveia, quedaba aún á legua y media de distancia.

El doctor experimentaba convulsiones tetánicas; se agitaba en la silla cual si quisiera darle alas al viento, impulso y ligereza á su pesado cuerpo, y comunicar toda su angustia, su desesperacion y su energía, al veloz animal cuyos sangrientos flancos, golpeaban las espuelas con iracundo frenesí.

En la segunda milla, los bandidos, se le acercaron más: cincuenta metros mediaban solamente entre el perseguido y sus perseguidores; y Bustillon, helado de pavor, contaba las violentas pisadas de los rocines que le seguian, así como los gólpes que para estimularlos les daban los jinetes; y oia con terror los gritos amenazantes y las imprecaciones de Zárate y el negro. Y sentia por grados que flaqueaban las fuerzas de su mula, y dos veces, creyendo haber llegado el último momento, la sintió tropezar. La baya, sin embargo,

corria siempre, y sus narices aventadas arrojaban como fuego el aliento.

Los corpulentos árboles y tupidas malezas que estrechaban el camino, pasaban y desaparecian como fantasmas, ante los espantados ojos del doctor, y el viento silvaba en sus oídos infernal melodía, y la sangre se le agolpaba al corazon, y su cabeza giraba en espantoso torbellino. Y creia á las veces, estar de pié en el suelo, y sujeto á la tierra por una fuerza prodigiosa; ó ir en el aire, como en alas de la más deshecha tempestad, y cruzar espacios infinitos, desconocidos, lúgubres, poblados de espectros y de sombras, ó radiantes de luz, cual si pasara por entre las llamas de un incendio. Y sentia á la par, intenso frío, y abrasante calor; y la mula volaba, y él la creia rígida, y sin movimiento, cual si se le hubiera petrificado entre las piernas.

En aquellos instantes de suprema agonía, el desesperado jurista habria dado por montar el Pegaso, su hamaca, su fortuna, toda su ciencia y hasta aquel dulce ensueño de sus noches de insomnio: la desdeñosa Aurora; y, cual Ricardo III, el jorobado, á tener Bustillon una corona, habria exclamado como el horrible lidiador en Bosworth:

My kingdon for a horse. *

—Párate, papelero; oia gritar el doctor á sus espaldas; y por tres veces y á treinta pasos no más de sus

* Mi reino por un caballo.

perseguidores, vió pasar por sobre su cabeza, como dardos vibrantes, las lanzas que los bandidos le arrojaban y que rápidamente tornaba á recojer uno de ellos, miéntras que el otro, con encarnizamiento, continuaba la persecucion.

—Si viniera en mi mula no se me escapaba ese pleitero, decia iracundo Zárate, golpeando con el asta de su lanza el cuello y los hijares de su fatigado caballo.

—A la fecha, la mula del capitan debe estar en el Tierral-decia Tumusa, ayer cuando nos revolcaron, tomó esta direccion; lo que yo siento es mi trabuco.

Pero si la mula del doctor se debilitaba en la carrera, los caballos de sus perseguidores flaqueaban á su turno. Extremadamente gordos, como estaban, no ejercitados, y bajo el sol de fuego que los derretia, la fatiga los dominó bien pronto; y aunque Bustillon sintiera ya, como en sus propias espaldas la anhelante respiracion de los rocines, estos no ganaban terreno, apesar del vigoroso estímulo con que los animaban los jinetes, y despues de algun tiempo se mantenian galopando á la misma distancia de la mula.

Media hora de desesperacion y agonía llevaba el aturdido fugitivo, acosado siempre con invencible ardor por sus tenaces perseguidores, cuando un nuevo problema de difícil resolucion, se ofreció á los ojos atónitos del despavorido doctor, al llegar al Saman.

El camino, en aquel punto, se bifurcaba en dos ramales; pues existia en aquella época cómo hasta hace pocos años, á más de la vía directa que conducia á Turmero, una senda trasversal de piso sólido, aún en los rigores de la estacion lluviosa, la que arrancando del Saman iba á mórir, cosa de media legua, al sur del pueblo de Turmero, en la encrucijada de los caminos de Cágua y La Victoria. Este atajo era mui frecuentado en todo tiempo por los viageros que directamente se dirijian á Maracay de alguna de las poblaciones indicadas; pues acortaba en mucho el tránsito y evitaba los inconvenientes de que adolecia en el invierno el camino principal; el cual, si bien más corto para los caminantes que de Maracay pasaban á Turmero, no era frecuente preferirlo, por razon de encontrarse obstruido, en cási todo el año, por numerosos y profundos barreales, donde los hombres á pié, y las bestias hasta descargadas, se atascaban á veces, los unos hasta los muslos y las otras hasta el pecho.

Al acercarse, el perseguido doctor, á la bifurcacion del camino, en el estado de angustia, aturdimiento y ánsia de escapar en que venia; la sola idea de tener que elegir, á cuál de las dos vías daria la preferencia, fué para su alma atribulada, como una nueva y espantosa pesadilla; por el más largo de aquellos dos ramales aunque de piso sólido, temia ser alcanzado: su mula estaba ya agotada y la sentia desfallecer; por el más

corto, iba á caer en los pantanos, tumba anticipada que le ofrecia irrisorio destino. ¿Cuál elegir? Por una ú otra vía le esperaba la muerte; la muerte, á manos de aquellos implacables malvados de quienes huia aterrado con esperanzas de salvarse. Si hasta aquel instante los cabellos de Bustillon no habian encanecido, allí debieron tornarse completamente blancos. La disyuntiva era espantosa: el punto irresoluble. Una sombra profunda veló los ojos del doctor, la razon estuvo á punto de abandonarle para siempre; sin saber lo que hacia, se abandonó á la suerte, soltó la brida con desesperacion y dejó á la mula en libertad de seguir el rumbo que quisiera. Esta tomó la vía más corta, y cien metros más adelante del Saman, se hundía hasta el pecho en un espeso lodazal.

—Es nuestro. Está cogido, gritaron gozosos los bandidos.

Y Bustillon helado de pavor, trémulo, agonizante, oyó acercarse al profundo barrial, donde su mula forzejaba por salir, el pesado galope de los caballos, y sintió caer sobre él la lluvia de lodo que levantaban aquellos animales al entrar violentos al pantano.

No obstante su pesada carga, la mula logró salir del espantoso atascadero, cuando Zárate y Tumusa dando gritos de rabia, se sumergian á su turno en el espeso fango hasta más arriba de la cincha.

Bustillon tornó á correr con indecible desesperacion, y de nuevo volvió á oir el galope de los caballos que le seguian, y los gritos imprecativos de sus perseguidores. Y cayó en otro lodazal, y se repitieron todos las circunstancias y sensaciones de su primera angustia; y tornó á correr despavorido.

Si la desesperacion y el terror, tienen un más allá que no sea la locura y la muerte, el alma del doctor habia llegado á esa espantosa linde.

Várias veces, en la corta distancia que média entre el Saman y el vecino pueblo de Turmero, se encontraron detenidos al par, y forcejeando en los pantanos, la mula del doctor y los caballos de los bandidos, á ménos de veinte y cinco pasos; y en repetidas ocasiones, echaron pié á tierra aquellos desalmados ávidos de sangre, para acercarse á Bustillon, quien hundido casi hasta las rodillas, parecia que se iba á sepultar en aquel mar de lodo, de donde salia al fin, como de los abismos de la muerte, á impulsos de inauditos esfuerzos, y cuando ya sus ensañados perseguidores blandian las astas de sus lanzas para herir las ancas de la mula ó las espaldas del acongojado jinete.

En medio de tan larga agonía Bustillon divisó á lo léjos las márgenes del río que corre á las orillas de Turmero, y las primeras casas del anhelado pueblo, su única salvacion; y oyó la bulla y los cohetes y la

música con que celebraban los alegres vecinos, la bendecida muerte, del malvado entre los malvados, Sántos Zárate.

A la vista del pueblo, no obstante la irrisoria alegría que dominaba á sus cándidos moradores, el alma del doctor se ensanchó con violencia. Ya no era la baya la que corria con frenesí; era él, con los brazos, con las piernas, y con el corazon. Y llegó al río; y lo pasó sin detenerse, levantando torbellinos de agua, y ganó la otra orilla; á tiempo que los dos salteadores paraban sus causados caballos en la apuesta ribera y exclamaba Sántos Zárate con voz amenazante, despues una espantosa imprecacion:

—Doctor, hasta otra vista.

Los bandidos revolvieron los caballos, y Bustillon cual si fuera todavía perseguido, atravesó al galope las calles de Turmero, causando profundo asombro en todo el vecindario.

—Ahora, vamos en busca de mi mula, dijo Zárate al negro; y luégo vé á decir á Lagartijo que reuna la banda y se *encampane* en las cumbres de Tucupito hasta que yo le avise. Mañana me hallarás en La Cuarta, en casa de Damian. Tenemos que hacer un ejemplar.

Y los bandidos desaparecieron.

El doctor, al entrar en su casa, cayó de la mula cual una masa inerte. Los vecinos acudieron á prestarle socorro; la poblacion entera se agolpaba á la puerta de

la casa. Todos inquirian la causa de aquel extraño acontecimiento; pero nadie podia explicarlo satisfactoriamente. En aquella angustiosa situacion se pasó el resto del dia; y llegó la noche; y con ella, una compañía de fusileros que venia de Maracay pisó la calle real del pueblo, y los vecinos distinguieron, entre la tropa, á Romeráles que, triste y abatido, lloraba gruesas lágrimas.

Todos corrieron hácia él y le rodearon. Y cien voces conmovidas preguntáronle á un tiempo:

—Pero bien, qué ha pasado? contestad, Romeráles, ¿qué ha pasado?

Este arrojó un profundo suspiro y contestó:

—Lo han asesinado.

—Lo han asesinado! repitió la multitud.

—Sí! lo asesinaron, lo asesinaron, clamaba Romeráles con desesperacion.—Yo lo defendí cuanto pude, y luché como una pantera, hasta que me dieron este golpe; y el amanuense se hacia tocar por todas las manos un enorme chichon que tenia en la cabeza.—Oh! nada ménos que una bala de cuatro onzas me aplastaron ahí.

—Pero ¿quién ha sido el muerto? preguntaban los curiosos.

—El, él, y quién habia de ser sino él.

—Pero, con mil demonios! ¿quién es él? preguntó enfadado el juez de paz.

—Vaya una pregunta! replicó el amanuense. ¡Quién ha de ser, mi protector, mi buen señor! el doctor Bustillon.

—Si está vivo; exclamaron todos los circunstantes.

—Oh! eso no puede ser! replicó sorprondido Romeráles, eso no puede ser; yo le ví morir, peleando como mueren los guapos.

Un pilluelo dejó escapar unos cuantos silbidos; y algunas voces repitieron:

—Si no lo crées, entra á su casa y lo verás.

Y Romeráles espantado corrió á ver á su amo á quien encontró aletargado todavía. Luégo narró aproximadamente cuanto le habia pasado: el golpe inesperado que recibiera en la cabeza, al intentar pasar el caño, su resurreccion, como él decia, y su vuelta á Maracay y la salida con el piquete de soldados en busca del doctor. Y esta vez, acaso, la primera en su vida, fué que el amanuense se codeó más con la verdad.

A la cabecera del lecho de su amo pasó toda la noche, administrándole las medicinas que habia prescrito el médico; y aplicándose él mismo, en la protuberancia que se le habia formado en la cabeza, paños mojados en jugo de limon.

Cuando el doctor despertó al dia siguiente, el primer bulto con que tropezaron sus ojos, fué la grotesca figura del amanuense.

—Qué me quiéres, alma en pena! exclamó Bustillon, extremeciéndose y cerrando nuevamente los ojos para no ver el fantasma que creia tener delante: voi á hacerte decir algunas misas para que alcances reposo.

—Y bien que lo necesito, contestó Romeráles. No he dormido un instante en esta larga noche.

El doctor, sorprendido, volvió á ver fijamente al amanuense y, sentándose en la cama, le preguntó dudando todavía:

—Estás realmente vivo, Romeráles?

—Sí señor, contestó el amanuense.

—Qué mula, amigo mío, qué mula, añadió el doctor con entusiasmo. Me ha salvado la vida.

—Dios la tenga en descanso, murmuró Romeráles.

—Y sin tocarla con la espuela! agregó conmovido el doctor: y luégo en un arranque de generosidad añadió prontamente; – Vé Romeráles, corre, y has que le dén hoi triple pienso.

—Ya no lo necesita, contestó el amanuense enjugándose una lágrima. Está en la eternidad!

—Qué me dices! exclamó Bustillon dolorosamente sorprendido, si ni siquiera la he forzado.

—Bien puede ser, señor, dijo dudando Romeráles pero es el caso, que la baya ha muerto con las tripas

afuera, y que en una de ellas he encontrado enredada una espuela.

En la siguiente mañana, el buen doctor, narraba su aventura en la Alcaldía de La Victoria, y se esparcia en toda la comarca, la terrífica nueva de que Sántos Zárate vivia y seguia haciendo de las suyas.

X.

La hacienda de El Torreon.

—

Como hemos dicho, la sorprendente nueva de los acontecimientos que dejamos narrados, corria de pueblo en pueblo, y de villorio en villorio, por toda la extension de los Valles de Aragua; y hasta los más apartados caseríos habia llegado, inspirando terror y sobresalto, la singular noticia de la resurreccion de aquel insigne malhechor, á quien todo el mundo habia creído muerto y enterrado, mediante los sufragios que cada cual sabia atribuir á su patrono.

Los caminos tornaron á hacerse peligrosos; poco seguras, las casas fuera de poblado; y, así los pobres que vivian en los campos, como las personas acomodadas que habitaban las haciendas patrimoniales en que

abundaba la provincia, tornaron con pesar á la diaria zozobra en que vivieran despues de muchos años. No obstante, los trabajos rurales tomaban incremento en aquellas fértiles comarcas: cultivábase con abundancia el trigo, el añil y el tabaco; progresaban las plantaciones de cacao, de caña, y de café, y una abundancia relativa, satisfacia las pocas necesidades de la clase trabajadora, sana y laboriosa, de ejemplar moralidad y contraccion á sus deberes, á pesar de los trastornos políticos que habia sufrido Venezuela y que todavía la amenazaban para no larga fecha.

El bandalismo, que habia medrado á expensas de la guerra, reducido á mui pocos prosélitos, era un mal transitorio, que pronto debia ser extrangulado por las buenas costumbres y los sanos principios de la mayoría del país, como sucedió luégo; la tierra producia abundantes y zasonados frutos; la propiedad era respetada; los derechos de los ciudadanos estaban garantidos, no obstante las prerogativas militares que pugnaban por no ceñirse á las prescripciones de las leyes; y con algunas precauciones, se vivia en aquellas comarcas la vida semi-patriarcal que largo tiempo lleváran nuestros padres, grata á Dios, á quien rendian preferente culto, y satisfactoria para la propia honra, en la cual vinculaban un legítimo orgullo.

Entre las familias acomodadas que, por aquella época residian de asiento en sus antiguas haciendas,

citábase como una de las más respetadas por su elevada alcurnia, circunstancia que todavía privaba en el país, y como la más estimada por el carácter y nobles procederes de los que en el trascurso de dos siglos la habian encabezado; citábase la familia Delamar, cuyo jefe, para los tiempos de que nos ocupamos, era un anciano, antiguo patricio, cuyas prendas morales de notoria limpidez, le habian granjeado en la comarca, junto con la consideracion de sus opulentos convecinos, el afecto desinteresado de la clase humilde y laboriosa que habitaba los pueblos, ó labraba los campos.

Don Cárlos Delamar que ya frisaba en los setenta, era un hombre de elevada estatura, bien proporcionado aunque pobre de carnes; de porte distinguido y acaso arrogante, pero sin la menor afectacion, y á quien hermoseaba una cabeza antigua de fisonomía noble y bondadosa, coronada de luenga cabellera crespa y cana que casi le bajaba hasta los hombros; sus maneras eran cultas y atrayentes, y la bondad de su carácter, siempre igual, se traslucia lo mismo en sus palabras que en sus generosos procederes.

Mal hallado en los comienzos de la Revolucion, con la violencia de las pasiones que ensangrentaban el país, don Cárlos habia emigrado á España con su esposa y dos hijos: una preciosa niña de once años y un varon todavía en pañales. Y pasó algun tiempo en la antigua patria de sus mayores, esperando

se calmasen en la propia los enconados odios, y se pusiera punto á la efervecencia de las pasiones. La muerte de su esposa, á quien idolatraba, y el creciente menoscabo de su fortuna, le hicieron retornar á la patria en el trascurso de 1816, y desde entónces se habia fijado de nuevo en los Valles de Aragua en una de sus antiguas propiedades rurales; y activamente se ocupaba en levantar de la ruina á sus abandonados intereses. Pero no fueron la muerte de la esposa y el abatimiento de su fortuna, las únicas desgracias que en pocos años debian afligir al caballero; su único hermano, á quien amaba con ternura, su mejor amigo, habia muerto tambien hacia cuatro años, y esta nueva pesadumbre afectó profundamente el alma sensible y afectuosa de don Cárlos, que apartado del mundo, vivia entregado al amor de sus hijos y á la reparacion de sus bienes, en la antigua casa solariega de su hacienda "El Torreon" situada en la feligresía de Cagua á milla y media de este pueblo.

Era esta propiedad, una media arruinada plantacion de caña, pingüe en otros tiempos, rodeada de extensos bosques, de prados y terrenos incultos que don Cárlos, á la sazon, plantaba de café, la cual debia su nombre á la elevada chimenea de ladrillos que sobresalia de entre los edificios del trapiche y que pasaba en la comarca como el más antiguo y más ele-

vado torreon de cuantos se contaban en diez leguas á la redonda.

Don Cárlos Delamar encantado en su hija, la bella Aurora, como se la nombraba en el país, y en las travesuras de Víctor, niño á la sazon de once á doce años, vivia tranquilo en el antiguo caseron patrimonial que habia hermoseado, en lo posible, para hacer á su hija más soportable la soledad en que pasaba los años más risueños de la juventud.

Apesar de lo tosco y vetusto del edificio que servia de nido á la más hermosa castellaan de aquellas fértiles campiñas, no carecia la solariega de cierta majestad, la que ayudada por un pequeño esfuerzo de imaginacion, bien podia asemejarse á un antiguo feudo de la Edad Media, por sus agudos techos, sus macisos muros y sus ventanas enrejadas. Sobre un extenso patio cubierto de menuda yerba siempre verde, se extendia el corredor exterior de la casa, sostenido por gruesos pilares de ladrillo; al cual daban las puertas de las habitaciones principales y la del oratorio. Vecino al corredor estaba un huerto de árboles frútales y un pequeño jardin; en frente se levantaba el trapiche y su elevado torreon; á uno de los acostados se veia la habitacion del mayordomo y lo que entónces se llamaba *el repartimiento*, dilatado edificio especie de claustro con celdillas de diversas dimensiones que habitaban separadamente los esclavos; y cerraba este

gran patio, á donde sólo se entraba por dos opuestos callejones cercados de empalizadas de clavellinas y espesos limoneros, un pequeño lago artificial rodeado de corpulentos *javillos*, *acacias* y *samanes* y alimentado por una acequía corriente y abundante.

A este gracioso lago, poblado de aves acuáticas, en cuya tersa superficie navegaban serenos, blancos gansos como nevados cisnes, y manadas de patos de toda especie y variado plumaje; y á cuya orilla se posaban, sobre los viejos troncos, la garsa real y la parda cotúa, bajo la copa de los árboles donde corria la inquieta ardilla y cantaban innumerables y bulliciosos pájaros, venian á beber todas las tardes los bueyes y bestias de labranza, y *atajos* de yeguas con sus alegres potros, y pequeños rebaños de mansas vacas pertenecientes á los vecinos pobres á quienes don Cárlos les franqueaba sus verdes prados y el agua de su risueño lago.

La vida corria apasible en aquel campo solitario; y si la bella Aurora no disfrutaba de las delicias de una sociedad en armonía con su elevada alcurnia, en donde habria brillado por su educacion, su modestia y la esplendidez de su hermosura, consolábase al ménos con ser el ángel de la dicha de su buen padre, á quien amaba y respetaba con toda la placidez de un corazon exento de pasiones, y de una alma pia-

dosa consagrada con fervor al cumplimiento de sus deberes filiales.

No obstante, Aurora tenia veinte y dos años, y su naturaleza vigorosa habia entrado hacia tiempo en ese período de la vida en que toda mujer experimenta la dulce necesidad de amar: sus negros ojos, de brillantes reflejos, acusaban una llama interior no alimentada; y su tez pálida, y su aire melancólico, que acaso la hacian más interesante, revelaban que no se habia resignado fácilmente á morir, flor marchita, en aquel dia sin sol de su lozana juventud. Ella, como toda mujer pura, pero de imaginacion exaltada por el fuego latente de las pasiones juveniles, habia acariciado con la mente á ese bello fantasma que en las horas de soledad y de aislamiento venia á batir sus alas sobre su candoroso corazon; ella, inocentemente, habia dado pávulo á los más quiméricos ensueños y habia terminado por crearse un ídolo imaginario, á quien revistió al principio con el ropaje vaporoso de los ángeles grabados en su libro de oraciones, y, más tarde, con los pomposos y nobles atavíos de la belleza y de la fuerza varonil. Con este ilusorio fantasma que ora la hacia gozar de inefable ventura, ora llorar y sonreir á un tiempo, tenia castos coloquios que la brisa amorosa recogia en sus alas y llevaba mui léjos susurrando como endechas de celestiales ritmos. Pero el manto de púrpura recamado de oro y azul, que aque-

lla casta vírgen bordaba cada dia con mayores primores, no encontraba galan bastante digno de llevarlo en sus hombros y en el alma sensible de aquella niña encantadora, principiaban á marchitarse lentamente las fragantes y frescas rosas de su primera juventud.

Numerosos pretendientes, como es de suponer, habia tenido Aurora, pero ninguno habia llegado á cautivarla; el ideal que ella se habia forjado del sér á quien daria su corazon, era tan alto, que no cuadraba á los que pretendian su mano. Todos los galanteos de los más distinguidos mancebos que la habian cortejado, le habian sido indiferentes; sus desdenes rayaban casi en altivez, y don Cárlos que, anciano yá, temia morir sin dejarla bajo la egida de un noble protector, sufria en silencio la esquivez de su adorada hija, sin atreverse á violentarla.

Aurora distraia sus penas interiores y enjugaba las invisibles lágrimas que corrian de su alma, llenando cumplidamente sus deberes de hija cariñosa para con el anciano: de madre amorosa, para con su pequeño hermano: de providencia para todos los desgraciados; y de señora de la casa cuyos quehaceres tenia á su cargo y desempeñaba con apacible sumision.

Dos personas, sin embargo, extrañas á la familia, pero á quienes profesaba igual afecto que reconocimiento, por el amor que le tenian, la acompañaban en

las domésticas faenas, la distraian con solícito cariño y le hacian soportable la vida monótona y casi solitaria que llevaba, sin más sociedad, que la mui fastidiosa para ella, de los pocos vecinos que venian los domingos á visitar á su padre. Una de aquellas personas á quienes debia Aurora momentos agradables de expansion y solaz, era Clavellina su doncella, mestiza libre, de diez y siete á diez y ocho años, criada en la casa desde niña, graciosa, traviesa y decidora, siempre al corriente de las crónicas de toda la comarca, y sencilla no obstante en medio de su genial viveza. La otra, era una jóven pobre, del vecino pueblo, pocos años mayor que la soñadora castellana, sin atractivos físicos, pero de alma elevada, á quien don Cárlos, conociendo las buenas prendas que adornaban á esta pobre Teresa, la habia sacado de la miseria y la habia llevado al lado de su hija, hacia ya mucho tiempo. Teresa era considerada en la casa como un miembro de la familia Delamar, y su prudencia y laboriosidad la hacian cada vez más querida y respetada de la familia de que formaba parte, y mui en particular de Víctor, á quien Teresa profesaba un acendrado afecto.

Don Cárlos, solia asistir con su hija á las festividades religiosas de los vecinos pueblos; y de ordinario oia misa los domingos en el oratorio de su hacienda, á la cabeza de su familia y de su numerosa servidumbre; misa que venia á decir el párroco de

Cagua, ó su teniente cura, y á la cual asistian numerosas personas de los campos inmediatos, y aquellos amigos de la familia que acostumbraban visitarla los domingos.

Los más asíduos tertulianos de la antigua casa del Torreon, eran el párroco del vecino pueblo, el juez de paz don Roque Prieto, el señor don Antonio Monteoscuro, antiguo amigo de don Cárlos, hacendado como él; y el doctor Sandalio Bustillon y su amanuense Romeráles, quien á pesar de su humilde condicion, habia obtenido el codiciado privilegio de sentarse á la mesa con tan respetable compañía.

A más de estos connotados personajes, pocas personas alcanzaban el alto honor de frecuentar la casa y de comer en compañía de Aurora; y sin embargo, un hombre extraño á aquellas entidades provinciales, y de condicion mui inferior á ellas, cenaba á la mesa de don Cárlos, en compañía de la familia, la tarde del mismo dia en que el capitan Horacio Delamar y Lastenio su amigo, salieron de La Victoria acompañados del teniente Orellana y de los sesenta veteranos, con el objeto de acantonarse en Cagua.

XI.

A orillas del lago.

—

Las horas de aquel dia, cuyo recuerdo debia quedar grabado en la memoria de más de un miembro de la familia Delamar, se deslizaron, como de ordinario, apacibles y rápidas.

El noble anciano, entrégado, como siempre, á sus ocupaciones agrícolas; habia inspeccionado en la mañana, con la escopeta al hombro, como tenia de costumbre, los trabajos que se hicieran en el campó. De regreso á la casa, á la hora del mediodía, habia tirado dos perdices que levantara Sultan, su perro favorito, en uno de los callejones; y envanecido de su destreza de cazador, á pesar de sus años, presentó á su hija las muertas avecillas y se sentó á comer de

buen humor y con gran apetito. Luégo durmió la siesta de costumbre, y á cosa de las tres, fué á sentarse en el corredor, como lo hacia ordinariamente; y tornó á ocuparse con Rodrigo su mayordomo, en disponer lo necesario para la próxima molienda que debia comenzar la siguiente semana.

Teresa y Clavellina, por su parte, no habian estado ociosas. Despues de terminar los quehaceres domésticos que les estaban encomendados, se ocupaban en sus labores recreativas, segun sus gustos é inclinaciones; y miéntras la doncella prendia lazos de cintas y encajes á una camisa de batista, que pretendia llevar á la próxima fiesta. Teresa, terminaba de bordar con lantejuelas de plata y canutillos de oro, una palia de raso blanco, que se proponia ver extrenar en el altar mayor de la iglesia de Turmero, en la inmediata festividad de Nuestra Señora de Candelaria, patrona de aquel pueblo.

Sólo Aurora habia trabajado poco durante la mañana, y á la hora de la siesta releia, acaso, por la décima vez, un romance español del tiempo de los moros, en el cual figuraban, como de rigor, *Abencerrajes y Zegríes*, y *Caballeros castellanos*, y *Zambras, cañas y torteos;* y *sultanas y reinas, La Vega y el Jenil, El Generalife y la Alhambra.*

Terminada la lectura, la hermosa castellana habia cerrado el libro, y perezosamente adormecida entre los

pliegues de la hamaca en que estaba acostada, se deleitaba en forjar quiméricos ensueños, que su ardorosa imaginacion se complacia en variar, á medida que se agotaban las escenas de aquellos íntimos romances, llenos de candorosa magnificencia que, al cabo, como sucedia siempre, la hacian verter algunas lágrimas, cuando, sorprendida por sí misma, en medio de tan ilusorio arrobamiento, despertaba de nuevo á la apacible realidad, asaz monótona, de aquella vida sin encantos para su alma tan soñadora.

Tan pronto como Aurora, despertara esta vez de sus poéticos ensueños, dejó la hamaca y corrió á rodillarse, con los ojos inundados en lágrimas, frente á una imágen de la Vírgen que colgaba á la cabecera de su lecho: y, juntando piadosamente las bellas manos, exclamó acongojada con acento contrito:

—Oh! Santísima Vírgen, madre mía, yo te ofrezco no volver á tocar más ese libro; pero dáme resignacion.

Y ligera, cual si temiese incurrir en nuevas tentaciones, ó romper los mal cortados lazos que pretendieran sujetarla á aquella pasada alucinacion, abandonó el aposento y corrió á preparar, con propias manos, las sopas de leche con azúcar que su padre tomaba de ordinario despues de la comida.

Y ya más despejada, llamó á Clavellina para que la acompañase á su habitual paseo; acarició á Víctor

que á la sazon llegaba de la escuela del inmediato pueblo, caballero en un burro y acompañado de un criado de confianza; y fué á besar cariñosamente la frente de su padre, quien decia en aquel momento á su mayordomo Rodrigo:

—No olvide U. que sólo debe emplear en los trabajos, aquellos de los esclavos que no estén enfermos.

—Pero todos, como sucede siempre, dirán que tienen mil dolencias, replicaba Rodrigo.

—No señor, U. bien conoce á los que lo están en realidad. Joaquin y Antonio, por ejemplo, han tenido calenturas.

—Desde ayer están buenos.

—Pero áun están débiles y pueden recaer. Déjelos U. que se repongan. Cárlos y Juan José son ya mui viejos; economíseles trabajo. Y cuente que no quiero que las mujeres que tienen chicos pequeñuelos que necesitan de los cuidados de sus madres, sean empleadas por la noche; ni en el dia, en labores forzadas.

—Con esas excepciones, señor don Cárlos, vamos á acabar por no tener con quien mover una paja.

—No créo que lleguemos á ese caso; pero como se lo recomiendo á U. todos los dias, debe practicarlo. Los hombres todos son criaturas de Dios y no deben tratarse como animales.

Y don Cárlos despues de besar á su hija, siguió tratando con Rodrigo de diversos asuntos; miéntras aquella, acompañada de Clavellina se dirigia á la orilla del lago su paseo favorito.

De esta manera, siempre igual, aparte los ensueños de Aurora, cada vez ménos frecuentes á proporcion que se deslizaban los años, corria la vida de la noble familia, en aquel hogar puro y tranquilo, bendecido por Dios.

De paso por el huerto la graciosa mestiza recogió algunas frutas, ofreció á su ama las que juzgó más sazonadas, y aplicando, á su vez, sus lábios de coral y nacarados dientes á una fresca *guayaba*, siguió á la hermosa Aurora que fué á sentarse pensativa sobre abatido tronco á la orilla del lago.

Teresa, con Víctor de la mano, no tardó en ir á hacerles compañía. Y allí, á la sombra de los altos *javillos*, reposadas y tranquilas como todas las tardes, miéntras Víctor corria tirando de la cola á los pequeños becerros que venian á beber, ó espantaba los patos para hacerlos nadar; se entretenian en ver aparecer en el extremo del callejon de clavellinas y llegar lentamente hasta las márgenes del lago, los tardos bueyes y las manchadas vacas; ó contemplaban distraidas, como se reflejaba el cielo azul, las blancas nubes y el sombrío ramaje de los árboles, en el terso cristal de la laguna, surcado por los rosados remos

de los ánades, y roto á cada instante por la repentina presencia ó desaparicion del pequeño *yaguaso*, (*) que ora medroso se sabullia en el agua, ora tornaba á aparecer, sacudiendo inquieto su negra cabecita y su pardo plumaje.

—Oh! exclamó la vivaz Clavellina, arrojando en el agua con afectado enojo la nueva fruta que llevara á los labios, despues de contemplar por largo tiempo con aire compunjido, á su bella señora.—¿Tambien hoi triste y pensativa?

Aurora levantó la cabeza y acariciando á Clavellina con una mirada melancólica, la dijo con dulzura:

—Y tú, ¿no lo estás nunca?

—Yo? jamas, contestó prontamente la mestisa.

—Pues eres mui feliz.

—Oh! muchísimo, muchísimo; á veces tengo miedo de que sea hasta pecado tanta felicidad.

—Que locas eres, dijo riéndose Aurora.

—Es necesario no tenerla tan ociosa, y hacerla confesar, para que pierda esas ideas, agregó suavemente Teresa.

—Ociosa yo? hoi he cocido más que nunca, surcí todas las medias de la casa terminé de adornar mi

(*) Pato pequeño arisco y salvaje que sabulle en el agua todo el cuerpo y pasa largo tiempo sin volver á la superficie.

camisa, y le puse unos lazos á los zapatos azules que me voi á estrenar el dia de la Candelaria.

—Bastante hacer, le contestó Teresa.

—Y le parece poco? Pero qué dicha, agregó la doncella saltando de placer, dicen que la fiesta, va á ser este año mui rumbosa, que habrá fuegos y toros y maromas y bailes; yo no sé como se puede estar triste, cuando apénas faltan cinco dias. La niña Aurora llevará á la Vírgen las macetas de plata que le trajeron de Carácas; la señora Teresa la pália que ha bordado—y yo.........mi persona, y qué más; pienso rezar mucho á la Vírgen y pedirle que no deje poner más nunca triste á mi querida *amita.*

—No digo que es necesario hacerla confesar, exclamó Teresa.

Aurora volvió á acaricar á Clavellina con nna mirada cariñosa y, ahogando un suspiro, la dijo:

—Tú llevarás las mecetas, y Teresa la pália.....

—Y U? y U? preguntó la mestiza interrumpiéndola.

—Yo me quedo. Estoi cansada de esas fiestas; la misma cosa siempre.

Clavellina retrocedió espantada y con voz temblorosa se atrevió á preguntar:

—Y entónces?

—Irán UU. solas, dijo Aurora.

—Solas!

—Sí, con papá, si quiere ir, ó con Rodrigo como fueron el año antepasado.

—Así no quiero ir, contestó la doncella, con los ojos inundados de lágrimas.

—Por qué? la dijo Aurora con tono de reproche.

—Porque sin U., yo no sé estar contenta. Ai! cuanto me pesó haber ido aquel año dejándola aquí tan solita; no pude ni rezar en la iglesia, no me gustaron los toros, y me vine al dia siguiente. No lo recuerda?

—No lo he olvidado, mi buena Clavellina, contestó Aurora conmovida, como no he olvidado una sola de las pruebas de tu cariño.

La mestiza á pesar de Teresa, que solía reprenderla, cuando abusaba de la familiaridad que le permitia Aurora, corrió hácia ésta y la estrechó en sus brazos.

—Clavellina! Clavellina! qué es eso, exclamó Teresa con dulzura.

—Oh! quererla como yo la quiero no es pecado, replicó prontamente la doncella, y reponiéndose agregó: No voi á la fiesta, ya me es indiferente, me quedo con U.

—No lo permitiré, replicó Aurora.

—Entónces, vamos juntas, y como siempre tendré el contento de verla ser la reina en los *tablados*, en la iglesia, en los bailes......

—La reina en la iglesia es la Vírgen, dijo Teresa con severidad.

—Y despues de la Vírgen? Argulló la doncella.

—Tranquilízate, la dijo Aurora, sonreida, falta una semana todavía, y hai tiempo sobrado para resolver.

—Y U. se resolverá. ¡Ai! que dicha, yo tengo siempre motivo para estar contenta. Si U. supiera lo que yo soñé anoche, tampoco estaria triste.

—Tú siempre sueñas.

—Algunas veces......

—Duerme tanto, agregó riéndose Teresa.

—Pero esta vez, replicó la doncella dirigiéndose á Aurora, soñé tan á lo vivo, que no sentí cuando la señora Teresa me llamó.

Y por tres veces, dijo ésta.

—Vamos, y qué soñaste? dijo Aurora.

—Una cosa divina. Figúrense UU. que veia iluminado el oratorio y mucha gente en la casa. El señor cura con la casulla nueva; don Cárlos mui contento, con su casaca color de canela y sus medias de seda, y una mujer mui bella, bellísima, vestida de blanco y coronada de azahares, de pié junto al altar, estrechando sonreida la mano de un señor más dorado y hermoso que el San Miguel que está en la iglesia. Y música, incienso y alegría; y en la puerta del oratorio, el doctor Bustillon echando chispas por los ojos como si fuera el diablo.

—Clavellina, tú no debes hablar mal del doctor, exclamó Teresa.

—Eso lo has soñado despierta, dijo riéndose Aurora.

—No señora, dormida y mui dormida. Y lo que es mejor, es que á mí todos los sueños se me realizan siempre. Pero ahora que he nombrado á ese señoron del doctor, añadió la mestiza, cambiando de tono y de expresion: ¡ saben lo que me ha contado José que llegó hace poco del pueblo!

—No! No!

Dijeron á un tiempo sus dos interlocutoras, sorprendidas por la expresion de miedo que habia tomado el rostro de Clavellina.

—Una cosa espantosa, agregó ésta acometida de pavor.

—Dí pronto, qué ? le dijo Aurora.

—Que ese perverso, no me atrevo á nombrarlo; que ese desalmado de Sántos Zárate, añadió Clavellina temblorosa y bajando la voz, á quien ajusticiaron en La Victoria el otro dia.......ha resucitado.

—Es una tontería lo que nos cuentas, dijo Aurora. Eso no puede ser.

—Dios no lo quiera, agregó Teresa. Pero ya es tarde, vámonos á la casa.

—Pues como UU. lo oyen, añadió la mestiza. Y tan cierto que ha estado á punto de matar en la *montaña* de Güere al......

Y Clavellina se interrumpió de súbito. Un hombre montado en una mula negra y vestido á la usanza de nuestros llaneros, con polainas de cordoban con botones de plata, entraba al patio á la sazon, y se dirigia al trote hacia la casa.

—Quién es? preguntó Aurora.

—Si no me engaño, contestó la mestiza, es aquel Olivéros, á quien don Cárlos hospedó en la casa la noche aquella, en que trajeron la noticia de que habian asesinado al sacristan de Santa Cruz por robarle unos reales; y en la que tuvimos tanto miedo. Han pasado tres años y no se me ha olvidado.

—Y papá lo dejará á comer; dijo Aurora con disgusto.

—Esta es la tercera vez que viene, añadió Teresa pensativa, y si supieran UU. lo que yo he notado.

—Qué ha notado U? señora Teresa, preguntó prontamente Clavellina, alarmada por el tono misterioso de aquella.

—Que siempre que ese hombre ha venido aquí.... pero esto puede ser un mal pensamiento que debo desechar.

—Que siempre que ese hombre ha venido aquí.... acabe U. por Dios, repitió asustada la doncella.

—Sí Teresa, no nos deje con el misterio á la mitad, agregó Aurora.

—Bien, se los diré, pero no lo repitan, porque yo no quiero ofender á nadie ni con el pensamiento. Yo he notado que siempre que ese hombre ha venido á esta casa ha sucedido alguna desgracia en los alrededores.

Jesus! exclamó la mestiza estrechándose medrosa contra Aurora.

—Yo no digo, ni creo, que ese pobre cristiano tenga parte; Dios me libre, pero así ha sucedido.

—Y es verdad! exclamó Clavellina más y más atemorizada; primero el pobre sacristan de Santa Cruz; despues aquel viejito *quincallero* que nos vendió los rosarios y las cintas, y que amaneció muerto en el camino de Paraima; y ahora......

—Y ahora qué! preguntó asustada Teresa.

—Lo que iba á contarles cuando llegó ese hombre. Y Clavellina contó sencillamente lo ocurrido al doctor Bustillon.

Aurora habia quedado pensativa; y Clavellina la veia, como esperando su parecer para quedar ó no tranquila, cuando llegó Víctor corriendo, con un loro en la mano y comenzó á decirles:

—Miren, miren qué manso y que bonito; me lo ha traido Olivéros del llano; él siempre me trae algo. ¿No es verdad que es mui bueno?

Y tornó á correr hácia la casa gritando repetidas veces:

—Papá, que vengan á comer.

—Yo creo que todo eso, no pasa de ser una casualidad, dijo Aurora contestando á Teresa; pero sin dejar de manifestarse preocupada.

—No digo lo contrario, sobre todo cuando don Cárlos lo tiene por un hombre de bien.

—Para papá todo el mundo es bueno.

—Si él lo dice es verdad, agregó Clavellina; pero á mí no me gusta ese hombre, porque mira algunas veces de una manera que espanta.

—Tu vas á acabar por tenerle miedo á todo el mundo.

—Es que á U. niña Aurora no se atreven á mirarla como me ven á mí, replicó la mestiza, á U. le tienen respeto. ¿No vé lo que se atrevió á hacerme el otro dia, ese mascaron de Romerales? pues me cogió la mano.

—Insolente, exclamó Aurora, debiste decírselo á papá.

—Me dió verguenza.

—Pues yo se lo diré.

Y Aurora se levantó, y se dirigieron á la casa.

—Señorita, díjola Teresa, de camino, no vaya

U. á decir á don Cárlos la observacion que he hecho, acaso se disguste conmigo, como se digustó con Rodrigo, cuando le dijo que á él no le inspiraba confianza ese señor Oliévros.

—Descuida.

—Ademas, prosiguió Teresa, don Cárlos debe tener razon para dispensarle su confianza, y es justo convenir en que ese hombre ha sido siempre tan respetuoso y comedido con don Cárlos, como con todas las personas de la casa.

—Y U, debe recordar, agregó la doncella, la vez que don Cárlos fué á buscar aquel dinero á Maracai, estando el camino tan azaroso, y lo bien que ese hombre se portó.

—Es verdad, dijo Aurora.

—Es una circunstancia de que me habia olvidado; y me alegro recordarla para estar más tranquila, dijo Teresa subiendo las gradas del corredor.—De seguro que me he preocupado sin razon.

—Dios quiera que así sea, agregó Aurora.

Cinco minutos despues, la familia Delamar y su huésped, se sentaban á la mesa.

XII.

El huésped de don Cárlos.

—Felices los ojos que lo ven á U. amigo Olivéros, decia don Cárlos obsequiando á su huésped. Se vende U. mui caro; hace un año que no se le vé á U. por esta casa.

—Señor don Cárlos, contestó con amabilidad el hombre de las polainas de cordoban con botones de plata, aceptando embarazado el plato que le ofrecia el anciano, he pasado todo ese tiempo en el llano, mui ocupado en los trabajos; pero no por eso he dejado de recordarlo á U., y siempre con agrado.

—Gracias, amigo, muchas gracias; yo tambien tengo buena memoria y no he olvidado que en la úl-

tima ocasion en que nos vimos me hizo U. un amistoso servicio.

—Oh! señor, no vale la pena de recordarlo.

—Cómo no! abandonar U. sus ocupaciones, para hacerle compañía á un imprudente viejo que se arriesgaba á pasar solo por la selva de Güere, tan azotada por los numerosos perversos que afligen la comarca.—Es una buena accion, mi amigo, no fácil de olvidar.

El hombre de las polainas bajó la cabeza, y principió á comer con el amaneramiento zurdo y afectado de las personas no acostumbradas á encontrarse en compañía de individuos de una educacion superior.

—Y por qué hai perversos? papá, preguntó Víctor, sin dar tiempo á Olivéros de contestar á don Cárlos.

—Porque desgraciadamente, señor preguntón, contestó con bondad el anciano, hai de todo en este bajo mundo: buenos y malos, almas que se dan á Dios, y desgraciados que se dan al diablo.

—Pero á esos malos hombres, replicó el niño con viveza, los debian matar como á las culebras para que no hicieran daño á los buenos.

—No señorito, no, de dónde saca U. esas ideas; un hombre por depravado que sea es siempre un hombre, hechura de Dios, capaz de arrepentirse, y de ser útil á sus semejantes; no debe pues tratársele nunca como á los animales que nos hacen daño; y si la sociedad los castiga con la muerte, es porque áun no

estamos bastante adelantados para imponerles un castigo ménos absurdo, que sin privarles de la vida los regenere y purifique.

Olivéros habia levantado la cabeza y veia á don Cárlos con admiracion.

—Pero ellos matan á los buenos, insistió el niño.

—Oh! de sus crímenes responderán á Dios; pero no porque ellos los cometen debemos imitarlos. ¿Has olvidado acaso el quinto mandamiento, rapazuelo? Ademas, prosiguió don Cárlos, en todo corazon por depravado que sea, existe siempre algo bueno: un sentimiento, una idea, algo en fin, que alimentado puede triunfar al cabo de la maldad más empecinada; y quitarle la vida á uno de esos desgraciados, porque deben ser mui degraciados los que perduran én el mal, hijo mio; quitarles la vida, es matarles la esperanza de poder ser buenos, algun dia. No es verdad amigo Oliveros? ¿no es U. de mi opinion?

El interpelado hizo un esfuerzo para sacudir la turbacion que le dominaba é inclinó afirmativamente la cabeza.

—Y bien, continuó don Cárlos, ¿cómo van los negocios? ha tenido U. buenos rendimientos?

—No señor, contestó Olivéros reponiéndose, el año ha sido malo; hemos tenido peste en casi todas las sabanas.

—Lo siento, amigo, lo siento, y si yo puedo servirlo, estoi á su disposicion....pero qué le pasa? U. no come nada!

—Sí señor, sí cómo, contestó Olivéros nuevamente turbado.

—Esta sopa de garbanzos, no está tan maleja; ¿no le agrada á U?

—Al contrario, señor don Cárlos, está mui buena; pero almorcé tarde y soi de poco comer.

—Vamos; ya veremos si se le despierta á U. el apetito con unas sopas de leche con que mi hija me regala de ordinario, ¿no las has olvidado, hija mia?

—No señor, contestó lacónicamente Aurora.

—Ya las probará U., amigo Olivéros; eso si va á agradarle. Pero qué olvido, aún no hemos dado á U. las gracias por su última fineza: los quesos y el puerco salado estaban mui buenos, sí señor, mui buenos.

—Yo sólo me comí un quesito, agregó Víctor; pero más que los quesos me ha gustado mi loro. ¿Y no habla? agregó el niño dirigiéndose al huésped de su padre.

—Oh! habla mucho, dijo Olivéros sonriéndose cariñosamente con Víctor.

—Pues apénas ha dicho, *golondrina, lagartijo*, añadió el niño imitando el hablar de los loros.

Olivéros se extremeció lijeramente y luégo dijo:

—Es que en la casa donde yo lo compré, habia muchos de esos animales y se habrá acostumbrado á nombrarlos.

—Qué pícaro, exclamó Víctor, yo lo voi á querer mucho, y cuando U. vuelva, verá como le ha crecido la cola.

—Y lo tendremos por aquí algunos dias? preguntó don Cárlos á su huésped.

—No señor, contestó Olivéros, pienso ir á Carácas en donde tengo que arreglar algunos asuntos.

—Ola! va U. á Carácas, yo hace más de siete años que no piso las calles de mi ciudad natal, poco más ó ménos desde que vine de Europa. Deseo que le vaya á U. bien, y voi á darle la molestia de que me lleve una cartica.

—Con gusto, señor don Cárlos, yo siempre estoi á su disposicion.

—Gracias, gracias, es U. mui bondadoso; ya la escribiré mañana, por que espero que U. se aloje aquí esta noche.

Aurora, Teresa y Clavellina cambiaron una mirada de inteligencia en que se traslucia tanta desazon como disgusto.

—No puedo quedarme, contestó Olivéros, entré de paso, sólo por verlo y saludarlo.

—Oh! no crea U. que no lo alojaremos con placer; mi casa está siempre abierta para mis amigos: U. pasará

una mala noche, pero en cambio, en ninguna parte será U. recibido con más gusto.

Olivéros se enjugó la frente, y visiblemente conmovido dió las gracias al bondadoso anciano.

—Pero qué tienen UU. señoritas, exclamó éste, dirigiéndose primero hácia su hija y luégo hácia Teresa; parece que se les ha pegado esta noche la lengua, siendo tan parlanchinas de ordinario!

—No me siento bien, dijo Aurora.

A mí me duele la cabeza, contestó Teresa.

El hombre de las polainas miró furtivamente y con alguna inquietud á las dos jóvenes. Aurora lo notó.

—Ya lo creo, dijo don Cárlos, dirigiéndose á su hija, te has pasado el dia leyendo y no has hecho ejercicio. Y U. señorita, agregó volviéndose á Teresa, debe su indisposicion á no soltar la aguja; no es bueno atarearse tanto.

—Aurora ha estado hoi mui perezosa, agregó Víctor, no ha querido pasar esta tarde de la orilla del lago.

—He tenido miedo, dijo intencionalmente Aurora.

—Miedo tú! exclamó sorprendido don Cárlos, tú nunca has sido pusilánime.

—Es, que esta tarde nos han contado tales cosas, que no era para ménos, agregó Teresa.

—Y qué cosas son esas! vamos, dijo alarmado don Cárlos, yo no he sabido nada.

—Dicen, agregó Aurora, sin mirar á Olivéros, que Sántos Zárate ha resucitado.

El hombre de las polainas se extremeció á su pesar.

—Esas son tonterías, exclamó don Cárlos, los muertos no resucitan sino en el dia del juicio.

—Pues es verdad, dijo Teresa, y si no que lo diga el doctor Bustillon que ha estado á punto de ser asesinado por ese hombre.

—Qué me cuentan UU! exclamó don Cárlos.

—Lo que U. oye.

—¿Y cómo lo han sabido UU?

—José se lo contó á Clavellina, al venir hace poco del pueblo donde corre la noticia.

—Ha oido U. algo de eso, Olivéros? preguntó don Cárlos volviéndose hácia su huésped.

—Sí señor, contestó éste con perfecta tranquilidad.

—Entónces es cierto?

—Cierto!

—Pero eso no puede ser, replicó el anciano; Zárate ha muerto en La Victoria.

—No era él, contestó Olivéros; el muerto fué un pobre diablo á quien tomaron por Sántos Zárate; ya es cosa averignada.

—Ya vé U. papá que tenemos razon de tener miedo?

—Y UU. porqué, niñas? se atrevió á preguntar el hombre de las polainas.

—Por que ese hombre es mui malo contestó Teresa.

—Es verdad, dijo Olivéros, pero....yo estoi seguro que á UU. y á don Cárlos no se atreverá nunca á hacerles daño.

—Eso no, amigo Olivéros; pues si es verdad que hasta el presente no hemos tenido que quejarnos personalmente de las fechorías de ese desalmado, en el porvenir, quién nos lo puede asegurar?

Olivéros iba á contestar; llegó hasta abrir los lábios, pero se contuvo.

—Ademas, prosiguió don Cárlos, ese hombre ha ofendido tanto á Dios que dudo, se detenga ante nosotros. Pero qué se dice que aconteció al doctor?

—Se dice, señor don Cárlos, dijo Olivéros con desenvoltura inusitada, que ese buen doctor tenia viejas cuentas pendientes con Sántos Zárate, y que habiéndose encontrado antes de ayer en el paso de Caño-colorado, el tal Zárate, pretendió cobrarselas, y el doctor tuvo la buena suerte de poder escaparse.

—Y cómo se escapó?

—No me han dado mas detalles, agregó Olivéros, cuanto he dicho á U. me lo han contado esta tarde en el pueblo.

—Vírgen Santísima! exclamó don Cárlos, ya vamos á volver á las andadas.

—No se preocupe U. replicó Olivéros, él no viene jamás por estos lados.

—Aunque así fuera, amigo mio; pero los desgraciados de otros lugares! Yo siento el mal ajeno como el mio propio y....

Don Cárlos se interrumpió. Fuertes pisadas de caballos resonaban en el patio. Olivéros dió un salto, y miró rápidamente hácia la puerta que tenia detras, la cual daba al patio interior vecino al huerto. Las mujeres, que nada habian oido quedaron sorprendidas; y Víctor, más curioso que todos, dejó el asiento y corrió al corredor, á tiempo que se oian en el patio entre prolongados relinchos, los furiosos ladridos de Sultan, y la voz de Rodrigo el mayordomo que gritaba para hacerse oir.

—Sí señores, aquí es, aquí es,......

XIII.

El leon bajo la piel del cordero.

—

Los caballos se habian detenido; y pasos precipitados y ruido de sables y de espuelas, resonaron luégo atravesando el corredor.

Don Cárlos se habia puesto de pié, así como Olivéros; pero el anciano estaba tranquilo, miéntras que su huésped revelaba profunda alarma é inquietúd. Clavellina fué á apoyarse en el respaldo de la silla de Aurora; y todas las miradas se fijaron, con manifiesta avidez, en la puerta que daba al corredor, donde en breve vieron aparecer, experimentando cada cual á su turno diversas impresiones, á un apuesto oficial, cuya figura hermosa y arrogante, produjo en todos la misma admiracion.

—¡Qué hombre! exclamó Aurora á media voz, creyendo hallarse ante la aparicion de uno de los héroes del romance que habia leído en la mañana.

—Jesus! agregó Clavellina, el ¡San Miguel Arcángel!

—Quién es? preguntó Teresa sorprendida.

Víctor lanzó un grito de inconsciente entusiasmo. Olivéros fijó en el oficial una mirada penetrante; y el anciano, despues de un instante de sorpresa, se adelantaba hácia su nuevo huésped, con ánimo de preguntarle lo que se le ofrecia, cuando el jóven oficial abriendo los brazos corrió conmovido hacia don Cárlos, exclamando bulliciosamente:

—Mi querido tío! mi querido tío!

Don Cárlos dejó escapar un grito de indecible gozo, y estrechó á Horacio con paternal regocijo entre sus temblorosos brazos.

Lastenio se habia detenido respetuosamente á la puerta del comedor, y asombrado contemplaba á Aurora.

—Ingrato, ingrato, decia el anciano con los ojos arrasados en lágrimas, estrechando contra su pecho al conmovido capitan; si no fueras el retrato de mi hermano, no te habria reconocido.

—Perdon, mi querido tío, mil veces perdon.

Largo rato permanecieron abrazados y, como terminara aquel primer momento de embargante emocion,

el anciano tomó á Horacio de la mano, y contemplándole con visible satisfaccion, exclamó con orgullo:

—Oh! no desmientes la raza; vaya, es algo; y mostrándole á Aurora que casi lo veia con espantados ojos, empujó suavemente al capitan hacia su hija, diciéndole cariñosamente,—ve á abrazar á tu prima. Y levantando luégo su nevada cabeza, y volviéndose á Teresa y á Olivéros, con la misma entonacion que si se dirigiera á un numeroso concurso: señores, dijo, presento á UU. mi sobrino el capitan don Horacio Delamar y Cienfuegos.

—Mi primo! exclamó Aurora, para sí.

Horacio corrió hacia ella, á quien apénas habia contemplado un instante, y abrió los brazos para estrecharla en ellos; pero al hallarse frente á frente de Aurora, que se habia puesto de pié para saludarle, el capitan quedó perplejo ante tanta hermosura; y como la bella niña bajase modestamente la cabeza, los brazos ya levantados de Horacio, cayeron á lo largo de su cuerpo.

—Abrázala, abrázala; puedes hacerlo, dijo el anciano gozando interiormente con la turbacion del capitan.

Horacio hizo un esfuerzo, sus brazos se extendieron de nuevo; pero apénas tocaron la cintura de Aurora. Esta le tendió la mano, y el galante oficial, faltando, acaso por la primera vez, á su desenvuelta y genial

cortesanía para con las damas, no besó aquella hermosa mano, que trémula y algo fría, se abandonaba entre las suyas.

—Prima mia, exclamó Horacio reponiéndose, no me habian engañado.

Aurora ruborizada, se sonrió sin contestarle. El capitan fué á cebarse en Víctor, á quien besó ruidosamente, y tornó á abrazar á don Cárlos.

—Vamos, mala cabeza, al fin te has acordado de nosotros; decia don Cárlos abrazando afectuosamente á su sobrino. Cuando te ví la última vez, no eras más grande que Víctor, y Aurora tenia apénas dos años. Cuánto tenemos que contarnos; qué de recuerdos tristes á la par que gratísimos me tráes á la memoria. Si tu padre, mi buen hermano, viviera aún, lloraria como yo; y el anciano enjugaba las lágrimas de gozo que inundaban su rostro. Pero espera, espera, ¿ quién es el caballero que te acompaña? adelante señor, excúsenos U. está U. en su casa.

—Oh! perdona, amigo mio, dijo Horacio corriendo hácia Lastenio, que permanecia extático en la puerta; y presentándolo á don Cárlos, añadió con su natural desenfado. Mi querido tío, este caballero es mi mejor amigo, el señor Lastenio Sanfidel.

—Sanfidel, Sanfidel, exclamó el anciano estrechando la mano de Lastenio: oh! noble apellido; señor, tengo á honra conocer á U. Su nombre me es familiar, si

señor. Yo conocí á su padre el señor don Eugenio de Sanfidel: todo un cumplido caballero. Está U. en su casa; y volviéndose á los circunstantes, como habia hecho ántes, para presentarles á Horacio, añadió en voz más alta: señores, el señor don Lastenio de Sanfidel, á quien Dios guarde.

Todos saludaron, y Lastenio enternecido dió las gracias á don Cárlos Delamar con frases cultas y sinceras.

Olivéros no apartaba la vista del capitan á quien examinaba con recelo.

—Pero UU. no habrán comido, añadió don Cárlos, y deben tener buen apetito.

—El mio, me hace rabiar, querido tío.

—Ya lo satisfaremos, más vale llegar á tiempo que ser convidados. Vamos, Clavellina, te has quedado alelada, vamos, trae dos cubiertos más, coloca el del señor de Sanfidel á la derecha de Aurora, y aquí, á mi lado, el de este tunante que se nos viene encima como aguacero de verano.

La mestiza colocó en los puestos indicados los dos cubiertos que se le habian pedido; y los nuevos huéspedes se sentaron á la mesa.

Horacio habia quedado casi frente á Aurora.

De su propia cuenta, agregó luégo Clavellina á los manjares ya servidos, un lomo fiambre, los restos

de una buena ensalada, y las dos perdices que su señor habia cazado en la mañana.

—Vamos, mis amigos, por dónde quieren principiar UU. dijo alegremente don Cárlos.

—Lo que soi yo, querido tío, contestó Horacio, siempre me agrada comenzar por el principio.

—Bueno, bueno, las mismas salidas de su padre.

Horacio atacó con furia los garbanzos; Aurora le sirvió luégo una de las perdices, y ofreció la otra á Lastenio.

—Oh! nadie sabe para quien trabaja, añadió el anciano con manifiesto gozo: quién me hubiera dicho esta mañana cuando cazaba esos animalillos, que serian para UU.

—La casualidad, mi buen tio, es á veces, el más cumplido cortesano.

—Pero á ese plato es necesario rociarlo con algun vinillo, agregó don Cárlos.—Vamos Clavellina, tráenos una botella de Jerez, estos caballeros deben ser buenos catadores y sabrán apreciarlo.

Horacio, contestando las repetidas preguntas de don Cárlos y explicándole las razones é inconvenientes que le habian privado en tanto tiempo del placer de verlo y abrazarlo, devoraba gastronómicamente la sabrosa perdíz, sin dejar de lanzar á hurtadillas, miradas llenas de admiracion á su hermosa cuanto modesta prima.



Lastenio, á su vez, apénas si probaba cuanto le servian; una rara emocion le dominaba. Cuando Aurora le dirigia la palabra, se figuraba estar soñando, oir voces angélicas, y ascender al cielo en delicioso éxtasis.

Clavellina veia á Horacio con cierta curiosidad infantil mezclada de candorosa voluptuosidad; dos veces sus miradas se encontraron con las del capitan; una chispa eléctrica habia brillado entre los dos, y la doncella sintiéndose desfallecer, tuvo que asirse fuertemente del respaldo de la silla de Aurora, para no caer.

Olivéros habia dejado de comer y examinaba con disimulada insistencia al capitan.

—Como que tenemos buen apetito, señor sobrino, decia don Cárlos, sirviendo al capitan una respetable cantidad de ensalada.

—Excelente, mi querido tío, pero le aseguro á U. que ni en *Véfour*, ni en *Les Frères Provençaux*, he comido mejor.

—Oh! cada vez más, te encuentro semejante á tu padre. ¿No es verdad Aurora que se le parece mucho?

—Sí, señor, contestó ésta algo turbada.

—Cómo! si señor, simplemente, replicó don Cárlos, fíjate en él, obsérvalo, y verás que es el trasunto de mi hermano.

—Realmente se le parece mucho, contestó Aurora sin ver al capitan; y dirigiéndose á Lastenio, añadió con rapidez:—Pero U., señor de Sanfidel, no come nada.

—Señorita, exclamó Lastenio extremeciéndose, U. es mui amable cuando se digna reparar......

—Oh! no se preocupe U. querida prima, exclamó Horacio cortando la palabra á su amigo.

—Qué es eso de U.? dijo don Cárlos en tono de cariñoso reproche, ¿de cuando acá ese estirado tratamiento entre personas tan allegadas? ¿Tú no sabes, mala cabeza, que esa niña es casi tu hermana, y que como tal debes tratarla?

—Gracias, querido tio, contestó Horacio, aunque un poco turbado; me corregiré en lo adelante y con sumo placer.—Decia á U. Aurora.......

—Hola! qué bien cumples lo que ofreces, exclamó riéndose don Cárlos.

—Perdon, añadió Horacio casi ruborizándose, decia á mi querida prima, que no se preocupe de que Lastenio coma ó deje de comer, porque él es hombre, como artista que es, que sólo vive de ilusiones, y á la fecha tiene bastante con haber visto realizado uno de sus más poéticos ideales.

—Es U. artista? preguntó Aurora á su vecino.

—Amo las artes señorita, contestó Lastenio.

—Algo más que amarlas, agregó el capitan, las cultiva con notable talento; es pintor y no como se

quiera, pues ha merecido en Paris tres menciones honoríficas en las exposiciones de pintura.

—Hola! hola! con que el señor de Sanfidel es un artista, exclamó el anciano haciéndole una ceremoniosa cortesía. Yo creo que el príncipe de....tambien lo era.

—Y artista, mi querido tío, que ahí donde U. lo vé, está de plácemes, añadió el oficial, pues ha encontrado lo que en vano buscaba hace cuatro años, para realizar una de sus más bellas fantasías.

—Horacio! exclamó Lastenio, temiendo alguna indiscrecion de parte de su amigo.

—Y qué se promete hacer el señor de Sanfidel? preguntó don Cárlos.

—Una bicoca, contestó con rapidez Horacio; realizar un triunfo de Galatea, como él solo ha podido imaginarlo; desgraciadamente hasta hoi no habia encontrado un modelo de diosa á su satisfaccion, pero á la fecha ya le tiene, y acaso superior á cuanto habria soñado.

Aurora bajó los ojos y se ruborizó; y Clavellina, comprendiendo que galanteaban á su ama, mostró á Horacio sus blancos dientes al través de la más deliciosa sonrisa.

—Y ese modelo? primo capitan, ¿dónde está? preguntó Víctor con tono picaresco.

—Ahí, díjole Horacio indicándole á Aurora.—Y si no le parece el más espléndido, que espere hacer su cuadro en la corte celestial cuando á ella suba.

—Las mismas exageraciones de su padre, exclamó el anciano riéndose con satisfaccion.

—Señorita, dijo Lastenio todo turbado, su primo de U. es un tanto aturdido.......

—Pero á que no me niegas que te has quedado absorto, replicó el capitan cruzando su cubierto sobre los escasos restos de la que fué montaña de ensalada.

—No puedo negarlo, balbuceó Lastenio, más rojo si es posible que Aurora.

—Vamos, mis amigos, exclamó don Cárlos, interrumpiendo á Horacio que se disponia á tomar de nuevo la palabra. Tomémos otra copita de Jerez, por la feliz llegada de mi querido sobrino al hogar de sus mayores, y por su noble amigo el señor de Sanfidel, y llenando las copas, añadió levantando la suya: porque Dios los proteja y les haga grata nuestra compañía.

Lastenio dió las gracias al anciano, y Horacio, despues de apurar el delicioso néctar, se apresuró á decirle:

—Mi buen tío, por lo que hace á la segunda parte de tan benévolo deseo, puedo asegurarle que está más que cumplida.

—Mucho me place que así sea, contestó don Cárlos, é iba acaso á agregar algo más en el mismo sentido;

pero recordando de pronto á su silencioso huésped, el hombre de las polainas de cordoban, á quien habia olvidado, volvióse á él, y añadió con afectuosa deferencia, como tratando de reparar su involuntaria falta. Y bien, amigo Olivéros, ¿cómo encuentra U. ese vinillo?

—Mui agradable, mi señor don Cárlos, contestó el interpelado, esforzándose en dar á sus palabras la más humilde entonacion. Y tornó á enmudecer y á inclinar la cabeza, como si tratara de pasar inadvertido ó de llamar, lo ménos posible, la atencion del jóven oficial y de su amigo.

Pero no bien hirió los oidos de Horacio el sonido de aquella voz extraña, fijó los ojos en aquel singular huésped de su tío, de condicion tan inferior á la familia Delamar, en quien no habia parado mayormente la atencion, cautivado como se hallaba el capitan desde su entrada al comedor, por la rara belleza de Aurora y por los constantes agasajos que le prodigaba el anciano; mas yá fuera que el raro timbre de la voz de aquel hombre, le produjese inesplicable conmocion, ó que olvidado de la presencia del desconocido, se sorprendiera de oirle hablar con tanta compostura; dirigió al señor de las polainas una mirada investigadora, que éste sostuvo sin afectacion; é impresionado profundamente, Horacio, de encontrar en la acentuada fisonomía de aquel hombre, marcados y definidos rasgos

de extraordinaria audacia y energía, volvióse con presteza hacia don Cárlos, diciéndole con manifiesta preocupacion y extrañeza:

—Tío, U. no nos ha dicho todavía, quiénes son las personas con que á más de su familia, tenemos el. . . .honor, de sentarnos á la mesa.

—Oh! tienes mucha razon, exclamó el anciano, ha sido un olvido de mi parte, que no lo excusa sino el placer embargante que me ha causado tu llegada. Pero vamos á remediarlo, é indicando á Teresa, añadió luego: esta señorita es una amiga de mi hija, que nos acompaña ha seis años, y á quien estimamos todos como un miembro de nuestra familia.

Horacio y Teresa se saludaron respetuosamente.

—Y el señor, agregó don Cárlos volviéndose á su huésped, el hombre de las polainas de cordoban con botones de plata, es don José Olivéros, habitante de nuestras llanuras y antiguo amigo de esta casa, el cual nos proporciona, aunque mui de tarde en tarde, el placer de visitarnos y á quien recibimos siempre con agrado.

Las miradas de Horacio y de Olivéros tornaron á encontrarse, y esta vez se sostuvieron con fijeza.

—El señor ha sido militar? preguntó Horacio, examinando con manifiesto recelo al singular desconocido.

—No, señor capitan, contestó Olivéros, con mal reprimida altanería, pero aseguro á U. que no me siento sin condiciones para serlo.

Clavellina tocó significativamente el hombre de su ama; Aurora miró alarmada al hombre de las polainas, y don Cárlos, á quien no se habia ocultado la mala impresion que hiciera á su sobrino aquel extraño huésped, mas sin razon que la justificara, se apresuró á decir:

—Mi querido sobrino, yo debo al señor Olivéros mui buenos y oportunos servicios, que lo hacen acreedor á toda mi consideracion.

—Los agradezco á mi vez, mi buen tío, contestó Horacio. Pero, por quien soi, añadió examinando con impertinencia al rústico convidado de su tío, que este señor Olivéros tiene más trazas de militar que de cartujo.

—Y el señor capitan viene á estos valles de paseo? preguntó socarronamente Olivéros, suavisando la voz y afectando la mayor simplicidad.

—Sí, y no, le contestó Horacio con desabrimiento, aunque casi es lo mismo.

Lastenio, entretanto, dirigia á Aurora la palabra, pero ésta visiblemente preocupada, no le oía aunque aparentaba prestarle la mayor atencion.

—Cómo se entiende ese enigna, señor sobrino? exclamó don Cárlos, esforzándose por llevar de nuevo la conversacion al terreno festivo.

—Mui fácilmente, mi querido tío, cuando U. sepa, que por venir á verle he cometido lo que mis amigos

de Carácas han calificado de una insigne calaberada.

—A ver, hombre! qué has hecho! exclamó don Cárlos alarmado.

—Una simpleza, mi buen tío, una simpleza y nada más; pedir al Intendente el mando del refuerzo que se habia pedido de estos Valles, para acabar con la cuadrilla de bandoleros que encabeza Sántos Zárate, el azote de estas comarcas: y héme aquí acantonado en Cágua con sesenta diablos, fogueados veinte veces, y capaces de hacerle frente á todo un regimiento.

Olivéros se sonrió desdeñosamente.

—Yo te agradezco, Horacio, que hayas venido á vernos, contestó el anciano, pero mucho me mortifica que vayas á exponerte en aventuras que no conquistan gloria, y que sin embargo abundan en peligros.

—Exponerme! mi buen tío, no lo tema U. La guerra que vamos á hacer á esos bandidos, será para mí una distraccion más; pues no pasará de convertirse en una simple casería. Así pues, señor mio, añadió dirigiéndose á Olivéros, sólo vengo á divertirme.

—Permítame decirle, señor capitan, dijo Olivéros con sentenciosa pero reposada entonacion, que la especie de casería á la cual va U. á dedicarse, no es tan recreativa como U. se figura, y que por el contrario, como ha dicho don Cárlos, tiene sérios inconvenientes.

Aurora y Clavellina se vieron asustadas.

—Mejor, que mejor, contestó Horacio, levantando los hombros con indiferencia. Prefiero cazar tigres á destripar conejos; pero de seguro que serán conejos los que encuentre.

—Se equivoca U., tornó á decir Olivéros con tono ya un tanto destemplado, son tigres los que U. va á cazar.

—El señor, dice verdad, Horacio, agregó don Cárlos preocupado; el hombre á quien vas á perseguir es más que fiera......

—Más que fiera! por Dios, mi querido tío, dijo riéndose el capitan con despreciativo acento.

—Sí, señor capitan, don Cárlos tiene razon, agregó Olivéros cuyos ojos brillaron con siniestros reflejos.

—Pues, qué es entónces? preguntó Horacio con altanería.

—Un demonio, contestó Olivéros.

—Señorita, U. se siente mal, dijo Lastenio á su hermosa vecina, notando la extraordinaria palídez con que repentinamente se cubrieron las facciones de Aurora.

—Oh! no es nada, no es nada, contestó Aurora pálida y temblorosa.

—Qué tienes? hija mia, preguntó don Cárlos, alarmado á su vez.

—Un ligero desvanecimiento que ha pasado ya, contestó Aurora, esforzándose por dominar su agitacion. No dije á U. hace poco, que no me sentia bien?

—Sí, lo recuerdo; pero si quieres dejarnos, estos caballeros te lo permitirán.

—No se preocupe U., no vale la pena de que me prive del placer de acompañarlos.

Y dirigiendo á Horacio una mirada furtiva, que no obstante sorprendió el capitan, sintiéndose súbitamente como herido en el corazon por una espada de fuego; Aurora se volvió hácia Lastenio preguntándole con fingido interes:

—Y se promete U., señor de Sanfidel, pintar muchos paisajes?

—Señorita, si á U. puede serle grato, pintaré cuantos U. me ordene.

—Oh! no me atrevo á exigírselo; pero no puedo negar á U. que me agradaria sobremanera verle pintar algunas veces.

—Oh! contestó Lastenio visiblemente animado, pintaré, señorita, pintaré, por complacer á U.

Horacio habia quedado pensativo, la mirada de Aurora le habia hecho olvidar á Oliveros y á su pretendido demonio; pero dado el carácter del capitan, los instantes de arrobamiento que pudieran dominar su alma eran mui rápidos; Horacio se sustrajo de aquel divino éxtasis, como de importuna influencia, y terciando

de nuevo la conversacion apostrofó burlescamente á Lastenio, diciéndole:

—Como que no se siente U. del todo mal, señor artista?

—Puedes siquiera imaginarlo? contestó Lastenio.

—Y tu melancolía......? vamos, como que le has pegado una buena derrota.

—Horacio......exclamó Sanfidel con tono suplicante.

—Y U. sufre de melancolía? señor de Sanfidel, preguntó graciosamente Aurora.

Lastenio quedó un instante confuso, é iba luégo á contestar, cuando Horacio le interrumpió diciendo:

—Sufria, prima, sufria, pero ya está curado; ah! si yo llego á despachar tan pronto á ese tunante de Zárate, como Lastenio ha despachado su tristeza, me doi por satisfecho.

—Oh! no te forges ilusiones, dijo don Cárlos preocupado, no es tan fácil hacer lo que presumes; ese hombre ha sacrificado muchas vidas y......

—Esta vez no escapará, querido tio, tornó á exclamar el capitan. Y seremos expeditivos: al presentarse la ocasion, cuatro balazos y asunto concluido.

Olivéros lanzó al presuntuoso capitan una mirada terrible; pero que nadie vió y pasó inadvertida.

—No señor, no señor, eso es horroroso, agregó don Cárlos, los hombres no se tratan de ese modo, y, mucho me mortifica ver que abrigas semejantes propósitos.

—El capitan está en su derecho, señor don Cárlos, replicó Olivéros.

—Y qué! tambien es U. de su opinion?

—Siento, en el presente caso, no ser de la de U, mi señor don Cárlos.

—Es posible! exclamó el anciano, con tono de reproche.

—Creo que es el deber del capitan, contestó Oliveros con sostenida calma. Y la razon es mui sencilla; porque si Zárate á su turno llega á ponerle la mano, no doi dos cuartos por su vida: la partida es igual.

Aurora tornó á empalidecer. Horacio quedó un instante pensativo, y luégo exclamó con su acostumbrada jovialidad:

—Lo mismo dá, más tarde ó más temprano, al fin ha de tocarnos el turno de morir; para eso hemos nacido...... Y deteniéndose repentinamente, cual si de pronto le hubieran asaltado extraños y conmovedores pensamientos, añadió con melancolía y como hablando consigo mismo:—Sin embargo, yo no sé la razon por que esta noche, más que ayer, y aún más que esta mañana, sentiria morir.

Lastenio miró á su amigo con profunda sorpresa. Olivéros se sonrió con sarcasmo. Y los ojos de Aurora,

húmedos y entristecidos esta vez, tornaron de nuevo á fijarse en Horacio. Este, empuñó nerviosamente la botella de vino que tenia junto á sí, llenó su copa, y la bebió de un trago.

—Mis amigos, exclamó don Cárlos, visiblemente apesarado, no hablemos más de cosas tristes; no amarguemos estos dulces instantes tan venturosos para mí.

Prolongado silencio, siguióse á las palabras del anciano; y sombría expresion de congoja, cubrió la generalidad de los semblantes, hasta entónces risueños y animados de expansiva felicidad.

XIV.

Un mal recuerdo desvirtuando una ingrata impresion.

—

Clavellina comenzó á servir el café, sin que uno sólo de los convidados de su amo hubiera vuelto á articular una palabra, y aquella comida de familia, tan animada y expansiva en sus comienzos, amenazaba terminar de manera tan triste y silenciosa, cuando Víctor, fastidiado de aquel interminable mutismo, exclamó ruidosamente interpelando á Horacio:

—Primo capitan; si U. quisiera contarnos una historia que yo deseo saber, me divertiria mucho.

—Con el mayor placer, primito, contestó Horacio reponiéndose, ¿ Pero la sabré yo ?

—Por supuesto que sí.

—Entónces estoi á tu disposicion.

—Alguna impertinencia, agregó severamente don Cárlos.

—Por el contrario, replicó el niño, con desembarazo; lo que yo deseo saber, estoi seguro que les gustará á todos.

—Víctor, no embromes más, exclamó Aurora, temiendo alguna indiscrecion de parte de su travieso hermano.

—Oh! nada de bromas, dijo Víctor con vivacidad.– Lo que quiero que me cuente mi primo el capitan, es la manera cómo se le escapó el doctor Bustillon á Sántos Zárate.

Al oir el nombre del doctor, Horacio, dejó escapar una exclamacion de sorpresa mezclada de mal disimulado encono y Olivéros, que en aquel momento se inclinaba para tomar su café, levantó con rapidez los ojos, y miró con marcada curiosidad al capitan.

—En verdad, Horacio, que tú puedes darnos algunos pormenores, referentes á ese terrible lance ocurrido al doctor, dijo don Cárlos.

—Conozco de esa aventura, únicamente, lo que le oí contar esta mañana á ese mismo señor en la alcaldía de la Victoria; pero mucho me engaño si el tal doctor, añadió el capitan con soberano jesto de desprecio, no dejó en el tintero la parte cómica y ridícula de tan mal aventurado percance.

—Qué lástima! exclamó Víctor candorosamente.

—Por lo que veo, mi querido sobrino, juzgas mal al doctor, replicó el anciano, y no haces bien; por que el doctor entre otras buenas cualidades que lo hacen mui recomendable, tiene la de ser, ante todo, sincero.

—La sinceridad, mi respetado tio, exclamó admirado el capitan de la ceguedad del anciano, no es cualidad sino de nobles corazones.

—Y qué......dijo don Cárlos, admirado.

—Que ese señor doctor, me parece un insigne tunante.

—Por Dios, Horacio; tú no conoces al doctor Bustillon; y haces mal en juzgarle con tanta ligereza.

—Se equivoca U., mi buen tío, y permítame que le contradiga, contestó el capitan con el tono del mas profundo convencimiento; he oído hablar á ese señor mui largamente esta mañana, y me ha bastado, para descubrir su carácter y penetrar, en parte, las monstruosidades de su alma, y las ruines y solapadas intenciones que abriga.

—Te equivocas, te equivocas, exclamó el anciano interrumpiendo al capitan.

—No señor, no me equivoco, mi querido tío, y ántes bien, agregó Horacio con exaltacion, me atrevo á asegurarle, sin que crea pecar de exagerado, que entre las condiciones morales de ese hombre, y las de Sántos *Zárate*, á quien todos maldicen: no importa cuales hayan sido hasta hoi, los procederes de uno y otro,

prefiero con mucho las del bandolero; porque siquiera es valeroso, y no excusa arriesgar la vida en cambio de sus atrocidades.

Todos los presentes quedaron confundidos, no sólo por la extravagante apreciacion del capitan, sino por el tono de profundo convencimiento que diera á sus palabras.

Solo Olivéros, contempló al jóven oficial con manifiesta admiracion; y como poseido de interior regocijo, acarició al enérgico capitan con una franca sonrisa, llena de complacencia.

—Sobrino, exclamó don Cárlos con severidad, despues de largo rato de silencio y profundamente apesarado, lo que acabas de decir es una atrosidad, hija sin duda, de la impremeditacion y la violencia, pues no de otra manera alcanzo yo á explicarme, cómo puedes comparar con un insigne bandolero á un hombre de rectos procederes y de ejemplar reputacion.

—Siento que mi franqueza le haya mortificado, mi buen tío, contestó Horacio, pero le juro no engañarme al sostener, que ese doctor Bustillon es un mal hombre; y esta opinion no es sólo mia; pregunte U. á Lastenio, cuyo caracter observador y reposado no padece de violencias, cuál es el juicio que ha formado de tan recomendable sujeto.

—Es posible! exclamó el anciano conturbado. Pero UU, señores, no pueden conocerle como yo, que

le vengo tratando hace cuatro años. Convén, Horacio, en que estas ofuscado. El doctor algunas veces es algo violento de palabras y habrá......

—Se equivoca U. querido tío, replicó prontamente el capitan, si el doctor me hubiera herido siquiera con una frase descompuesta, él ó yo estaríamos á la fecha en los infiernos.

—Oh! no he querido suponer que te haya ofendido, no lo creas, se apresuró á decir el anciano visiblemente mortificaado. Pero suspende tu juicio hasta que trates al doctor con alguna intimidad; yo abrigo la esperanza que has de variar el concepto que de él has formado.

—Sea, tío, como U. lo désea, y dejemos al tiempo que nos pruebe, cuál de los dos, U. ó yo, será ó no el engañado.

Y como terminasen de tomar el café, don Cárlos se levantó para sellar tan enojoso asunto. Dijo el *benedicite* como tenia de costumbre, y acompañado de sus huéspedes, dejó la mesa, y juntos se dirigieron á gozar de la brisa nocturna en el ventilado corredor.

—Y mi cuento? preguntó Víctor tirando al capitan por las faldas de la casaca, se quedó en el tintero?

—Oh! no lo créas, mañana te lo contaré, y cuenta que tendrás para reir por toda una semana.

Apénas se levantaron de la mesa, Olivéros tomó modestamente su sombrero, y se dispuso á abandonar tan escogida compañía.

—Qué es eso! amigo mío, díjole don Cárlos, ¿nos deja U. tan temprano?

—Sí, señor don Cárlos, contestó el interpelado con deferente amabilidad, quiero aprovechar la luna.

—Y cuándo le volveremos á ver?

—Mui pronto, agregó Olivéros, con marcada intension.—Tan luégo como vuelva de Carácas, tendré el gusto de venir por acá; pues no regreso al llano hasta fines de Marzo. Y dirigiéndose á Horacio añadió casi afectuosamente,-señor capitan, mucho me alegro de conocer á U. y si U. juzga que puedo serle útil en la casería que va á emprender, me pongo desde ahora á su disposicion, como práctico que soi de estos lugares.

—Gracias, contestó Horacio, secamente.

—No deseches, sobrino, tan expontáneo ofrecimiento El señor, como él dice, te puede ser de gran utilidad, pues conoce toda la comarca; yo te lo recomiendo.

Olivéros se turbó.

—Mi buen tío, ya que U. lo desea, aprovecharé los servicios que me ofrece el señor Olivéros, basta que U. lo recomiende.

—Y la carta, señor don Cárlos, preguntó el hombre de las polainas esquivando nuevas aclaraciones.

—Oh! gracias por el recuerdo, contestó el anciano, pero ya no tiene objeto; era para mi sobrino, y U. lo vé aquí.

Respetuosamente estrechó Olivéros la mano de don Cárlos; saludó con cierta humildad y encogimiento á Aurora y á Teresa, hizo al capitan y á Lastenio una ceremoniosa reverencia, no exenta de altivez y gallardía; acarició un instante á Víctor, y saltando luégo con extremada agilidad sobre su mula negra, le aplicó las espuelas, atravezó el patio á todo trote, y desapareció.

Horacio le siguió con la vista, hasta que le vió perderse entre las sombras; y volviéndose entónces al anciano, exclamó preocupado:

—Tío, no me gusta ese hombre.

XV.

Has bien y no mires á quien.

—

Apesarado, don Cárlos, por la mala impresion que dejara Olivéros en el ánimo del capitan, se apresuró á referirle, cómo habia conocido á aquel hombre, á quien tenia en el mejor concepto, y cuales eran las relaciones que llevara con él hacía tres años.

La familia y sus huéspedes tomaron asiento en el anchuroso corredor. Aurora, silenciosa y preocupada, más llena el alma extrañas é indefinibles emociones, fué á ocupar con Teresa un monumental escaño de caoba, donde Víctor solia dormirse despues de la comida, ántes de ir á la cama. El anciano tomó posesion de su vieja poltrona, Horacio y Lastenio en toscas sillas de madera con asiento y respaldo de suela, se sentaron frente á la

soñadora castellana, á quien con luz de plata bañaban los ténues resplandores de la luna; y absortos en la contemplacion de aquella como celeste maravilla, oyeron distraidos la ingenua relacion que candorosamente les hiciera el anciano, á propósito de su amigo Olivéros.

Relacion indispensable, que nosotros, mejor informados que el mismo caballero, haremos al lector, con todos los pormenores que aún ignoraba el bondadoso anciano, y no pocas de las circunstancias que por exesiva modestia, suprimiera éste, en su relato al capitan.

Dias próximos á la batalla de Carabobo, y á la puesta del sol entre los espesos nublados de una lluviosa tarde del mes de Mayo de 1821; hallábase don Cárlos Delamar, sentado como de costumbre, en el corredor exterior de la antigua casa de su hacienda, cuando vió entrar en el patio, por el callejon de limoneros, y dirigirse lentamente á la habitacion del mayordomo, á un desarrapado viajero, montado sobre triste rocin, pobre de carnes, que anunciaba en su andar el más extremo abatimiento. Llegado que hubo, el maltrecho jinete, bajo el alar del cobertizo que guarecia la parte exterior de la casucha del mayordomo, saludó á éste con afectada humildad, y á pretexto de la lluvia que amenazaba caer de nuevo, y de la noche, que debia ser oscura, le pidió que le hospedase hasta la siguiente mañana, alegando además estar enfermo y ser mui peligrosos los caminos en hora ya tan avanzada.

No le agradó á Rodrigo, que, entre paréntesis, era un español de genio áspero, y de pocos amigos, la catadura de aquel huésped á quien no conocia; y por más que en realidad le pareciera enfermo, así por lo demacrado y pálido del rostro, como por lo hinchado de una de las piernas del viagero, donde campeaba á descubierto una vieja úlcera, de crecido tamaño, le contestó con la dureza peculiar á su carácter:

—No señor, se ha equivocado U., esta casa no es posada.

—Lo sé señor, le replicó el viagero, con mayor humildad, y si incomodo á U., es por que estoi enfermo y me siento cansado.

—Vaya al pueblo.

—De allá vengo y me dirijo á la laguna.

—Pues por qué vino? siga U. su marcha y vaya á dormir á otra parte.

—Es ya mui tarde, y va á llover de nuevo.

—Devuélvase entónces; porque, lo que es aquí, no se queda, contestó Rodrigo empezando á impacientarse con la insistencia del desconocido.

—Señor, considere U......

—Yo nada tengo que considerar, replicó el mayordomo. No sé quién es U., y acaban de matar, no hace dos horas, al sacristan de Santa Cruz en el paso del *boqueron*, por robarle unos reales; con que no me conviene que se aloje U. aquí.



—Y qué tengo yo que hacer, con que hayan matado á ese pobre señor,? replicó el viajero apesarado.

—Que yo no sé quien es U. Y no hablemos más.

—Yo me llamo José Olivéros, soy del llano, y comercio en ganados.

—Toma! todo eso está mui bueno, pero quedamos en la misma, ¿sé yo acaso quién es José Oliveros? Pero no perdamos más el tiempo; lo mejor que puede hacer U., es seguir su camino.

—Señor, seguiré por la mañana, insistió el desconocido con dolorido acento, casi no puedo sostenerme en la silla.

—Por todos los diablos! ya he dicho á U. que esta casa no es posada; con que vaya con Dios.

Y Rodrigo le volvió la espalda.

El viajero guardó un instante de silencio; luégo lanzó á Rodrigo una mirada fulminante, revolvió el malaventurado jaco, y dijo con voz sorda:

—Está bien.

Don Cárlos habia oido una gran parte de este diálogo, y condolido de la mala situacion de aquel hombre, á quien en realidad no era prudente recibir, dados los azarosos tiempos que corrian, mortificábase en extremo, con la dureza de que usara el mayordomo para despedirlo. Su corazon fluctuaba sin embargo; pero cuando el desconocido revolvió su desmedrado jaco y don Cárlos acertó á ver la hinchada pierna del jinete y la úlcera que la

devoraba, no pudo contenerse; y ántes de que el rocin se hubiera puesto en movimiento, el noble anciano dejó su asiento, se acercó al alar del corredor, y con voz fuerte dijo al mayordomo:

—Rodrigo; no es posible que el señor siga adelante en el estado en que se encuentra; hospédelo U.

—Señor don Cárlos, contestó el mayordomo sorprendido, no es prudente lo que U. me ordena, no conocemos á este hombre.

—Está enfermo, y tiene necesidad de descansar.

—Y si es....uno de tantos! replicó Rodrigo con enfado.

—No importa, es necesario recibirlo.

—Señor don Cárlos, insistió el mayordomo, considere U.......

—Basta; dijo el anciano ya enojado, ese hombre ha entrado á mi casa, pide hospitalidad, y mi casa no está nunca cerrada para los que han menester de algun socorro; alójelo U.

Rodrigo despechado, frunció el ceño y crujió los dientes.

El desconocido, desde las primeras palabras de don Cárlos, se habia detenido, y contemplaba fijamente al anciano con admiracion y extrañeza.

—Me ha oido U. Rodrigo? agregó don Cárlos.

—Sí señor.

—Y qué espera entónces? por qué no le dice U. que se desmonte?

—Es, que no tengo lugar donde alojarlo; á ménos que no sea en este tinglado.

—Ahí, no es posible, oiga U. como truena, ya va á llover de nuevo, y el señor está enfermo. No sea U. terco.

—Señor don Cárlos, insistió el mayordomo decidido á no recibir á aquel huésped,—la pieza en que podria alojarlo está ocupada y no es posible ni colgar una hamaca.

—Comprendo, dijo el anciano; con manifiesto enojo, y dirigiéndose al viajero añadió prontamente. Amigo, venga U. acá.

El hombre del jamelgo, lleno de turbacion, se dirigió al corredor.

—Vamos, desmóntese U. prosiguió don Cárlos.

—Señor, exclamó el desconocido, con manifiesto embarazo, no sé si deba......

—Déjese U. de majaderías; replicó el anciano, y llamando á uno de sus criados añadió: José, desensilla el caballo del señor, y échale de comer.

—Es decir, que U. va á molestarse por mí! dijo el viajero pensativo. Que U. me recibe, cuando su mayordomo me rechaza!

—Ya U. lo vé.

—Muchas gracias señor.

—No amigo, todo lo contrario, U. me proporciona la ocasion de hacer un beneficio, y es á mí á quien toca darle á U. las gracias.

—A U! darme las gracias! exclamó el desconocido asombrado.

—Sí señor, y se las doi con toda sinceridad. Vamos, apéese y tenga cuidado de no lastimarse esa pierna que trae U. mui inflamada.

El hombre, cada vez más soprendido y confuso se desmontó. Don Cárlos le presentó una silla y lo hizo sentar; y como José terminara de desensillar el caballo y lo llevara á la caballeriza; el anciano, se dirigió á su huésped, que parecia haber enmudecido y se manifestaba visiblemente preocupado.

—Ahora amigo, le dijo, vamos á pensar como lo acomodamos.

—Ai! papá, pobrecito, exclamó Víctor acercándose al viajero, ha visto U. como tiene esa pierna?

—Sí, hijo, el señor está mui enfermo y es necesario curarlo ántes que todo. Vé á decir á Aurora ó á Teresa, que me preparen ahora mismo, una infusion de malva.

Víctor corrió á hacer ejecutar la órden de su padre, y el desconocido apoyando los codos sobre las rodillas se oprimió la cabeza con las manos.

—Le duele á U. la cabeza? preguntó don Cárlos.

—No señor, contestó aquel hombre con temblorosa voz, pero siento algo extraño, que no he sentido nunca.

—Dónde? amigo, dónde? añadió con interes el anciano, creyendo le aquejase alguna repentina indisposicion.

—No lo sé precisamente, pero creo que es aquí, y el desconocido apoyó su ancha mano sobre el lugar que ocupa el corazon.

—Eso no es nada, replicó don Cárlos, la fatiga, tal vez. Voi á darle un buen trago de vino, y ya verá como le pasa.

Y el anciano entró á la sala.

—Qué será esto! dijo el hombre en voz baja,—yo jamas he sentido lo que siento. Ese viejo me ha embrujado.

Don Cárlos volvió á poco, trayendo un vaso lleno de vino que presentó á su huésped. Este, con mano temblorosa tomó el vaso, lo llevó á los labios y con el vino se bebió una lágrima que cayó de sus ojos.

—Gracias, señor, nunca he bebido un vino como éste.

—Oh! no es malo, no señor. Se siente U. mejor?

—Sí señor, mucho mejor.

—Aquí está la infusion, dijo Víctor, presentándose de nuevo con una vasija en la mano, casualmente estaba hecha, porque Aurora la habia mandado preparar para Pablo, el gañan, que tiene una cosa parecida; pero está mui caliente.

—Deja ahí eso, y trae un lebrillo y una toalla, díjole don Cárlos.

Víctor corrió y trajo prontamente lo que le habian pedido.

—Ahora llama á José.

Y José, vino, y don Cárlos le hizo echar la infusion de malva en el lebrillo, enfriarla y lavar luégo la inflamada pierna del desconocido; el cual como atontado, se dejaba hacer sin proferir una palabra.

—Ahora Víctor, tráeme aquel frasco negro que está sobre el armario contiguo á mi escritorio.

Y como José terminase de enjugar la pierna del enfermo, don Cárlos mojó unas hilas en el líquido que llenara el frasco negro traido por Víctor, y con sus propias manos fué á aplicarlas á la pierna de su huésped, sobre la abierta úlcera. Pero el desconocido hizo un brusco movimiento al ver la intencion del anciano, y retirando la pierna con presteza, exclamó profundamente conmovido:

—Es posible señor! y sus ojos se fijaron con asombro en el rostro venerable del caballero.

—Amigo, no tenga cuidado, le contestó don Cárlos con dulzura, no comprendiendo la exclamacion de su huésped, ó no queriendo darse por entendido. Esto no pica, ni causa el menor dolor; y por el contrario hará á U. mucho bien. Déjeme ponerle las hilas.

Y se las aplicó con la mayor finura, y luégo le fajó la pierna con una tira de lienzo que el diligente niño fué á pedir á su hermana. Cuando terminó la operacion, el hombre volvió á ponerse de codos sobre las rodillas y ocultó el rostro entre las manos.

—Pobrecito, dijo Víctor.

Don Cárlos se llevó al niño y dejó solo al hombre; éste permaneció inmóvil. Diez minutos despues volvió el anciano, se acercó á su huésped que se mantenia en la misma posicion en que lo habian dejado, y golpeándole suavemente las espaldas le dijo con dulzura:

—Amigo, vamos á cenar.

Al contacto de la mano de don Cárlos, el desconocido se estremeció ligeramente y levantando la cabeza le dijo:

—Gracias, señor, no tengo ganas de comer.

—Venga U. Venga U. es necesario tomar algo, agregó el anciano cariñosamente, – con toda confianza, U. está en su casa.

El hombre se levantó y siguió á don Cárlos; pero al llegar á la sala que servia de comedor á la familia,

y ver sentadas á la mesa á Aurora y á Teresa en actitud de esperarle, dió un paso atrás, diciendo:

—Señor, yo comeré en el corredor.

—De ninguna manera, venga U. á la mesa. Dios nos envia los huéspedes y ellos deben comer donde mi familia y yo comemos.

El desconocido, cual si fuera un autómata se dejó conducir por don Cárlos, que le sentó á su lado.

—Papá, dijo Víctor, sentándose á su turno, pero el señor no le ha dicho todavía cómo se llama.

—Y eso qué importa, replicó el anciano sirviendo á su vecino, el señor es nuestro huésped y eso basta.

—Me llamo José Olivéros, dijo el desconocido, soi negociante de ganados y vivo en el llano.

—Bueno, amigo Olivéros, partamos el pan como buenos hermanos.

Aurora, Teresa y Clavellina, estaban desagradadas pero no lo manifestaban.

La primera no increpaba á su padre que ejerciera como ejercia la caridad, pero sí mortificaba su amor propio, que el anciano llevase su complacencia hasta el extremo de sentar á aquel hombre á su mesa.

Don Cárlos por su parte, sin ser mayormente orgulloso, á pesar de sus preocupaciones, no admitia á su mesa á todo el mundo; pero en aquella ocasion, se habia sentido halagado y hasta conmovido por la impresion de asombro que su conducta caballerosa produjera en su

huésped; y ya por esta circunstancia, ó por dar á Rodrigo una leccion severa, no habia dudado en sentar á su mesa á aquel hombre que, se habria contentado con comer con los criados.

Terminada la cena, de la que Olivéros probó apénas. Don Cárlos, se puso de pié, y juntando las manos exclamó con voz llena de evangélica uncion: *Gracias te damos Señor y te bendecimos.....*

La familia del anciano repitió sus palabras, y Olivéros asombrado y de pié como todos, bajó los ojos é inclinó la cabeza. Terminada la oracion, el anciano y su huésped volvieron al corredor, y como caia una fuerte lluvia, don Cárlos se ocupó de alojarle en lugar abrigado, lo cual no era mui fácil, porque en la casa se hacian á la sazon sérios reparos, y las dos únicas piezas independientes de la habitacion de la familia, que contaba la casa, estaban casi en fábrica.

—Vamos, ya tengo donde acomodarlo, dijo don Cárlos golpeándose la frente, despues de algunos minutos de meditacion.

—Señor don Cárlos, no se cuide U. mas de mí, contestó conturbado Olivéros, demasiadas atencionos, que no merezco, le debo ya. Yo me acomodaré en el corredor.

—De ninguna manera, replicó el anciano, está lloviendo y la humedad haria á U. mucho mal: venga conmigo. Y tomando una bujía, se dirijió á uno de los

extremos del corredor, donde se divisaba, sobre maciza puerta, un antiguo y ennegrecido retablo de la pasion y muerte de Jesus.—Aquí estará U. bien abrigado, añadió el caballero, abriendo la puerta.

Sin sospechar á donde le llevaran, y como arrastrado á su pesar por una fuerza incombatible, Olivéros se dejó conducir y penetró distraido en el oscuro aposento que tan generosamente le ofrecieran para pasar la noche; pero no bien, don Cárlos, levantó la bujía, para mostrarle el lugar donde se hallaban, cuando Olivéros retrocedió espantado, ante la efigie de un gran Cristo de madera, que entre las sombras del sagrado recinto y cual vision terrible, apareció á sus ojos sobre modesto altar.

—Oh! no tenga U. escrúpulos, díjole el anciano, tomando por exajerado respeto y piadosa veneracion el brusco movimiento de su huésped. La casa de Dios, es el mejor asilo para los desgraciados, y el mas seguro abrigo para los que han menester de alguno en este mundo. Aquí pasará U. una noche tranquila. Cúelgue su hamaca de esos clavos; y que Dios lo acompañe.

Olivéros no le contestó, y cual si se hubiera petrificado, permaneció inmóvil y espantado á la entrada del oratorio.

—Vamos, añadió don Cárlos con dulzura, pierda cuidado, la sombra de la cruz no está vedada á nadie; por el contrario, ella debe atraernos. Con que traiga su hamaca, José lo ayudará á colgarla, si U. quiere. Y colocando

la bujía sobre el altar, le dió las buenas noches, entró á su habitacion y Olivéros quedó solo.

Largo rato permaneció aquel hombre en la misma posicion en que le dejara el anciano: con los brazos caidos á lo largo del cuerpo, el cuello tendido hácia adelante, descompuesto el rostro como por efecto de invencible terror y la mirada persistentemente fija en la augusta imájen del Crucificado que se ostentaba en el altar.

Qué pensára aquel hombre en aquellos momentos, nosotros lo ignoramos, pero de fijo, que extraordinaria y atronadora tempestad rujía en su alma, con estallido sordo, como sobre la sima de un abismo. No obstante calmóse al fin, inclinó la cabeza, enjugóse el sudor que humedecia su frente, cerró los ojos, y haciendo un enérgico esfuerzo fué á apagar la bujía. Luégo salió del sagrado recinto, sin dar la espalda al Crucifijo, cerró la puerta del oratorio, con mano temblorosa, y fué á colgar su hamaca entre dos pilares del corredor, y se acostó vestido.

Profundo era el silencio y oscura la noche: la lluvia habia cesado. Trascurrieron con lentitud las horas sin que nada alterase la solemne quietud de la naturaleza, hasta promediar la media noche. Oyéronse entónces á lo léjos prolongados ladridos. Luégo, en opuesta direccion y más cercana, ladraron otros perros, y al fin Sultan, el mastin de don Cárlos, que dormia en el escaño, levantó

la cabeza y comenzó á gruñir en tono de amenaza. Olivéros, que hasta entónces parecia dormido, se sentó en la hamaca, y con el oído en acecho, quedó inmóvil y no tornó á acostarse. Pasó algun tiempo más, los ladridos de los perros se hacian cada vez más distintos; Sultan dejó de súbito el escaño, corrió al extremo del corredor vecino al huerto y comenzó á ladrar con extremada fúria; pero miéntras se desgañitaba el leal mastin en la orilla del oscuro arbolado, tres sombras, sin causar el más lijero ruido, se acercaron por el extremo opuesto al corredor, cubriéndose con los pilares. Olivéros parecia profundamente preocupado; pero un agudo silbido, y luego, como el canto enronquecido de un grillo, le distrajeron de su preocupacion:

—Ya están aquí, murmuró con cierta sobrexitacion nerviosa, y á su vez, y de manera rara, imitó el lúgubre chillido del mochuelo.

Los bultos que se ocultaban detras de los pilares se acercaron lentamente á la hamaca.

—Qué hay ? preguntó Olivéros, bajando cuidadosamente la voz.

—Que ya estamos aquí, contestó en el mismo tono un embozado.

—Y que es la hora, agregó otro.

Olivéros se extremeció.

—Empezamos ? capitan, dijo el tercer embozado Todo está listo.

—No! contestó con presteza Olivéros; y como si se contestára á sí mismo, añadió con energía. No es posible.

—La casa está cercada, capitan, y no hay temor de que marremos el golpe.

—No podemos hacer nada esta noche, tornó á decir Olivéros. Retírense.

—Sólo que, el viejo, tenga dentro la casa gente armada......

—Digo, que no es posible, exclamó Olivéros, siempre á media voz, pero con acento de superioridad lleno de enfado. Es que no me han oido?

—Entónces, capitan, á que nos hemos molestado? se atrevió á decir uno de aquellos hombres. Mejor hubiera sido......

No pudo terminar. Olivéros habia saltado de la hamaca como rabioso tigre, y tirando del cuchillo que llevara al cinto, amagó sepultarlo en el pecho de quien audaz osaba replicarle, y con mano ruda y con violencia le oprimió la garganta casi hasta estrangularlo. Pero no obstante, el furor salvaje que sintiera, pudo dominarse, y rechinando los dientes, exclamó apagando la voz:

—Una palabra más y te mando al infierno.

Sus tres interlocutores retrocedieron sobrecogidos de temor, ménos por la amenaza, que por la oculta razon

que tuviera su jefe para no acometer el proyectado asalto.

—Dónde está Tumusa? preguntó en seguida Olivéros.

—En el trapiche, contestaron á un tiempo los tres embozados.

—Vayan á decirle que recoja la gente y que se marche sin tocar ni una caña. Yo estaré al amanecer en el paso del *boqueron*.

Y sin replicar una palabra, los tres bandidos se alejaron, y como negras sombras cruzaron luégo por el patio perdiéndose en el sombrío arbolado, más de quince fantasmas sin causar ningun ruido.

Olivéros tornó á acostarse en la hamaca; Sultan vino luego jadeante á echarse en el escaño, y todo quedó de nuevo en el mayor silencio.

Durante el resto de la noche, el sueño de aquel hombre fué por demas inquieto. Dos veces saltó precipitado de la hamaca, cual si temiera un ataque imprevisto ó fuera su espíritu turbado por terrible y perseverante pesadilla.

La primera vez, que dejára la hamaca, se paseó meditabundo á lo largo del corredor, armado de un pequeño trabuco y del cuchillo que llevara en el cinto; la segunda, más agitado todavía, ensilló su caballo, descolgó la hamaca, que acomodó en las ancas del rocin junto con

la *cobija* y como dominado por una idea tenaz y persistente, se dirigió á la habitacion del mayordomo.

La puerta estaba cerrada. Olivéros la empujó con suavidad, y notando que cedia, montó el trabuco y desenvainó el cuchillo. No obstante, se contuvo, y despues de algunos minutos de silencio en que parecia reflexionar, exclamó alejándose:

—No, no, y mil veces no; aquí en esta casa, jamas.

Y fué á sentarse en el escaño del corredor, al lado de Sultan.

Antes de amanecer, don Cárlos estaba ya en pié como tenia de costumbre, abrió su puerta, y notando ensillado el caballo de su huésped:

—Ola! amigo, le dijo, tan de mañana piensa U. partir?

—Sí señor, voi mui léjos, y temo que me haga mal el sol para la pierna.

—Tiene U. mucha razon; pero no se marchará U. sin tomar un trago de café.

—Oh! no se moleste U. señor don Cárlos.

—Qué he de molestarme! yo acostumbro hacer mi café todas las madrugadas, y ya está hecho; solo sí, que pensando esta vez en U. he doblado la dósis. Voi á traerle una taza.

Poco despues tomaban juntos el café. Don Cárlos trajo luégo el frasco negro, cuyo líquido habia empleado

en la tarde para curar á su huésped y haciendo á éste, mil recomendaciones sobre la eficacia de aquel medicamento, le dió el frasco. Olivéros dió al anciano las gracias con manifiesta emocion, luégo montó á caballo y como don Cárlos le extendiera la mano, se la estrechó con fuerza diciéndole:

—Señor, aunque no valgo nada, cuente U. que tiene en mí un amigo. Y revolviendo el rocin y poniéndolo al trote, añadió en alta voz. Señor don Cárlos, José Olivéros, es de hoi más su esclavo.

El anciano vió partir á su huésped, sin que le perturbase la menor sospecha respecto á la manera de ser de aquel desconocido á quien habia alojado, y que tan lleno de reconocimiento se le manifestara al despedirse. Satisfecho don Cárlos, de haber obrado bien, olvidó en breve lo ocurrido, perdonó á Rodrigo la obstinada renuencia que opusiera para recibir al desarrapado viajero; y no volvió á hablar más de un asunto que nada tenia de singular, cuando dos meses despues de este suceso, que nadie recordaba, recibió una carga de frutas y de *quesos de mano*, que le enviaba Olivéros, junto con el más deferente y amistoso saludo. Don Cárlos agradeció el presente, y contestó el saludo como se merecia, y desde entónces, no pasaban seis meses sin que recibiera igual regalo.

Trascurrido algun tiempo, Olivéros se presentó otra tarde en la hacienda de El Torreon, completamente restablecido, curado de la úlcera, sano, robusto y bien mon-

tado en una mula negra. El anciano lo recibió con amabilidad; le invitó á desmontarse y á comer, á lo que se negó su huésped, pretestando estar mui ocupado en vender algunas reses que trajera del llano; y reiterando al caballero, las más sinceras protestas de consideracion y amistad, se despidió y se fué. Luégo tornó dos veces más á saludar al anciano, pero siempre de paso y sin querer siquiera desmontarse; y finalmente, seis meses ántes de la noche, en que se encontrara de nuevo á la mesa de la familia Delamar, comiendo en compañía de Horacio y de Lastenio; don Cárlos habia tornado á verle, pero esta vez en circunstancias mui diversas.

Urgido en la ocasion, el señor Delamar, de algun dinero, para atender á sus numerosas plantaciones, se vió obligado á ir á Maracay, para arreglar un negocio que habia de procurarle algunos fondos; de paso por Turmero, donde tenia tambien que practicar algunas diligencias, muchas personas sensatas le exhortaron á no arriesgarse á pasar solo la *montaña*, donde acababan de ocurrir algunos robos y asesinatos de viajeros; pero don Cárlos, cuyo carácter nada pusilánime no se dejaba intimidar mui fácilmente por el relato de las aventuras vandálicas que se repetian en la provincia, aseguró á sus amigos, para no preocuparlos, ir bien acompañado, y urgido como estaba de practicar su diligencia, se puso en camino, confiado en Dios, en la serenidad de su propia conciencia y en las

ágiles piernas de su caballo. Sin el menor accidente hizo gran parte del camino, y distraido en sus propios pensamientos marchaba descuidado, cuando á poco de haber dejado atrás *La Talavera*, sitio mui azaroso por entónces, oyó que le llamaban por su nombre; volvióse sorprendido, y vió salir de una estrecha vereda que penetraba en el corazon de la selva á un hombre á pié y descalzo, armado de un *machete* que traia en la mano, y de un pequeño trabuco que colgaba á sus espaldas. Mal hallado el anciano con semejante encuentro, en lugar tan mal acreditado, buscó en el arzon de la silla sus pistolas, y con suma sorpresa se encontró con que no las llevaba; volvió entónces la brida, y avergonzado de huir sin saber de quién lo hacia, esperó un instante más á que el desconocido le saliera al camino. Pero no bien sucedió esto, cuando don Cárlos, reconociendo en aquel hombre á su amigo Olivéros, se dirigió hacia él sin la menor desconfianza y con la mayor tranquilidad.

—Señor don Cárlos, exclamó Olivéros tendiéndole la mano. ¡Qué imprudencia la suya! ¿Cómo se arriesga U. á atravesar solo este camino?

—Amigo, le contestó el anciano con la mayor ingenuidad, ¿quién ha de hacerme daño?

—Los que no le conocen á U. señor don Cárlos, como yo le conozco.

—Y bien, amigo, U. comete tambien una imprudencia en andar solo por estos malos sitios.

—Lo que soi yo....es distinto, contestó Olivéros, medio cortado y buscando una plausible excusa. Ademas......no estoi solo, pues tengo entre ese matorral algunos peones en solicitud de unas cuantas reses que se me han extraviado; y como U. lo ve, estoi armado.

—Eso es otra cosa, y bien se mira que es U. previsivo.

—Y para dónde va U. señor don Cárlos? preguntó con interes Olivéros.

—Voi solamente á Maracay, dijo el anciano, y bajando la voz, como para no ser oido sino por su interlocutor, añadió candorosamente, y llevo el propósito de arreglar un negocio, que ha de proporcionarme el dinero que necesito para el *apunte* de mañana.

—Y cuándo vuelve U?

—Esta tarde.

—Está bien; yo voi á acompañarlo.

—Hombre! no se moleste U; U. está ocupado.

—No importa.

—Es una temeridad....y yo no debo permitir....

—Aunque U. no lo quiera, don Cárlos, yo debo acompañarlo y lo acompañaré.

—Cómo ha de ser, amigo! Si U. se empeña es otra cosa; tendré el gusto de conversar un rato con U; pero me mortifica que se tome semejante trabajo.

Y el confiado don Cárlos y su singular acompañante se pusieron en marcha, conversando con la mayor naturalidad hasta llegar al Caño.

—Por aquí, don Cárlos, dijo Olivéros indicándole el paso.

Y el anciano dirigió su caballo por el lugar que le indicaban, y cruzaba el espeso y profundo lodazal, cuando tres hombres armados de carabinas y machetes le salieron al frente.

El anciano, sorprendido, detuvo su caballo, y Olivéros, dando un grito especial, corrió á interponerse entre don Cárlos y los tres desconocidos, que retrocedieron al verle.

—Qué hacen UU. aquí? les preguntó Olivéros, haciéndoles una ligera seña que no pudo ver el anciano. ¿Es así como UU. me buscan el ganado?

—Son estos sus peones? preguntó don Cárlos tranquilizándose.

—Sí señor, y es así como me ganan los reales, añadió Olivéros.

Los hombres no replicaron, Olivéros les indicó por donde debian entrar de nuevo á la *montaña* en busca de las reses, y don Cárlos y su celoso acompañante siguieron su camino, anudando tranquilamente la conversacion que les interrumpiera, tan inocente encuentro.

—Hasta aquí lo acompaño, mi don Cárlos, dijo á poco Olivéros, al llegar al rio de Maracay, en lo que le falta de camino no hai peligro; yo voi á almorzar en casa de un compadre no distante de aquí, y esperaré á U. cuando regrese, en este mismo sitio.

El anciano, le dió las gracias, y continuó su viaje. De vuelta, á cosa de las tres, encontró á Olivéros en el paso del rio, sentado á la sombra de unos árboles no mui distantes del camino.

Agradecido don Cárlos, de tan cumplida y amistosa puntualidad de parte de su bondadoso acompañante, empezó por contarle cuanto habia hecho en el el pueblo; y terminó diciéndole que lo habian embromado, entregándole en plata más de quinientos pesos; y que los tales reales lo llevaban mui embarazado, por habérsele olvidado traer las bolsas de la silla.

—Démelos acá, dijo Olivéros, yo se los llevaré.

—Oh! va U. á molestarse; pesan mucho, y U. marcha á pié.

—No importa, replicó Olivéros, á mí no me harán peso, y tengo gusto en llevárselos.

Y don Cárlos le entregó el saco que contenia el dinero y siguieron juntos, conversando de nuevo de asuntos diferentes.

Llegados que hubieron á la encrucijada del Samau, dejaron á la izquierda el camino de Turmero, tomaron la travesía, y por aquella nueva senda Olivéros acompañó á don Cárlos cerca de media legua. Luégo se detuvo, acomodó lo mejor posible, el pesado talego, sobre la silla del anciano y le tendió la mano despidiéndose. Don Cárlos se la estrechó con efusion, y despues de repetirle

mil expresiones de cariño y de darle las gracias, siguió tranquilo su camino y llegó á su hacienda, sano y salvo, contando agradecido á su familia el generoso proceder de aquel hombre.

Cuando el anciano terminó de referir á su sobrino el capitan, la manera cómo habia conocido á Oliveros y aquellos pormenores de la vida de éste, que como es razonable suponer, podian estar al alcance, de aquel justo varon, sin causarle extrañeza ni despertar sospechas; Horacio, pareció despreocuparse, pues se abstuvo de hacer observaciones, y generalizandose la conversacion en aquella íntima velada, recayó sobre recuerdos de familia, y viajes y descripciones de la vida europea, en que lució todas sus galas la chispeante imaginacion del capitan. Las horas se deslizaron rápidas, y mediaba la noche, cuando don Cárlos preguntó á Clavellina, que permanecia de pié cerca de Aurora, oyendo como en éxtasis cuanto Horacio decia, si la habitacion destinada á sus huéspedes estaba lista para recibirlos. Y como la doncella contestase afirmativamente, Horacio y Lastenio se despidieron de Aurora y de Teresa y don Cárlos tomando una bujía los condujo á uno de los cuartos que tenian puerta al corredor, los instaló en el aposento y dándoles las buenas noches se retiró diciéndoles:

—No olviden UU. que mañana es domingo, y que tienen que levantarse temprano para asistir á la misa.

Media hora despues, la familia Delamar y sus huéspedes procuraban dormirse, pero no obstante que mucho lo desearan, hubo cuatro personas bajo aquel mismo techo, que no lograron sino mui tarde conciliar el sueño.

Al quedar solos, nuestros dos amigos, no cruzaron una sola palabra, cosa extraña por cierto, en el carácter del capitan; pero apénas se acostaron, Lastenio dejó escapar á su pesar un rebelde suspiro. Horacio se extremeció como si lo hubieran tocado con una pila eléctrica y dominando la emocion que sintiera le dijo :

—Ves, que no te he engañado?

Al contrario, le contestó su amigo, la realidad ha sobrepujado á lo que tuve por exageracion.

—Qué ojos! añadió el capitan.

—Cuánta dulzura! agregó Lastenio.

—Y qué porte de reina.

—Cuánto candor.

—Respira amor y voluptuosidad.

—Oh ! la pureza de su alma le sirve de auréola.

—Tiene los atractivos de una Aspasia.

—Cautiva como las vírgenes de Rafael.

—Es una Diosa, concluyó el capitan, apagando la luz.

—Un ángel, un ángel, murmuró Lastenio.

Miéntras duraba este rápido cambio de pareceres entre los dos amigos, otro diálago, ménos vivo, aun-

que no ménos significativo, tenia lugar en otro aposento de la casa.

Clavellina ayudaba á desvestir á Aurora. La doncella parecia mui animada; Aurora pensativa.

—Qué hombre tan divertido es el señor Horacio, exclamó la mestiza al quedar sola con su preocupada señora. ¿No le parece mui hermoso?

—Lo creo noble aunque un tanto calavera, contestó Aurora, con la voz embargada por extraña emocion.

—Jesus! y yo que me figuraba......

—El carácter de su amigo es ménos turbulento, añadió Aurora trenzando sus cabellos.

—El señor Lastenio, me parece mui bueno, replicó Clavellina, pero no puede comparársele.

—Oh! no lo comparo. Y Aurora dejó escapar un suspiro.

—Tengo un presentimiento, añadió con zalamería la doncella, descalzando á su bella señora.

—Y yo, siento algo, que no sé lo que es, se le escapó decir á Aurora.

—Oh! yo sí lo sé, exclamó prontamente la mestiza.

Aurora no le contestó, sus ojos se humedecieron, y esquivando las miradas de su doncella, fué á arrodillarse conmovida frente á la imágen de la Vírgen que colgaba á la cabecera del lecho.

Clavellina de pié en medio del aposento, quedóse contemplando á su ama, hasta que ésta terminó de orar; y luégo con tono compungido, le dijo adios y se dirigió hácia la puerta.

—Por qué te has puesto triste? le preguntó Aurora con dulzura.

—Porque parece que U. ya no me quiere, y, que le soi pesada.

—No seas tonta, le dijo Aurora cariñosamente. Ve á dormir tranquila, que no ha de permitir la Santa Vírgen que sea yo desgraciada.

Y ruborizándose, no por lo que decia, sino por los halagadores ensueños que callaba, ocultó el rostro entre las manos y se arrojó en el lecho.

Clavellina, la abrazó con ternura y se alejó diciendo:

—Qué dicha! mi sueño lo veo ya realizado.

XVI.

Un idilio al traves de una reja.

—

Era domingo. Levantado don Cárlos desde mui de mañana, hacia arreglar la casa y disponerlo todo para recibir á los amigos que de ordinario venian á visitarle, y festejar en lo posible, la llegada de su sobrino el capitan, de quien el buen anciano se sentia envanecido.

Toda la servidumbre de la casa estaba en movimiento. Unos barrian, otros limpiaban los empolvados muebles, y sacaban á lucir la vajilla de china, los cubiertos de plata, y las doradas macetas, con flores de papel, para adornar el Oratorio. Y provisto de regalada lista de provisiones extranjeras, salia José en un burro para el vecino pueblo. Resonaban en la co-

cina caserolas y pailas, á tiempo que de rústicas piedras de moler caia la blanca masa del maíz en espesas cascadas: el rubio *ápio* y el morado *mapuei* ostentaban apetitosa pulpa: *cidras* y *guayabas* se sumerjian entre bullente almíbar: profusa decapitacion de pavos y gallinas se ejecutaba en los corrales de aves; y bajo un emparrado, próximo á la cocina, y entre espeso vapor de agua caliente, raspaba un criado experto en el oficio, un rollizo lechon de siete meses, teniendo de espectador á Víctor á pesar de ser tan de mañana.

Don Cárlos, lleno de gozo, frotábase las manos, atacaba con furia su caja de rapé, daba órdenes, repartia agasajos, y satisfecho veia nacer el sol, el sol de un dia feliz, entre los anaranjados y purpúreos celajes que ofrecia horizonte.

Consultando despues de algunas horas de faena, su antiguo reloj, de triples tapas de oro, vió marcadas las seis, y sorprendido exclamó prontamente:

—Hola! hola! ya es tiempo de vestirme, y de tocarles una llamadita á esos perezosos señoritos que duermen todavía.

Y sin más esperar, fué á llamar suavemente á la puerta de sus huéspedes, diciéndoles en tono cariñoso:

—Arriba, señores dormilones, no están UU. en Paris. Sacudan la pereza y vengan á contemplar esta hermosa mañana.

—Vamos, tío, ya estamos con U., contestó Horacio saltando de la cama.

Y don Cárlos se dirigió á su habitacion, despues de revisar, una vez más, los diversos trabajos que ocupaban á su laboriosa servidumbre.

Tan pronto como el diligente capitan hubo dejado el lecho, tiró á Lastenio por un pié, abrió la ventana que miraba hácia el huerto, y asomándose á ella, y agradablemente sorprendido de la rara belleza del paisaje que se ofreció á sus ojos, exclamó alborozado:

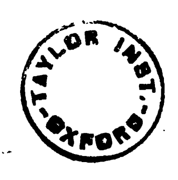
—Venga, señor artista, venga á contemplar el paraíso.

La mañana era espléndida. La luz, como menuda lluvia de inflamadas aristas, caía profusa sobre las copas de los árboles; y se quebraba en mil cambiantes prísmas sobre las gotas de rocío que temblaban como diamantes líquidos en los estambres de los lírios y en las frescas guirnaldas del *cunde-amor*, sueltas al viento cual despeinadas cabelleras. Cada rayo de sol al deslizarse en la hojosa espesura, semejaba cascada de topacios saltando juguetona sobre movible lecho de esmeraldas; cada átomo de luz avivaba un color, y borraba una sombra; la humedad de las hojas resplandecia como luciente plata, los renuevos primaverales de las plantas fingian cordones de oro y penachos de fuego; y llamas deslumbradoras surcaban el terso cristal

de la laguna, visible á lo léjos, y oscurecido en parte, por el follaje espeso de los corpulentos *javillos.* Como urnas balsámicas, de nácar y coral, entreabiertas por primoroso hechizo, derramaban las flores delicada fragancia. Innumerable banda de pintados cantores saludaban al sol: turpiales y azulejos lucian sus galas, de záfiro y de gualda, en aéreos columpios, ó cebaban voraces los agudos picos en los maduros higos y en las jugosas parchas. Y nube vocinglera de *pericos,* aladas esmelardas, cruzaba el cielo azul, ó descendia violenta sobre los cargados frutales, como despeñado torrente de luminosa pedrería. En la espesura del apartado bosque resonaba, monótono, el quejumbroso arrullo de la tórtola; y suspiraba el viento; y revolaban ligeras mariposas, cual hojas desprendidas de las flores, en el ambiente perfumado de rosa y de jazmin que discurria en el huerto.

Horacio, habia quedado absorto ante los mil primores que ofrecian á la par, la luz, el campo, el lago, las aves, los insectos y las flores; y su alma expansiva, abierta de contínuo á las deleitosas insinuaciones de los sentidos, experimentaba la voluptuosa sensacion que recibiera cada dia, al ver depositar al astro rei su primer beso abrasador, sobre el fecundo seno de su siempre vírgen desposada, la dormida naturaleza.

Lastenio se acercó á la ventana.



—Has visto nada más encantador, exclamó el capitan, con entusiasmo.

—Oh! dices bien, contestó Sanfidel, poseído de artística admiracion: estamos en pleno Paraíso!

—Y no cantas, y ríes, y hace mil locuras? Dímelo francamente. ¿No te sientes regenerado?

—No lo creas.

—Pues eres duro de ablandar.

—No tanto; mas si debo decirte, que me siento mejor.

—Vaya, eso es hacer pinicos; mui pronto correrás.

Lastenio se sonrió.

—El Edem, es propicio, no lo dudes, añadió el capitan.

—Y crées hallarte en él? preguntó maliciosamente Lastenio.

—Cómo no! el cuadro que tenemos á la vista no deja que desear; pero seria completa la ilusion, si atinásemos á divisar á Eva.

—Oh! mírala, mírala, exclamó Lastenio, trémulo de emocion, indicando en el fondo del huerto una sombra blanca y vaporosa que velozmente se deslizaba entre las matas. Y los dos amigos, deleitosamente impresionados, vieron pasar á Aurora, que á la sazon salia del baño, sueltos los abundantes rizos sobre li-

gero peinador y hechicera cual Vénus al surgir de las ondas.

Lastenio y el capitan quedaron deslumbrados. La encantadora vision desapareció con rapidez, y tras ella como estela de luz acertaron á ver á Clavellina.

Movíase la mestiza, en reposado andar, con ondulaciones de serpiente: de uno de sus desnudos brazos colgaba un canastillo de mimbres, rebosado de rosas, y toscas tijeras de podar blandia en la diestra con ademan hostil, hácia las bellas flores que hallaba en su camino. Sin advertir las miradas de fuego que lanzáran sobre élla las pupilas de Horacio, ni sospechar siquiera ser el blanco de semejantes dardos, acercóse lentamente á un florido rosal próximo á la ventana, donde Lastenio, por exceso de discrecion, dejara solo al capitan; puso sobre la fresca yerba el canastillo y, ora empinándose para darse altura, ora deslizándose inclinada, como flexible junco, entre las espinosas ramas, principió á despojar de sus preciosas galas al trémulo rosal, que dolorido, vertia copioso llanto de rocío sobre la mano aleve que osaba mutilarlo.

La belleza de Clavellina, llena de fuego y voluptuosidad, contrastaba con la casta y aérea hermosura de Aurora; pero no obstante, no le cedia en esplendidez ni en actrativos.

Si Aurora podia simbolizar los delicados tonos y misteriosos encantos de la luz matinal al irradiarse,

entre nacarados celajes, por el azul profundo del espacio: si su tez de alabastro, ligeramente sonrosada, poseia el tinte virginal de esas nubes de armiño que el sol colora con sus primeros resplandores: si aquellos ojos negros y rasgados convidaban á la contemplacion, cual los melancólicos destellos del lucero del alba; y la abundosa cabellera castaña que en sueltos rizos descendia hasta besar sus piés, remedaba con sus reflejos de oro, y sus profundas sombras el despertar del dia tras la noche espirante; Clavellina, con su piel de canela, realzada de purpurinas rosas; sus crespos cabellos como crenchas de reluciente ébano, que apénas le acariciaban las espaldas; sus largas y sedosas pestañas, al través de las cuales resplandecian los ojos como diamantes negros; y sus gruesos labios rojos como las flores del granado, siempre risueños y entreabiertos, como apuntando delicioso beso: Clavellina ostentaba todo el vigor salvaje de nuestra flora tropical, y todo el fuego abrasador de un sol de estío en pleno mediodía.

La talla de la mestiza era mediana, sus formas de bronce cincelado, graciosas y turgentes; y ora tardíos y voluptuosos, ora rápidos y casi montaraces eran sus movimientos.

Vestia aquella mañana, con virginal coquetería, su más vistoso traje. Una camisa de batista, con exceso indiscreta, aunque exhornada de cintas y encajes que

en parte disminuian la trasparencia primitiva de tan delgada tela, rodeaba el busto de Clavellina sin ocultar las mórbidas espaldas y los torneados brazos; y de su estrecha cintura aprisionada, como la de Vénus en ajustado ceñidor, caian graciosos y ligeros los sueltos pliegues de unas faldas de muselina blanca, cuya fimbria, rozaba apénas, los celestes lazos de unos pequeños zapaticos de tafilete azul.

Graciosas y desenvueltas actitudes tomaba la mestiza, á los ojos extasiados de Horacio, en tanto que despojaba al frondoso rosal de las vistosas galas que exhibiera; al fin no le dejó una sola rosa, y escogiendo entónces entre las bellas flores, aquella que le pareció más lozana, la prendió á sus cabellos con infantil coquetería; luégo miró con arrogancia al despojado y entristecido arbusto, y engreida con el triunfo que sobre él alcanzara, pareció preguntarle: cuál de los dos llevaba aquellas flores con mayor gentileza.

Así tradujo el capitan el vanidoso movimiento de la doncella; y sin alcanzar á contenerse, exclamó con la mayor indiscrecion:

—Tú, Clavellina encantadora, tú las llevas mejor; te lo aseguro.

Sorprendida con el ruido de aquella voz extraña, Clavellina dejó escapar un grito, volvió azorados los brillantes ojos á la abierta ventana, y divisando á Horacio, pagó con ruborosa sonrisa la galantería del ca-

pitan, recogió el canastillo y echó á correr ligera cual una cervatilla, dejando en cada huella una flor deshojada.

—Y bien! exclamó el conmovido capitan volviéndose á su amigo, tan pronto como desapareció la mestiza: ¿nada me dices de ese diablillo encantador?

—No lo he querido ver, le contestó Lastenio, acabando de vestirse.

—Lo supones, acaso, la tentadora serpiente de este Paraíso?

—Quién sabe!......

—Entónces, mi querido, confiesa francamente, que has temido caer en tentacion.

—No lo creas. Sólo he cuidado de que no se borre de mis ojos la vision anterior.

Horacio se echó á reir sin ganas para disimular la repentina turbacion que le produjo semejante respuesta, y sin decir una palabra más, comenzó á cepillar su empolvado uniforme, miéntras un criado le limpiaba las botas. Dió luégo á sus cabellos una mano de grasa perfumada, empinóse el mostacho, y como terminara de acicalarse á la par de su amigo, abrió la puerta y salió al corredor donde impaciente los esperaba don Cárlos.

XVII.

Otros tipos de nuestros viejos tiempos.

—Al fin, señores míos, se dejan ver UU., exclamó don Cárlos dirigiéndose á saludar á sus huéspedes. ¿Cómo han pasado la noche?

—Mui bien, señor Delamar, dijo Lastenio.

—Deliciosamente, mi querido tío, contestó el capitan.

—Mucho me alegro, yo tambien dormí bien; pero vámos, que se les enfría el café, añadió el anciano dirigiéndose al comedor. Se desayunarán UU. solos, porque yo acostumbro hacerlo mui temprano, y Aurora se está acicalando todavía: como que vamos á tener algunos amigos á almorzar; los mismos de todos los domingos, el señor cura y tres ó cuatro vecinos más, que me hacen el honor de visitarme.

Horacio atacó con apetito el desayuno y despues de largo silencio se le ocurrió decir:

—Tiene U. por habitacion un paraíso, mi querido tío, – la laguna y el huerto son incomparables.

—Obra en gran parte de tu padre, le contestó el anciano, él amaba el campo como yo, y se complacia en embellecerlo. Oh! sí German viviera cuan feliz seria hoi!

—Pobre padre! exclamó Horacio enternecido.

—Te amaba tanto!

—Yo no le olvido nunca, tornó á decir el capitan, su espíritu está siempre conmigo, y me alienta y protejе.

Lastenio, poco habituado á ver enternecido á su amigo, le miró con sopresa: éste tenia los ojos húmedos.

—Está visto, que no sé evocar sino recuerdos tristes, exclamó conmovido el anciano; y volviéndose á Lastenio añadió para variar de tema. Le agrada á U. la caza, señor de Sanfidel?

—Medianamente, contestó el interpelado.

—En cambio, tío, agregó Horacio reponiéndose, á mí me agrada con furor.

—Pues tendremos entónces como divertirte.

—Abundan en animales nuestros bosques?

—Oh! no faltan *lápas*, *acures* y conejos, y algunos *venados* hasta de siete puntas. Ya echaremos un *lance*

en estos dias. Tengo dos buenos perros, y mi vecino Monteoscuro, que es un gran cazador á pesar de haber entrado en los setenta, posée la mejor jauría de toda la comarca.

—Deseo entrar en relaciones con ese caballero, agregó el capitan terminando de saciar su apetito.

—No tardarás en conocerle, le tendremos á almorzar; es del número de mis viejos amigos y mi más antiguo comensal. Un hombre excelente, un tanto estravagante y sin freno en la lengua para decir verdades, pero honrado á carta cabal, y caballero: ya le verás. Cuando sepa que te agrada cazar formará de tí la mejor opinion y pondrá á tus órdenes todo cuanto posée. Pero no oyen UU. como graznan los gansos? añadió el anciano interrunpiéndose.

—Vuestras aves domésticas, parecen en realidad mui alborotadas, dijo Lastenio.

—Alguien viene, añadió don Cárlos, mis centinelas me lo anuncian.

—Aquí á lo ménos, no tienen Manlio á quien despertar; agregó el capitan.

—Papá, dijo Víctor, entrando alborozado, ya viene el señor cura con don Roque y otro más.

—No lo decia yo, dijo don Cárlos levantándose, vamos á recibir al párroco y al señor Juez de paz.

Cuando salieron al corredor, las personas anunciadas se desmontaban de sus caballerías.

Mútuas y afectuosas salutaciones mediaron largo rato entre el anciano y los recienvenidos, y como estas terminasen al cabo:

—Señor don Roque, dijo el señor Delamar al Juez de paz, pienso ganarle hoi cinco *sólos*; con que esté prevenido.

—Es mucho honor para mí, señor don Cárlos, contestó el magistrado deshaciéndose en ceremoniosas cortesías.

—Nos trae U. hoi á su sobrino don Patricio Jaramago, siguió el anciano saludando á un emperejilado mozalvete que entre tímido y confuso se habia quedado en el extremo del corredor recostado á uno de los pilares.—Mui bien hecho, ya este caballerito no se deja ver por estos trigos.

—No es de extrañarse señor don Cárlos, contestó don Roque; como U. sabe, ese pobre muchacho, que entre paréntesis es un prodigio por la pluma pues escribe hasta sin rayar el papel, me sirve de secretario, y estamos siempre tan recargados de trabajo que no tenemos tiempo para rascarnos la cabeza.

Y como don Cárlos presentase al párroco y al señor Juez de paz, á su sobrino el capitan y á Lastenio. Don Roque se apresuró á decirle:

—Ya tenia el honor de conocer al señor capitan.

—Con que ya se conocen UU?

—Sí, tío, el señor me facilitó ayer tarde un buen alojamiento para mis soldados.

—Y apurados que nos vimos para complacer al señor capitan, añadió el magistrado, empinándose para dar altura y dignidad á la diminuta figura, semi esférica, con que le habia favorecido la naturaleza.

Y miéntras que Horacio distraido, y Lastenio con respetuosa cortesía platicaban con el párroco, y el mozalvete don Patricio, no encontrando qué hacer ni qué decir se esponjaba entre su almidonada cuácara; don Roque prosiguió pavoneándose:

—Yo mismo temí no poder venir hoi, hemos pasado una noche de perros.

—Y por qué causa? amigo, preguntó bondadosamente don Cárlos.

—Oh! motivos sérios y de gran trascendencia hemos tenido, contestó el magistrado. Las cosas no andan bien, y para remate de cuentas nos cae anoche, como de las nubes, el doctor Bustillon hecho una furia.

Al oir este nombre, Horacio levantó la cabeza y notable expresion de disgusto se dibujó en sus labios.

—Hola! con que tenemos al doctor tan cerca? dijo don Cárlos. Yo creia que no viniera hoi.

—Sí señor, contestó el párroco, interrumpiendo la conversacion que seguia con Lastenio, anoche durmió en el pueblo, y aunque mui fatigado, segun me dijo, no tardará en venir.

—Fatigado no más? se apresuró á decir don Roque, dígamelo á mí......

—Está enfermo acaso? preguntó el anciano.

—Yo no sé qué decir, señor don Cárlos, agregó el magistrado, pero, aquí para nosotros, le diré, que jamas habia visto al doctor de humor más detestable. Hubo anoche momentos en que llegué á creer que tenia *mal de rabia.* El pobre Romeráles, que le conoce bien, estaba hecho una pieza: mi sobrino, que ahí donde U. lo vé, no peca por cobarde, temblaba en presencia del doctor como si le hubieran vuelto las tercianas: y yo que no me espanto ni con truenos, me ví forzado á recurrir á toda la circunspeccion que aconseja el magisterio, para no exponerme á los peligrosos arrebatos de cólera que le acometian á cada rato.

—Todo eso es mui extraño en un hombre tan sesudo como el doctor, dijo don Cárlos pensativo.

—Pues ha perdido los estribos, siguió el Juez, yo no sé lo que le pasa; pero algo mui grave debe ser.

—Acaso tenga parte en esa sobreexcitacion, el peligro que acaba de correr con ese diablo de Zárate, insinuó el anciano.

Al oir el nombre del bandido, no pudo dominar el magistrado un movimiento de terror, y volviendo á todos lados sus inquietos ojos, como temeroso de verle aparecer, añadió tranquilizándose:

—Oh! no lo crea U., señor don Cárlos, si pensara en eso estaria abatido; porque el susto no ha sido para ménos. Yo creo más bien que haya tenido algun

disgusto en La Victoria, de donde llegó anoche; por que cuando nombra al coronel Gonzalvo y habla de militares y de guerra, cambia de color y se muerde los puños.

—Y qué diablos viene á hacer por aquí ese señor? preguntó Horacio.

—En cuanto á eso, señor capitan, contestó prontamente don Roque, puedo decir á U. que viene en asuntos públicos de la mayor importancia; y nada ménos que con plenos poderes del gobierno para hacer y deshacer en todos los cantones, parroquias y caseríos de la provincia. Ya tuvimos con él una larga conferencia sobre diversos asuntos; y luégo, él á rabiar por la menor simpleza y mi sobrino y yo á despachar oficios hasta la madrugada, y eso que Patricio es un rayo con la pluma en la mano, como puede decirlo el señor cura.

—Si no me equivoco, dijo el párroco, eludiendo aseverar lo dicho por don Roque, é indicando un jinete que asomaba al patio por el callejon de clavellinas, ya tenemos aquí á don Antonio Monteoscuro.

—Otro impertinente á su manera, murmuró el magistrado.

Y todas las miradas se fijaron en un atlético anciano de rostro duro y varonil, que seguido por dos perros de caza y manejando un brioso alazan, se acercaba á todo trote al corredor, á tiempo que aparecian,

sobre dos gruesos mulos, en el extremo más remoto del callejon de limoneros, las típicas figuras del doctor Bustillon y de su amanuense Romeráles.

—Tambien tenemos al doctor, exclamó don Roque, señalando á lo léjos los dos mulos. Ya se nos viene encima esa otra tempestad.

—Ya era tiempo, agregó don Cárlos, esos caballeros hacian esperar al señor cura para decir la misa.

—Al paso que vienen, echarán todavía diez minutos para llegar aquí, agregó el párroco.

—Ea! señor Juez de paz, exclamó ruidosamente Monteoscuro acercándose al corredor, apriétese de nuevo los calzones porque el muerto ha resucitado. Y deteniendo su caballo, añadió:—Carambola! Cárlos, cuanta gente, y espadas son triunfos; y hasta el *melquetrefe* de Jaramago, amen del señoron del doctor y de su espantajo Romeráles que vienen por ahí, pensando embustes qué contarnos. Qué diablo! toda la corte celestial. Ea! muchacho, agregó luégo dirigiéndose á un criado, estás hecho un estafermo: lleva al pesebre mi caballo y échale maíz, que tu amo lo cosecha en abundancia.

Y Monteoscuro se desmontó con la agilidad de un hombre de treinta años, y fué á abrazar á don Cárlos. Luégo saludó al párroco con respetuosa deferencia; dió familiarmente á don Roque una récia palmada en el hombro, sin miramiento alguno por los humos de dig-

nidad que gastaba el puntilloso magistrado; tiró de la oreja al presumido Jaramago que cuidaba de no ajar sus acartonados pantalones; hizo á Víctor unas cuantas caricias brutalmente afectuosas, y volviéndose de nuevo hácia don Cárlos que se reia de la extravagante manera de saludar de don Antonio, exclamó con rústica llaneza, indicándole al capitan y á Lastenio:

—Y bien, Cárlos, quiénes son estos caballeretes?

—No nos has dado tiempo para presentártelos, contestó riéndose don Cárlos.

—Pues ya le tienes, vamos.

—Este caballero, añadió don Cárlos, indicándole á Lastenio, es el señor de Sanfidel.

—Carambola! eso huele á buen guiso, exclamó el señor de Monteoscuro, en el más alto diapason de su estentórea voz, y descubriéndose con cierta gallardía y presentando su ancha mano al artista, añadió con desenfado: De quién á quien señor de Sanfidel: me place conocer á U.

Y sin esperar el cumplido que cortesmente insinuaba Lastenio, le dió la espalda y examinando de piés á cabeza al capitan con impertinente franqueza, dijo con rapidez:

—Y este diablo no tiene mala facha! ¿Es como el otro? Cárlos.

—Aquí de tu experiencia Antonio, dijo don Cárlos,

frotándose las manos con manifiesto gozo, á ver si le reconoces.

—Eso quiere decir, replicó Monteoscuro, contemplando con curiosidad al capitan, que yo he visto este muñeco alguna vez.

Horacio, por su parte, á quien las extravagancias de aquel rústico anciano le cayeran en gracia, se dejaba examinar sonriéndole.

—No atinará? U. don Antonio, dijo el párroco.

—Carambola! cómo diablos quieren UU. que adivine? Aunque si puedo asegurarles, que este tunante no es un pelagatos. Pero su nombre y su procedencia no los sé......y sin embargo....yo he visto esa cara y esa facha. Y golpeándose de súbito la frente con una palmada capaz de acogotar un buey, añadió conmovido: Tengo una sospecha, mis amigos, pero nada más que una sospecha.

—Pues adivináste, exclamó don Cárlos, cuyos ojos se humedecieron.

—Por diez mil carambolas! que no puedes negar que eres hijo de tu padre, gritó ruidosamente Monteoscuro ahogando á Horacio entre sus formidables brazos. Demonio! en estas viejas piernas que me ves, te he bailado cien veces, cuando no eras más alto que mis botas.

—Señor de Monteoscuro, exclamó Horacio, agradecido de los brutales agasajos del anciano; yo le aseguro á U. que siento verdadero placer en estrechar su mano.

—Y si no lo sintieras, *alcornoque*, serias un ingrato, un descorazonado y no lo que tú debes ser. Tu padre y yo nos quisimos siempre como hermanos. Pero dónde está Aurora? preguntó de pronto, dejando en libertad al capitan. ¿Qué se ha hecho esa mojigata que no viene á abrazarme?

—Está acabando de vestirse, contestó don Cárlos, vé á buscarla.

—Hoi querrá echar el resto, lo comprendo, á ella no le faltan nunca *matadores*; y acaso cuenta ya con la *espadilla*. Y echó á andar hácia el interior de la casa sonando las pesadas espuelas y repitiendo á cada paso. Ea! muchachas, basta de miriñaques. Rapazuela, dónde diablos te escondes, por qué no vienes á abrazarme?

En medio del estrépito que metia Monteoscuro, se oyó una voz argentina que hizo extremecer al capitan, suspirar á Lastenio y subírsele los colores á la cara al azoradizo Jaramago.

—Ya voy, don Antonio, ya voy, dijo sólo la voz, y esta insignificante frase puso en agitacion tres corazones.

—Bien, hija, contestó Monteoscuro, pero por todos los diablos, no me hagas esperar tus resplandores.

Mientras así platicaban don Antonio y Aurora al travez de una puerta; llegaron el doctor Bustillon y Romeráles. Y olvidándose don Cárlos de que ya su sobrino y el doctor se conocian trató de presentarlos, despues de los primeros cumplimientos de rigor.

—Ya conozco á este jóven, dijo secamente Bustillon.

—Sí, mi querido tío, agregó Horacio con suma impertinencia, picado por el tonillo descortes que afectara el doctor. Este caballero tuvo el honor de verme en La Victoria despues de su percance.

Bustillon se puso rojo de coraje; pero refrenándose no obstante la violencia de su carácter ensimismado, aparentó no haber oído la insolente frase del capitan y atacándose las narices de tabaco fué á saludar al párroco, seguido como siempre de su inseparable amanuense, quien se manifestaba aquella mañana, mústio y desabrido, contra su natural modo de ser.

Sorprendido nuevamente, don Cárlos, de la manifiesta mala voluntad que parecia existir entre el doctor y su sobrino, lo que en verdad le mortificaba sobremanera, se apresuró á hacer olvidar á Bustillon la chocarrería del capitan y tan luégo como aquel terminara de saludar al cura se le acercó diciéndole:

—Mucho hemos deplorado, doctor, lo ocurrido á U. en el camino de Maracay, y ya me temia yo que no viniera hoi á acompañarnos.

—Gracias, señor don Cárlos, contestó Bustillon con afectada amabilidad. He escapado de milagro; pero á Dios gracias, estoi vivo y dispuesto como siempre á tomar el desquite.

Horacio tomó del brazo á Lastenio y se apartó del grupo. El párroco se dirigió al oratorio seguido del taciturno Romeráles y del travieso Víctor que esperaba el momento oportuno de repicar la campana, y don Cárlos prosiguió dirigiéndose al doctor:

—Yo supe anoche, poco ántes de que llegaran mi sobrino y su amigo, el desagradable encuentro que tuvo U. con ese bandolero; y á fé que no lo quise creer cuando me lo contaron.

—Qué trance tan amargo, señor don Cárlos, dijo el doctor extremeciéndose. Me veo con vida y casi no lo creo.

—Lo supongo, amigo; pero lo que más me ha sorprendido, es lo que me ha dicho Olivéros, que fué quien me corroboró la noticia.

El doctor abrió su caja de rapé para tomar un nuevo polvo, y venciendo su mal humor y la oculta preocupacion que le dominaba, preguntó distraídamente al anciano:

—Y qué agregó sobre el asunto ese señor Olivéros?

—Algo que me parece inexplicable.

—Y bien?

—Que entre U. y ese desalmado de Zárate habia cuentas pendientes.

Bustillon no pudo disimular su sorpesa; púsose profundamente pálido, lanzó al anciano una mirada feroz que pasó para éste inadvertida, y en extremo conturbado se le escapó decir:

—Cómo puede saberlo ese hombre!

Don Roque retrocedió acobardado ante la mirada rencorosa del doctor, y fué á tropezar contra su sobrino don Patricio, quien no ménos pusilánime, hizo á su vez un brusco movimiento poniendo en consternacion sus almidonados pantalones, á tiempo que don Cárlos contestaba al doctor con la mayor naturalidad:

—Lo ignoro, amigo mío, lo ignoro.

—Esa es una impostura, señor don Cárlos, replicó Bustillon, haciendo exfuerzos por calmarse. Ese hombre no ha dicho á U. verdad.

La puerta del oratorio se abrió en aquel momento, y lanzándose Víctor á asir la cuerda de una campana que colgaba entre los dos pilares más próximos á la pequeña capilla, comenzó á repicar con alborozado frenesí.

XVIII.

Celos que rugen y corazones que se espanden.

—

Apénas resonó la campana, dirigiéronse apresuradamente al corredor algunos grupos de campesinos que esperaban, hácia ya largo rato, la hora de la misa, sentados en los pretiles del trapiche ó á la sombra de los otros edificios inmediatos á la casa. Luégo apareció Rodrigo, seguido de unos cuantos caporales, y detras del mayordomo fueron llegando los esclavos de la hacienda, que no excedian de un centenar, entre chicos y grandes de ambos sexos, engalanados con sus vestidos de fiesta, y risueños y contentos, no obstante la ínfima condicion á que estuvieran sometidos

—Tregua, Víctor, por Dios, decia don Cárlos, contestando con frases afectuosas, paternales consejos y

acariciadoras sonrisas, los respetuosos saludos que le prodigaban sus esclavos y sus numerosos vecinos.—Ya estamos todos completos. Nos vas á reventar los oídos......

Pero el atolondrado niño, aparentando no oir las amonestaciones de su padre, continuaba imperturbable el furioso repique; y necesario fué arrancarle de la mano la cuerda de la campana para que terminase.

—Una campanada más, y me dejaba sordo ese endiablado muchacho, exclamó Monteoscuro, que salia en aquel momento de la sala, trayendo á Aurora de bracero, y á quien seguia Teresa y Clavellina, y la servidumbre interior de la casa.

Todas las miradas se fijaron en la hermosa hija de don Cárlos, y con numerosas reverencias y afectuosos saludos, acogieron todos los presentes á la ruborosa castellana á cuyo lado se pavoneaba cómicamente don Antonio sin soltarle la mano, afectando ser el digno galan de aquella diosa. Pero sin darle tiempo para contestar los amistosos y admirativos agasajos que de todas partes le venian, una veintena de chicuelos de todas edades y colores la rodeó prontamente, y arrodillándose ante ella, como á los piés de una Madona, pidiéronle que los bendigese, dándole todos á la par el nombre de madrina. Aurora, desconcertada, repartió sin embargo, entre sus pequeñuelos adoradores, repetidas caricias, hasta que importunado Monteoscuro dió punto á aquella escena

exclamando con simulado enojo, á la vez que dejaba caer unas cuantas monedas:

—Ea! rapazuelos, basta de arrumacos y bendiciones, que queda aún mucha gente á quien aguar la boca.

—Don Antonio! le dijo Aurora con suavidad, pero en tono de reproche, mire que los asusta.

Pero el rústico caballero, sin hacerle caso, la separó de los chicuelos, y volviéndose al grupo de amigos de don Cárlos que se dirigia á saludar á Aurora, añadió con la mayor desenvoltura.

—A que no me negais, señores míos, que soi el hombre más envidiado por UU.

—Don Antonio! murmuró Aurora, ruborizada y en tono suplicante.

—Y eso que estas muchachas de ahora se han encaprichado en no ver con buenos ojos á los viejos. Y divisando á Bustillon que se deshacia en ceremoniosas reverencias, añadió con malicia.—Felices dias, doctor. Lo dicho no se refiere sino á los que han pasado de setenta.

Bustillon se puso como grana, y lanzó á Monteoscuro una mirada furibunda. Aurora se desprendió del brazo de don Antonio, saludó con azoramiento á cuantas personas la rodeaban, y fué á tender la mano al capitan, diciéndole, casi balbuciente:

—Buenos dias......Horacio.

No obstante su genial desembarazo, turbóse el capitan, y sin palabras para contestar tan gracioso saludo, estrechó, sin embargo, la mano que se le ofrecia, más tiempo acaso del que buenamente fuera permitido, y sus ojos dijeron lo que sus labios no acertaron á articular.

El rostro del doctor cambió diez veces de color durante esta rápida escena, y como don Roque atinara á llamarle la atencion sobre el jóven Jaramago su sobrino, que contemplaba á Aurora hecho un estafermo, Bustillon encontró propicia coyuntura para desahogar la ira que le dominaba y, fuera de sí, exclamó dejando confundido al magistrado:

—Qué tengo yo qué hacer con mentecatos de esa ralea! ¿¿No sabe U. que yo detesto á todos los sobrinos?

Romeráles acalló los diversos ruidos que se producian entre tan numeroso concurso, agitando una vibradora campanilla, y, como en los buenos tiempos en que habia sido sacristan, acompañó en calidad de acólito al venerable sacerdote que subia á la sazon las gradas del altar.

Todos se arrodillaron y principió la misa en medio del más profundo y ejemplar recogimiento.

Aurora inclinó la frente, abrió su libro de oraciones y con los ojos bajos y el alma elevada, se entregó llena de fervor á la contemplacion del augusto é incruento sacrificio que se celebraba en el altar.

Horacio habia quedado junto á ella y poseído de indecible arrobamiento, extasiaba los ojos en las bellas manos de su hechicera prima.

A la mitad de la misa, Aurora acertó á notar la direccion que seguian las miradas del jóven oficial, y ya sea que, mortificada, quisiera sustraerle de tan profana contemplacion, ó que engañada se figurase que su primo sólo trataba de leer en las páginas sagradas del libro en que élla oraba, tomó éste con la diestra, y sin alzar los ojos lo acercó al capitan.

Tan inocente movimiento no se eccapó al doctor, y una espantosa imprecacion que le desgarró el pecho murmuraron sus convulsos labios.

Horacio se sintió avergonzado, apartó la vista de las bellas manos que tanto le extasiaran, y trémulo de emocion y arrepentido, elevó el alma á Dios en alas de aquel, ángel que de manera tan delicada y tan sencilla, le abria las ignoradas puertas del más venturoso paraíso.

La misa terminó. Horacio, olvidado de sí, permanecia aún de rodillas. Aurora, ántes de levantarse, fijó en el capitan una mirada sorprendida y su pudoroso corazon palpitó con violencia.

Luégo cerró pausadamente el libro, cual si la apenara interrumpir tan beatífico éxtasis; y Horacio despertó, púsose prontamente de pié y sin mirar á su conmovida compañera iba á alejarse, cuando ésta, pre-

sentándole el libro en que sus almas estrechadas por el místico lazo de la oracion se habian confundido un instante, le dijo con dulzura:

—Guardadlo, primo, y usadlo siempre como hoi.

Extraña conmocion experimentó el capitan al aceptar tan gracioso presente; su espíritu embargado, casi no pudo contestar sino frases triviales, pero el temblor nervioso que agitara sus manos al recibir aquel sagrado talisman, suplió con creces la poca elocuencia de sus palabras, é hizo ruborizar á Aurora.

Monteoscuro, testigo de esta escena, lanzó en aquel momento tres formidables *¡ carambolas !* capaces de despertar á un muerto, y poseído de íntimo regocijo, exclamó alegremente:

—Señores, hemos ganado un alma para el cielo. El diablo se nos ha convertido en devoto; é incaba al capitan, quien todavía, como aturdido, no acertó á contestarle.

Temiendo las indiscreciones de don Antonio, Aurora se escapó, pretestando ir á hacerle servir el desayuno al señor cura. Y Bustillon que todo lo habia visto y oído, se dejó caer anonadado en el macizo escaño.

La dulce ilusion que alimentara hacia ya tantos años, se desvanecia de súbito dejándole en la más tenebrosa oscuridad. Soñado encumbramiento aristocrático, planes ambiciosos, labor constante de perseverante habilidad y fingimiento, todo desaparecia cual sombra

vana. La codiciada fruta que anhelaba alcanzar, y por la cual tantos esfuerzos, hasta entónces inútiles, hiciera para acercarse á ella, y vencer las arraigadas preocupaciones de familia, el natural despego que inspiraba su edad, su figura poco recomendable y lo oscuro de su nombre y su pasado sin merecimientos; la veia ya caer en otras manos que no se habian tomado ni el trabajo de sacudir el árbol para merecer tan venturoso galardon. Si el doctor hubiera sabido llorar, habria llorado al convencerse de la vanidad de sus halagadoras presunciones; poro faltos de lágrimas sus ojos, se encendieron en ira, y los celos, el despecho, el odio y la venganza se apoderaron de su alma y la desgarraron sin misericordia. Dominado por la vehemencia de estos mónstruos que se agitaban en su pecho con extremada furia, estuvo á punto de cometer el mayor exabrupto; pero refrenándose de pronto, fortalecido por el satánico goce que habia de proporcionarle la venganza, goce que anticipadamente llenaba su alma de deleitosas fruiciones; prorrumpió en tan estrepitosa é injustificable carcajada, que don Roque, que se encontraba junto á él y le examinaba con recelo, le creyó loco y retrocedió horrorizado.

Don Cárlos terminaba á la sazon de despedirse de sus criados y de los numerosos vecinos que habian asistido á la misa; y como llegara á sus oídos la estrambótica hilaridad de Bustillon, se acercó complacido diciéndole:

—Qué filtro, amigo mio, le ha devuelto á U. el buen humor? Apostaria á que en ese agradable cambiamento tiene parte el señor Juez de paz.

Don Roque, abrió la boca para protestar contra semejante imputacion; pero prevalido el doctor, del ascendiente que tenia sobre el sencillo magistrado, exclamó resueltamente y sin darle tiempo de articular una sílaba:

—Ha atinado U. señor don Cárlos; á nuestro amigo don Roque se le ocurren cosas admirables. Figúrese U. que este señor tiene el proyecto de casar á su sobrino don Patricio.

Don Roque abrió los ojos espantado, y el jóven Jaramago confundido, se ocultó detrás de uno de los pilares.

—Y bien, dijo sencillamente don Cárlos, me parece un proyecto mui razonable, pues ya el señor don Patricio está en capacidad de tomar estado.

—Por supuesto, agregó el doctor, cortándole de nuevo la palabra al sorprendido magistrado: yá comprenderá U., señor don Cárlos, que yo no desapruebo semejante resolucion; pero es el caso, que....

Monteoscuro llamaba en aquel momento á don Cárlos.

—Lo sabrá U. más adelante, concluyó Bustillon.

—Convenido, cuando U. guste, contestó el anciano y se apresuró á atender á su amigo.

—Por Dios, doctor, exclamó el juez de paz, tan pronto como don Cárlos se alejó. Yo no he dicho á U. semejante cosa; y si lo he pensado no ha salido de mí ni para confiárselo á la almohada.

—Pero yo lo sé, mi apreciado don Roquè, y he querido aprovechar las circunstancias para explorar el terreno.

—Pero sí es casi imposible que pueda suceder lo que tanto deseo; hoy, sobre todo, que dos nuevos galanes mui superiores en posicion á mi sobrino, se dedican á cortejar á esa orgullosa niña.

—No lo crea U. amigo, dijo el doctor, tornándose de nuevo taciturno. Los tiempos han cambiado; déjeme hacer y U. me deberá la felicidad de Patricio.

—Siempre he creído que U. todo lo puede; pero en el caso presente, dudo que U. logre su objeto.

—Oh! esperemos, nada se pierde con esperar, y Bustillon, afectando la mayor calma y tranquilidad de espíritu, cambió de tema preguntándole:—Sabe U. quién es ese señor Olivéros de quien tanto habla don Cárlos, y que hasta hoy yo no conozco?

—En esas estoy yo, contestó don Roque.

—Pues es necesario que lo averigue U., como magistrado; pero con la mayor reserva y discrecion; y agregó mintiendo: me han informado, que ese sugeto se

mezcla en la política y tiene manejos contrarios al gobierno.

Los distintos grupos que platicaban en el corredor se mezclaron en aquel momento y la conversacion se hizo general.

Encantado don Antonio de habérselas con un apasionado cazador como Horacio, proyectaba partidas de caza y narraba aventuras sobre tan socorrido tema; aventuras que oia extasiado Víctor y que á cada paso interrumpia Romeráles para contar las propias.

Todos terciaban más ó ménos en el establecido tema sostenido por don Antonio; sólo el doctor permanecia meditabundo, y diez veces ántes de que llamasen á almorzar consultó con marcada impaciencia su reloj, cual si esperase del correr de las horas alguna satisfaccion para su alma.

—Qué me dice U. de venados de siete puntas, señor de Monteoscuro! decia entre tanto Romeráles, olvidándose de las razones que tuviera para estar abatido. Esos animalitos que U. ha matado en estos *rastrojales* por docenas, son como niños de pecho para los que yo encontré en el Barbasco, el año de diez y seis, cuando atravesábamos las llanuras de Apure con el Libertador.

—Va U. á contarnos alguna historia de aparecidos?

—No es historia, señor don Antonio, es la pura verdad. Figúrese U. capitan, continuó Romeráles, que

íbamos de marcha sin encontrar una res y sin probar bocado, hacia ya dos semanas. Los soldados se habian comido las *cotizas*, las cartucheras y parte de los pertrechos, y pretendian devorar las *cobijas*, á pesar de ser dificilillas de tragar. Yo salvé dos indios que se habian tragado entera una chamarra y que tenian un empacho que daba compasion.

—Y cómo los salvó U? preguntó Víctor, á quien tanto deleitaban las narraciones de Romerales.

—Oh! de la manera más sencilla, con la ayuda de un saca-trapos.

—Y despues que se comieron las *cobijas?*

—Nos íbamos á devorar los unos á los otros; era cosa resuelta; y ya cada cual escogia con el pensamiento el cristiano que contaba almorzarse, cuando alcanzamos á ver de pronto una gran polvareda; suponiendo fuera un *royo* de ganado el que la producia, echamos á correr sobre ella los mejor montados, y nos le fuimos acercando, y nada descubríamos; porque la nube de polvo era tan espesa y tan alta que no dejaba ver sino los cogollos de un palmar que siempre teníamos delante; seguimos sin embargo, en la esperanza de que el polvo nos ocultase el ganado, pero por mucho que corríamos, el palmar se alejaba y un trueno sordo y prolongado nos atormentaba los oídos. Mi caballo era más rápido que una bala, en poco tiempo dejo atras mis compañeros, y me voi solo y alcanzo el palmar; y sopla el viento y el polvo se disipa; y......Dios

me asiste capitan, porque si nó, dejo la silla y me muero del susto. No sé cómo hice fuego con la carabina que llevaba en la mano: salió el tiro, vi caer una palma, paré el caballo, levanté la cabeza y nada; el palmar habia desaparecido y apénas si lucia en el horizonte como tallos de verdolaga. Pero la palma abatida estaba allí, en el suelo, á cien pasos de mi caballo; me acerco á ella turulato, y qué creen UU. que encontré? Un animalazo más crecido que un buei: un venado, señores, que nos dió carne para matar el hambre á medio regimiento; y armado de unas astas, de más de siete varas, en que tenia prendidas más enredaderas y bejucos que un viejo *mata-palo.* Con que véngame U. ahora, señor de Monteoscuro, con esos aspavientos, por haber matado venadillos de más de siete puntas.

No bien terminaba el amanuense su estrambótica aventura, llamaron á almorzar, y Víctor entusiasmado condujo en triunfo á Romeráles.

Bustillon consultó su reloj, una vez más, y despechado de no ver aparecer lo que aguardaba, sentábase á la mesa, cuando se presentó un soldado con un pliego en la mano á las puertas del comedor.

El doctor ahogó, con esfuerzo, una extra exclamacion de gozo.

—Qué ocurre? preguntó el capitan sobresaltado.

—Un oficio para U. mi capitan.

Todos se vieron alarmados, ménos el doctor en cuyo rostro se pintaba la más viva satisfaccion.

Horacio se levantó y fué á tomar el pliego, que el soldado le presentó diciéndole:

—El teniente Orellana, lo acaba de recibir por posta á caballo que ha venido en dos horas de La Victoria.

A medida que el capitan leia, cambió várias veces de color hasta ponerse pálido.

Bustillon, recreándose en la mala impresion que recibiera el capitan, hizo una seña de inteligencia á su amanuense; y éste bajó los ojos como apesarado de su imprescindible y forzada complicidad en los extraños manejos del doctor.

—A ver! sobrino, exclamó alarmado don Cárlos, con la expresion de profundo despecho que habia tomado la fisonomía de Horacio. ¿Qué dice ese papel?

—Leed, dijo el capitan alargándole el pliego.

—Qué dice! repitió Aurora asustada. Y faltando á su natural discrecion, leyó por sobre el hombro de su padre, estos cortos renglones que seguian al encabezamiento del oficio.

"Me escriben de Cagua, personas de toda mi confianza, que Sántos Zárate ha aparecido con su banda en los alrededores de la Villa de Cura, cometiendo todo género de atrocidades, y como es U. el jefe del acantonamiento de tropas más próximas al lugar in-

dicado, tócale prestar auxilio á aquellas amenazadas poblaciones. Póngase, pues, en marcha con toda su compañía al recibir este oficio, y sin pérdida de momentos, vaya ó ocupar la Villa y déme cuenta de cuanto haya ocurrido."

Firmaba esta órden el coronel Gonzalvo.

—Esto no es creible, dijo apesarado el anciano. Seguramente han dado un mal informe al coronel.

—Pero yo tengo que obedecer, contestó suspirando el capitan. Y lanzando al doctor una mirada rencorosa, que éste soportó imperturbable, añadió, dirigiéndose á los circunstantes:—Señores, pásenlo UU. bien y hasta más ver.

—Y qué! te vas así, sin almorzar siquiera? dijo entristecido don Cárlos.

—Mucho lo siento, tío, pero no debo retardarme un momento, y, volviéndose á un criado, le dijo: has que ensillen mi caballo prontamente.

—Y el mío, agregó Lastenio levantándose.

Horacio pareció fluctuar un instante ántes de contestar á su amigo, y luégo como avergonzado del pensamiento egoísta y poco elevado que habia pasado por su mente, exclamó con enérgica resolucion:

—No, quédate! tú no debes seguirme.

—Hemos venido juntos, replicó Lastenio, y es mi deber acompañarte donde vayas.

—Gracias, querido amigo, pero esta vez no acepto tu amable compañía. Me has ofrecido hacer el retrato de mi prima y no puedes faltar á tu palabra.

Clavellina miró á Aurora con indecible expresion de tristeza. Esta, tenia los ojos bajos y parecia mui conmovida.

No obstante las súplicas de su tío, Horacio se despidió, sin almorzar, estrechó la mano de Aurora sin dirigirle una sola palabra, abrazó á Lastenio y á don Cárlos, saltó como aturdido en el caballo, y á todo galope tomó el camino que le llevaba á Cagua. Luégo, al perder de vista al erguido torreon de la hacienda, sacó un objeto que llevara sobre el corazon en el bolsillo de pecho de la casaca, lo besó repetidas veces con apasionados trasportes, tornó á guardarle cuidadosamente en el mismo lugar y; poniendo á escape su caballo, atravezó el camino como en alas del huracan.

Despues de la partida del capitan, el almuerzo fué silencioso y triste. Aurora estuvo displicente todo el resto del dia. Don Cárlos apesarado, Lastenio taciturno, y el bullicioso Monteoscuro poco espansivo y de pésimo humor. El *sólo* que jugaron los habituales tertulianos de la familia Delamar, fué desabrido y monótono. El doctor ganó todas las partidas con ayuda de Romeráles que, disimuladamente le indicaba el juego de sus contrarios. Víctor mismo, dejó de oir con agrado los grotescos chistes del amanuense. Sólo Bustillon parecia animado

de íntima satisfaccion; y cuando por la tarde tornaba al pueblo acompañado del párroco, del señor Juez de paz y del esperanzado Jaramago, no pudiendo contener la tempestad que llevaba en el alma, buscó una oportunidad propicia para decir á su acólito, refiriéndose á Horacio:

—Si Zárate no lo despacha pronto, nos tocará á nosotros.

Y Romeráles, extremeciéndose, murmuró para sí:

—Dios no lo quiera!........

FIN DEL PRIMER TOMO.

